

A couple is walking away from the camera under a large red umbrella. The man is on the left, wearing a dark jacket and grey jeans. The woman is on the right, wearing a red skirt and black boots, holding a single red rose in her left hand. The background is a light blue gradient.

*La pareja  
imperfecta*

**Becca Devereux**

# La pareja imperfecta

Becca Devereux

Queda prohibida, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización expresa del titular del copyright.

© Por el texto: Becca Devereux

© Por la portada: Alexia Jorques.

# Índice

<u>Índice</u>	<u>2</u>
<u>La apuesta</u>	<u>4</u>
<u>La cena</u>	<u>9</u>
<u>Wonder Woman</u>	<u>17</u>
<u>La propuesta</u>	<u>21</u>
<u>El trato</u>	<u>23</u>
<u>Las normas</u>	<u>26</u>
<u>El contrato</u>	<u>29</u>
<u>¿Qué le ves?</u>	<u>35</u>
<u>Nuestra primera cita</u>	<u>39</u>
<u>Nuestra primera discusión</u>	<u>44</u>
<u>No te presentes sin avisar</u>	<u>48</u>
<u>El fotogénico</u>	<u>50</u>
<u>El risotto</u>	<u>54</u>
<u>Mi vida real</u>	<u>57</u>
<u>La rata</u>	<u>60</u>
<u>El diagnóstico</u>	<u>64</u>
<u>Me gustan las visitas</u>	<u>69</u>
<u>No me pones nerviosa, pero...</u>	<u>72</u>
<u>No me gustas, pero...</u>	<u>77</u>
<u>Sin sentido</u>	<u>80</u>
<u>No confías en mí</u>	<u>83</u>
<u>No lo sientas</u>	<u>87</u>
<u>Quitándose la coraza</u>	<u>89</u>
<u>Algo más que rechazo</u>	<u>93</u>
<u>Una cita... ¿real?</u>	<u>98</u>
<u>¿Qué nos está pasando?</u>	<u>103</u>
<u>¿Qué harías si...?</u>	<u>107</u>
<u>Déjame entrar...</u>	<u>109</u>
<u>Perdidamente enamorado</u>	<u>112</u>
<u>Perdidamente perdida...</u>	<u>114</u>
<u>Lo apuesto todo</u>	<u>115</u>
<u>¿Qué he hecho?</u>	<u>117</u>
<u>La verdad</u>	<u>119</u>
<u>Diciendo adiós al pasado</u>	<u>121</u>
<u>Construyendo nuevos recuerdos...</u>	<u>123</u>
<u>Sobre mí</u>	<u>124</u>
<u>Y si te ha gustado este libro...</u>	<u>125</u>



## La apuesta

### Javi

Algunos dirán que soy excéntrico. Otros que soy un maniático insoportable. Mi hermana que soy adorablemente raro. Un estafalario de mucho cuidado y demás lindezas sin relevancia. Sinceramente, no me importa. ¿Qué hay de malo en ordenar los yogures según la cantidad de fruta que contienen? ¿O en subir el primer escalón del portal con el pie derecho? ¿Mirarme cuatro veces en el espejo antes de salir de casa es delito? ¿Pedirle amablemente a la chica con la que acabo de acostarme que no toque las bolas de nieve que hay sobre la estantería y que alineo todos los días es un pecado? Punto número uno: soy ordenado. Punto número dos: si vas a una casa ajena, no toques nada. ¿Tan difícil es?

Elisa se marchó sin despedirse, pero lo que de verdad me molestó fue que olvidara un calcetín junto a la mesita de noche. Me agaché para recogerlo y lo tiré a la basura. Tal y como habían acabado las cosas, no iba a regresar para recogerlo. Por lo visto, la gota que colmó el vaso fue que la despertara a las diez y media de la mañana porque tenía que hacer la cama. No soporto el desorden, ¿qué pasa? Ni las sábanas deshechas esparcidas por el suelo y el olor a sudor y sexo de la noche anterior.

Vamos a ver, Elisa, que son las diez y media. ¡Ni que la hubiera despertado a las cinco de la mañana!

—Estás loco. Eres insoportable. En serio, ¡insoportable! —me chilló mientras se levantaba.

Decirle a alguien que acaba de invitarte a su casa que es insoportable es una falta de respeto, por cierto. Pero me sentí aliviado en cuanto contemplé la habitación vacía y ordenada.

—¡Holaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

Me llevé la mano al pecho por culpa de la impresión. ¿Por qué seguía teniendo las llaves de mi casa aquella lunática?

—Espero que no hayas traído contigo a esa...

Me saltó a los pies y comenzó a mordisquearme los cordones de las zapatillas. Genial, acababa de lavarlas.

—... rata asquerosa —concluí la frase.

Tana puso cara de indignación y tiró el bolso encima de la mesita auxiliar.

—¡Cuidado! Vas a rayarla. ¿Sabes para qué se inventaron los percheros? —le recriminé, e hice lo que hacía siempre que ella se presentaba por sorpresa: recoger el caos que sembraba.

Tana se dejó caer sobre el sofá y puso los ojos en blanco.

—Eres un coñazo de tío. La señorita Rottenmeier se queda en pañales contigo, ¿lo sabías?

Vi que el perro estaba a punto de subirse al sofá y lo agarré del rabo antes de que cometiera un sacrilegio.

—¿A dónde te crees que vas, bicho?

Se revolvió furioso y me enseñó los dientes. No pesaría más de dos kilos, pero tenía la maldad concentrada.

—Al sofá. No seas carca, Javi. Por alguna extraña razón, le encanta este sofá.

—Por supuesto que le encanta este sofá. Es de diseño y cuesta un ojo de la cara. Tiene las patas sucias y lo llena de pelos siempre que viene. Por no hablar de los gérmenes, las pulgas... —enumeré consternado.

—¡Tú sí que tienes malas pulgas!

Me ignoró y cogió al chucho en brazos, que me dedicó una mirada triunfal antes de espataarrarse sobre el cojín de algodón egipcio. Noté un tic nervioso en el ojo izquierdo. Estaba barajando la posibilidad de lanzarlo por la ventana cuando Tana volvió a la carga.

—¿Qué le has hecho a la chica que acaba de irse? Estaba furiosa.

—¿Yo? Nada.

—Nunca les haces nada, pero en cuanto pasan una noche contigo, huyen despavoridas a la mañana siguiente. Es una pena, Javuchi. Eres mono y no estás nada mal. No tienes problemas para ligar, pero las espantas en cuanto te conocen un poquito.

—En primer lugar, no me llames Javuchi. Y, en segundo lugar, ¿quién te dice que yo quiero algo más que pasar una noche con ellas?

—Todos queremos algo más.

—Yo no.

—Tú también. Tienes treinta y tres años, una edad estupenda para que sientes la cabeza y te dejes de manías absurdas.

—Me gusta estar solo. Las personas como tú no lo entendéis porque necesitáis estar rodeadas de gente.

—Ay... Javi, con lo bonito que es estar enamorada, compartir tu vida con alguien... —dijo con aire soñador.

Hubo un tiempo en el que, por circunstancias del destino, Tana y yo fuimos compañeros de piso. Es evidente que en otras circunstancias jamás nos habríamos dirigido la palabra, pero la convivencia hizo que nos hiciéramos amigos. Tana es alocada, caprichosa y volátil. Pero también tiene un corazón enorme y consigue que todo el mundo termine queriéndola. Incluso yo, lo cual tiene su mérito. Y, por supuesto, es una romántica empedernida. Permíteme que ponga los ojos en blanco. Ahora creía que yo debía ser el siguiente porque ella estaba locamente enamorada de Max, su novio.

—Que lo disfrutes. Lo digo en serio, me alegro mucho por ti —dije apretando los dientes, y agarré a la rata antes de que mordisqueara una de las costuras del sofá. La bajé del sofá e ignoré sus gruñidos—. Pero tienes que entender que todos no buscamos lo mismo.

—Oh, ¿y qué buscas tú?

—Nada en absoluto. Tranquilidad, orden... no recibir visitas inesperadas...

Me fulminó con la mirada.

—Eres lo peor. A veces me pregunto por qué te quiero tanto, porque no te lo mereces. ¡Soy una santa!

—Si tú lo dices... cada vez que vienes, es para pedirme algún favor. ¿O me equivoco?

Tana puso cara de indignada y se tocó el pecho.

—¿Por quién me tomas? —preguntó con tono dramático—. Vengo a visitar a un amigo, eso es todo. Claro, como tú nunca haces visitas ni llamas a nadie, piensas que todo el mundo es igual. Muy mal, Javuchi. Muy mal.

—Entonces no quieres nada de mí...

—Bueno, ahora que sacas el tema, me vendría genial que te quedaras la semana que viene unos días con Gucci. Tengo que viajar por trabajo y los aviones lo ponen muy nervioso.

—¡Ja, lo sabía! —me enfadé—. Siempre haces lo mismo, ¡es el colmo!

—Javi... —suplicó, e hizo un puchero—. No puedo dejárselo a mi hermana. Manuela ya empieza a gatear y el pobre Gucci le tiene pánico. Y la hija de Pablo tiene alergia a los animales... anda, no seas así.

—¿Cómo puedes tener tanto morro? Ni siquiera sé de qué me sorprende. Es típico de ti.

Tana se puso colorada de rabia.

—¿Típico de mí? Solo te estoy pidiendo que cuides unos días de mi bebé, ¡tampoco es el fin del mundo! Jolines, pensé que éramos amigos.

Se puso de pie y Gucci saltó a su regazo tras lanzarme una mirada asesina. Tal para cual.

—Además, no soporto a esa rata. Ni él a mí. ¿De verdad ibas a dejarlo en mis manos?

—Pensé que era mejor que dejarlo en una de esas residencias. A Gucci no le gustan los extraños. Pero... supongo que tienes razón. Si no eres capaz de comprometerte con una mujer durante más de una noche, ¿cómo ibas a poder cuidar de un ser tan adorable como mi bebé? Debería buscar a una persona más responsable. Tienes razón.

—¿Disculpa?

Sabía de sobra que estaba intentado aguijonear mi orgullo, pero, mierda, lo estaba consiguiendo.

—Soy plenamente capaz de cuidar de un chuchó. Otra cosa es que no me dé la gana.

—Pues eso, lo que yo digo —dijo, dirigiéndose hacia la puerta con actitud decidida.

La seguí indignado.

—¡Lo que tú digas no! Podría cuidar de él con los ojos cerrados, pero paso de aceptar una obligación que no me corresponde.

—En efecto, lo que yo pensaba.

Me apartó con un aspaviento y continuó caminando. Respiré profundamente. No iba a entrar en su juego, ¿o sí? Estaba harto de que ella y el resto de mis amigos me juzgaran. Hasta mi hermana se ponía de mi parte cuando les daba por poner en duda mi estilo de vida.

—¿Lo que tú pensabas? Explícate.

—Uhm... no sé si te va a gustar lo que tengo que decirte... —dijo con tono malicioso—. Gucci y yo pensamos que te tomas muy mal las opiniones ajenas. Vamos, que no se te puede decir nada.

—¿Gucci y tú? El tamaño de su cerebro es el de una aceituna. Dudo que piense algo diferente de olerle el culo a otro chuchó.

—¡Eh! No hieras sus sentimientos. Es muy sensible y tiene pedigrí.

Para confirmar lo que decía su dueña, el perro me enseñó los dientes. Suspiré. Estábamos teniendo una conversación absurda.

—Me puedes decir cualquier cosa. Adelante, te demostraré que recibo las críticas con una enorme sonrisa —le dije, y sonreí de oreja a oreja conteniendo las ganas que tenía de matarla.

—Bueeeno... si tú lo dices. Todos pensamos que te escaqueas de cualquier responsabilidad porque en el fondo experimentas cierta inferioridad desde que Tessa pasó de ti. Vaya, que te da miedo dar la talla.

Me quedé congelado de la impresión. ¿Cómo? Ni siquiera sentía ya nada por Tessa. De hecho, nunca lo había sentido. La veía como una amiga, sin más. Aquello era agua pasada. Menudo golpe bajo.

—¿Estás enfadado? —preguntó un pelín asustada.

—Para nada —mentí—. Y te equivocas. Ni siento nada por tu hermana, ni tengo miedo de no dar la talla. Diferente es que pase de asumir obligaciones ajenas.

—En fin... Tessa no piensa lo mismo. Por eso nunca te dejan a cargo de Manuela... Héctor y ella piensan que eres un pelín... como decirlo...

—¡Suéltalo ya!

—Solitario.

—No me importa. Ni siquiera creo que sea algo malo.

—Ya, pero hay una gran diferencia entre estar solo por elección y estar solo porque nadie te soporta, ¿no crees?

—¿Cómo dices?

—Pues eso, que todos creen que estás solo porque las mujeres que se te acercan no te aguantan. Y que tú finges que no te importa para hacerte el duro. Uy, pero no les digas que yo te lo de dicho...

Se me desencajó la expresión. ¡Era increíble! ¡Menudos amigos! ¿De verdad pensaban eso de mí?

—¿Tú también piensas lo mismo?

—Qué más da... —me apretó el brazo con cariño—. Yo te quiero tal y como eres.

—O sea, que sí —respondí con tono agrío.

—Creo que no te dejas querer... pero, qué más da lo que yo opine, si nunca me haces caso. Mañana sería un momento estupendo para demostrarles que se equivocan, y así de paso ganaría cincuenta euros.

—¿Por qué ganarías cincuenta euros?

Ella se tapó la boca con una mano.

—Uy... —murmuró.

—¿Tana?

—Jolines, soy una boca.

—Tana, o me lo dices o los llamo ahora mismo —le advertí, cada vez más cabreado.

—¡Vale! Pero yo no te he dicho nada. Mañana van a traer a una amiga de Pablo. Quieren que os conozcáis por si surge la chispa. Dicen que eres un caso perdido y han apostado a que no le darás ni una oportunidad. Yo... soy la única que aposté lo contrario.

—Oh, ¡qué bonito! Apostando y todo. ¡Qué grandes amigos tengo!

—No te lo tomes así... ellos lo hacen con su mejor intención. Te ven solo y piensan que...

—¡Encima les doy pena!

—Sí. O sea, ¡no! —se corrigió de golpe—. Javuchi, finge que no sabes nada de esto. La amiga de Pablo tampoco tiene ni idea.

—Vaya, somos dos experimentos sociales. ¿A cuánto está el bote? —ironicé, y le abrí la puerta para que se largara.

—De lo de quedarte con Gucci mejor ni hablamos, ¿no?

Le cerré la puerta en las narices.

—¿Ves cómo no se te puede decir nada? —chilló detrás de la puerta.

Apreté los puños y conté hasta diez. Conque todos cuchicheaban a mis espaldas y apostaban a mi costa... genial. Iba a demostrarles que se equivocaban. Que estaba solo porque me daba la gana y que era más feliz que cualquiera de ellos. Oh, ¡qué bien nos lo íbamos a pasar mañana!



## La cena

### *Andrea*

*El sospechoso ha doblado la esquina y corre en dirección a la Avenida de España.*

Aceleré el ritmo y dejé atrás a Pablo. No pude evitar una sonrisa de orgullo. Puede que mi superior me doblara en tamaño, pero en cuanto a velocidad no tenía nada que hacer conmigo. Los viandantes se apartaron de mi camino y divisé a mi objetivo a lo lejos. Alargué las zancadas y grité:

—¡Alto! ¡Policía!

El sospechoso no se detuvo. Pero aquellos segundos de despiste me valieron para acercarme y lanzarme encima de él. Caímos al suelo y forcejeamos. No era muy alta, pero completaba los centímetros que me faltaban con una excelente preparación física. Le retorcí los brazos y dejó de moverse. Entonces lo esposé.

—¡Me haces daño! —se quejó.

Lo levanté de un tirón y le quité el bolso que acababa de robar.

—Tiene derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra en un tribunal. Tiene derecho a la asistencia de un abogado durante su interrogatorio. Si no puede pagarlo, se le asignará uno de oficio. ¿Entiende usted estos derechos? —le dije de memoria.

—¡Putá!

—Me tomaré eso como un sí —respondí con frialdad.

Pablo llegó resollando y suspiró aliviado al ver que ya había detenido al sospecho. No podía culparlo. Acababa de cumplir cuarenta años y había engordado algún que otro kilo después de comprometerse con Nati. Como diría mi madre: el amor engorda.

—Buen trabajo, Bermúdez —me felicitó.

—So gordo, ¡qué dejás que te gane una mujer! —le gritó el detenido.

Lo empujé para llevarlo hasta el coche.

—No te pases de listo o incluiré en la lista de cargos el de desobediencia a la autoridad —le advertí.

El ladrón me lanzó una mirada libidinosa que intentó amedrentarme. Lo agarré con fuerza y lo metí en el coche con cara de pocos amigos.

—¿Y la autoridad eres tú? Lo que hay que oír, morena. ¿Sabes que mañana estaré en la calle?

Lo sabía de sobra, pero mi trabajo consistía en llevarlo a comisaría. Lo que sucediera después con aquel tipejo no era asunto mío. Ya me lo había repetido miles de veces. Y, por si acaso, Pablo me lo recordaba de vez en cuando.

—Cuando salga te invito a una cerveza. Lo mismo así te ablandas un poco y luego te echo un polvo. Que te hace falta con esa cara de amargada que tienes.

Qué ganas de callar a aquel impresentable con un buen puñetazo. Desgraciadamente, ser policía me impedía tomarme la justicia por mi mano. Aunque en ocasiones como aquella estuviera deseando saltarme las reglas.

—¿Algún problema? —intervino Pablo.

—Ninguno —repuse, y cerré la puerta.

El traslado a la comisaría resultó sin mayor incidente. De no ser, por supuesto, por los

mensajes de mi madre. Genial, otra boda. Otra a la que ir sin acompañante para que todos me preguntaran cuando iba a echarme novio. Mi tío Paco me preguntaría, sin su gracia habitual, que si era lesbiana. Mi tía Trudis murmuraría por lo bajini que estaba sola porque tenía mal carácter. Y mi madre suspiraría con pesar y diría aquello de: ¿no vas a darme nietos?

Por norma general, me da igual que me juzguen. Me gusta mi vida sin ataduras, con sexo de vez en cuando y un trabajo que me apasiona. Aunque formar parte de una familia como la mía a veces es agotador. Da igual lo que hagas, porque sientes que nunca darás la talla. Y por mucho que se casara mi hermano, era la primera vez que no me apetecía ir a una boda por el simple hecho de no tener que dar explicaciones.

—¿Todo bien?

La pregunta de Pablo me tomó por sorpresa.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Hoy estás más callada de lo habitual. ¿No estarás rayada por la detención de esta mañana?

—Qué dices —me reí—. Vemos a tíos como ese todos los días. Ojalá se pasara una buena temporadita entre rejas, pero ya he asumido que nosotros no podemos hacer nada.

—Vale. Por si acaso, te lo recuerdo otra vez. Eso de llevarse los problemas del trabajo a casa...

—No vale la pena —concluí—. Lo sé de sobra.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Que se casa mi hermano dentro de un mes.

—Enhorabuena. Aunque por tu cara, casi tendría que darte el pésame —bromeó—. ¿A la dura de mi amiga no le gustan las bodas?

—A la dura de tu amiga le gusta ver que la gente de su alrededor es feliz —le di un codazo—. Pero vendrán las mismas preguntas de siempre. ¿Cuánto te echarás novio? ¿No piensas tener hijos? Blablablá... puede llegar a ser agotador, en serio.

—A ti te da igual lo que piensen de ti, ¿no? Es lo que siempre dices...

—Pues sí. Pero con la familia es diferente.

—A la familia no se la elige. De todas formas, tampoco te lo tomes mal. Ellos quieren lo mejor para ti. A veces no entendemos que el camino que toman las personas que queremos no tiene por qué ser el mismo que el nuestro.

No conseguí aguantarme la risa.

—Madre mía, Pablo. Qué ñoño eres desde que estás enamorado.

—Muchas gracias, tía dura.

Recibí un mensaje de Alex y lo miré disimuladamente.

*Alex: ¿A las ocho?*

Qué sutil. Disimulé una sonrisa. Me gustaban los tíos que iban de frente cuando querían echar un polvo. Que no te regalaban el oído ni te prometían que ellos eran diferentes y que te tratarían como una reina. Y Alex cumplía con mis tres reglas: follaba bien, tenía sentido del humor y no quería exclusividad.

—Ya has puesto esa cara.

—¿Qué cara? —fruncí el ceño.

—La de anotarte un tanto. Pero dime una cosa, ¿nunca te cansas?

—¿De follar? Pues mira, no —solté una carcajada.

—De no dejarte querer por nadie, tía dura.

—Tú me quieres. Horacio me quiere... ¿qué más se puede pedir con amigos como vosotros?  
—le di un beso en la mejilla antes de levantarme.

—Recuerda que hemos quedado hoy a las diez.

Uf, se me había olvidado. Y acababa de quedar con Alex. Pablo me dedicó una mirada seria. Sabía de sobra que ese tipo de reuniones eran importantes para él. Le gustaba quedar con sus mejores amigos una vez al mes, y yo siempre me escaqueaba con alguna excusa barata.

—No sé si podré...

—Tía dura, hoy no te escapas. Además, tengo algo que anunciar y me gustaría hacerlo en la compañía de mis mejores amigos.

—Ah, qué honor. Entonces no podré faltar.

—Eres lo peor.

—Qué sííí. Que allí estaré, blandengue. ¡Nos vemos luego!

\*\*\*

Me dejé caer en la cama completamente exhausta. Alex se tumbó a mi lado y me ofreció un cigarro. Me lo fumé mirando al techo y en silencio. Una de las cosas que más me gustaba de él era que follaba bien y hablaba poco. En el sexo, una combinación de lo más acertada.

Sabía poco de él. Trabajaba en la noche y era muy reservado. Para lo que íbamos a tener, ¿para qué saber más?

—¿Qué hora es? —le pregunté.

Había dejado mis pertenencias desperdigadas por el suelo del pasillo. Estábamos en su casa porque jamás llevaba a los hombres con los que me acostaba a la mía. Esa era una de mis reglas. Mi santuario solo me pertenecía a mí y ellos tenían la entrada vedada. Desde mi punto de vista, ¿para qué iba a invitar a mi casa a un extraño con el que solo iba a compartir un rato de sexo sin compromiso?

—Las nueve y media.

Me levanté de un salto.

—¿Te vas ya?

—Sí —respondí acelerada—. He quedado.

—¿Quieres que te acerque a alguna parte?

Alex era lo suficiente educado para hacer el ofrecimiento, y yo lo suficiente sensata para rechazarlo.

—No, gracias.

Salí de su habitación sin saber qué decir. Lo peor de acostarte con un extraño es la despedida. Alex y yo nos habíamos acostado un par de veces, así que ya no éramos tan extraños. Pero saber qué decir después de haber compartido cierta intimidad se me antojaba un tanto incómodo.

—Adiós, Andrea —me dijo, antes de que saliera por la puerta.

—Adiós.

\*\*\*

Llegaba tarde. Tampoco es que fuera una reunión formal, pero llegaba con veinte minutos de retraso. Me peiné delante del espejo del ascensor y me pinté los labios. No era presumida ni tenía demasiado gusto para la moda. Mi armario lo completaban vaqueros, camisetas básicas y chaquetas de cuero. Estaba en forma porque mi trabajo lo requería. Y supongo que mi mayor atractivo eran mis ojos rasgados.

*Pero estás sola porque quieres.*

Aquel pensamiento se instaló en mi cabeza durante un breve segundo. *No porque estés mal, ni porque te hayan faltado oportunidades. Estás sola porque quieres, porque te gusta tu vida y porque adoras tu independencia.*

Efectivamente. Así que pasaría de los comentarios de mi familia y de las miradas condescendientes de mis amigos treintañeros que ya habían sentado la cabeza. Pasaba de todos ellos porque me iba bien así. No era menos feliz por no tener una pareja estable ni un retoño al que tapar por las noches. Tampoco los echaba en falta, la verdad. Una vida sin ataduras y sin dar explicaciones a nadie era lo que quería. Y punto.

—¡Hola! —me saludó Nati.

Nati era la prometida de Pablo. En un primer momento no habíamos empezado con buen pie, pero ahora la adoraba. Principalmente porque hacía feliz a mi amigo, y eso era suficiente para quererla. Me presentó a Tessa, su marido Héctor, una tal Tana que no paraba de hablar, su novio Max y a Javi, que permanecía alejado del grupo con cara de mustio. Lo observé con interés. Era guapísimo y parecía estar fuera de lugar. Rubio, ojos azules, rondando el metro ochenta. Y con un aire de lo más estirado que me hizo bastante gracia. Definitivamente no era mi tipo, porque a mí me iban los normalitos con sentido del humor.

—Hola —me dijo con sequedad, cuando me pilló mirándolo.

Le ofrecí una sonrisa educada y me senté en el único sitio libre que había, que resultó estar a su lado. Vi que me miraba de soslayo y ponía mala cara. ¿Qué diantres le pasaba a aquel tipo?

—Así que eres policía. Siempre he pensado que las mujeres lo tienen más difícil que los hombres en ese aspecto. Ya sabes, para conciliar y todo eso ... —me dijo Tessa.

—Así que ella tiene que querer formar una familia porque tú lo digas. Y seguro que si no lo hace es un bicho raro, ¿no? —respondió por mí el tal Javi.

Todos pusieron cara rara, pero lo dejaron estar.

—Al principio es complicado, pero luego se normaliza. No me puedo quejar con mis compañeros, soy una más —le dije, para distender la tensión que se había formado.

—La llamamos tía dura. En serio, deberíais ver como corre. Hoy me ha dejado atrás cuando perseguíamos a un sospechoso. Parecía Usain Bolt —dijo Pablo.

—¡No seas exagerado! —bromeé.

—Con la barriga que has echado te adelantaría hasta una abuela... —comentó Javi.

Nati, su hermana, lo fulminó con la mirada. Y los demás pusieron cara de circunstancias. Por lo visto, el tal Javi tenía un sentido del humor de lo más peculiar. Y siguió con sus comentarios durante el resto de la cena. Hasta que Pablo se puso de pie y dijo con una sonrisa:

—Nati y yo tenemos algo que anunciar.

—¿Y para eso te pones de pie? —dijo Javi.

Pablo lo ignoró.

—Nati y yo vamos a ser padres.

—¡Enhorabuena! —me lancé a abrazarlo.

Todos los felicitaron. Me alegré de corazón por mi amigo porque su felicidad era más que evidente. Incluso su cuñado se animó a felicitarlo, aunque con la efusividad de una marmota, todo hay que decirlo.

—¿De cuánto estás? —le pregunté a Nati.

—Tres meses y medio. No queríamos decirlo hasta que no pasara el primer trimestre...

—Eso explica por qué no se lo has dicho ni siquiera a tu hermano. Pero qué se puede esperar de mí. Ni siquiera soy digno de cuidar de un chucho —masculló Javi, y acto seguido se levantó.

Nati se quedó perpleja y fue detrás de él.

—Disculpa a mi cuñado, no sé qué mosca le ha picado hoy —dijo Pablo.

La mosca de la educación desde luego que no, pensé yo.

Cuando creí que ya había dejado pasar un tiempo prudencial, me despedí de Pablo y los demás y fui a despedirme de Nati. La encontré entablada en una acalorada discusión con su cuñado y quise mimetizarme con la pared.

—De verdad, no sé qué cojones te pasa hoy. Estás insoportable, Javi.

—Soy insoportable. Por eso estoy solo —se jactó él. Luego se volvió hacia mí y dijo con una sonrisa asesina—. ¿Querías algo?

—Esto... ya me iba. Solo venía a despedirme de Nati.

—Cielo, ¿ya te vas? Espero no haberte asustado con esta discusión entre hermanos. Te juro que mi hermano no muerde, aunque lo parezca.

—Ja, ja —dijo él.

—No pasa nada, de verdad. Yo también tengo hermanos y discuto con ellos muy a menudo —le resté importancia.

—Yo también me largo, ¡adiós!

—Oye —su hermana lo agarró del brazo antes de que se fuera—. Andrea tiene el coche en el taller. Ya que te vas, podrías acercarla.

—No lo sé... como soy insoportable, quizá la espante y salte del coche en marcha.

Nati puso cara de horror.

—Tranquilo, me las veo con individuos más indeseables todos los días —le dije, mirándolo con suficiencia.

Él enarcó una ceja, impresionado por mi actitud.

—¿Segura? Dicen por ahí que tengo muy malas pulgas.

—Habrás que verlo. ¿Me llevas? Es lo mínimo que puedes hacer después del alarde de modales de esta noche. Lo mismo después del viaje determino que no eres tan malo como parece —le dije, porque no estaba dispuesta a dejarme amedrentar por semejante neandertal.

—Como quieras. Que no se diga que soy incapaz de ser un caballero, aunque no me apetezca.

Nati nos observó con cara de póker y sin saber qué decir. Javi me hizo una reverencia burlona para que pasara primero y yo le seguí el juego. Compartimos el viaje en ascensor más incómodo de la historia, pero la cosa empeoró cuando me monté en su coche y confirmé que era un petardo.

—Cuidado con donde pones los pies. Acabo de limpiar el coche —me dijo de malos modos.

—Si quieres los saco por la ventanilla —dije irritada.

—Yo no te he pedido que te montaras.

—Tío, ¿a ti qué te pasa? Me he cruzado en esta vida con tipos bordes, pero es que tú eres lo peor...

—Lo que me pase no es asunto tuyo. ¿Dónde te dejo?

—Uf... aquí mismo —señalé una calle desértica.

Eché un vistazo por la ventanilla y frunció el ceño.

—¿Vives aquí?

—Sí, justo debajo de esa farola —gruñí, e intenté abrir la puerta—. Quita el pestillo, no puedo salir.

Le lancé una mirada asesina cuando volvió a poner el coche en marcha.

—¿Qué coño haces? —alcé la voz.

—Tú dime dónde vives, te dejo y no volvemos a vernos las caras. No pienso dejarte en cualquier parte. ¿Y si te pasa algo?

—Vamos a ver... —dije, perdiendo la poca paciencia que me quedaba—. ¿Ahora te

preocupas por mí?

—Para nada. Me eres indiferente, si te soy sincero. Pero si te pasara algo, sería culpa mía por no haberte llevado a casa. ¿Dónde vives?

—Donde a ti no te importa. Abre la maldita puerta —le ordené cabreada.

—¿Y si te pasa algo? Son las doce y media de la noche y estamos en... no tengo ni idea de donde estamos. ¿Sabes la de desalmados que hay a estas horas en las calles?

—Pues mira, me hago una idea. Soy policía. Y me las apaño bastante bien solita.

—Sí, claro. Con una pistola se las apaña cualquiera. ¿Cuánto mides? ¿Un metro y medio?

Me puse colorada como un tomate.

—¿Tú qué eres, el más tonto de tu pueblo?

—No, el más guapo. Venga ya, acabemos con esto cuanto antes. ¿Dónde vives?

Irritada por los modales de aquel impresentable, le quité las llaves del coche ante su atónita mirada.

—Mido un metro sesenta y cinco. Y sí, puede que no sea muy alta, pero te aseguro que no te conviene verme cabreada. Será mejor que te disculpes ahora mismo si quieres recuperar las llaves.

Parpadeó sorprendido.

—No lo dirás en serio...

—Totalmente. ¿Sabes por qué me llaman tía dura? Porque me meriendo a los idiotas como tú.

Javi me midió con la mirada como si se estuviera preguntando si lo decía en serio. Al final, suspiró y dijo de mala gana:

—Lamento haberme metido con tu altura. Las llaves de mi coche —extendió el brazo.

Se las devolví con una sonrisa triunfal. Él quitó el pestillo. Al ver que no me bajaba, me miró de reojo.

—¿No te ibas?

—No, ahora quiero que me lleves a mi casa. Conduce, yo te indico.

Me miró como si quisiera estrangularme, pero arrancó el coche y condujo sin dirigirme la palabra. Se lo tenía merecido.

—La primera a la izquierda, luego todo recto y en la glorieta la segunda salida.

Qué lástima que fuese tan grosero. Había que reconocer que no estaba nada mal. Para nada. Respiré aliviada en cuanto aparcó delante de la puerta de mi casa.

—Adiós, no ha sido un placer —me despedí de él.

—Lo mismo digo.

## Wonder Woman

### *Javi*

*Menuda loca de la que me he librado*, pensé en cuanto se bajó del coche. ¿Y con esta mujer pretendían emparejarme? Vaya, al parecer debían creer que estaba completamente desesperado como para fijarme en alguien así...

A ver, para ser sincero no estaba mal del todo. Tenía un cuerpo atlético y carente de curvas. Unos ojos oscuros y rasgados que eran lo más interesante del paquete. Supongo que podía llegar a ser atractiva para algún hombre, pero a mí no me gustaban de su estilo. Las prefería más femeninas, por decirlo suavemente. Con algo donde agarrar, menos mala leche y más sentido de la moda.

Saqué el móvil para leer el mensaje que acababa de enviarme mi hermana.

*Nati: espero que te hayas portado bien con Andrea, porque esta noche te has lucido. ¿Qué demonios te pasa?*

Ja, buena pregunta. Me pasa que todos andáis cuchicheando a mis espaldas, hacéis apuestas sobre mi vida y, para colmo, me dices que estás embarazada como si fuera uno más de la pandilla en lugar de tu hermano. ¿Es mucho esperar cierta complicidad por parte de tu hermana pequeña? En fin...

Mi plan consistía en comportarme como todo un caballero con Andrea delante de todos para demostrarles que no era como ellos pensaban. Pero, a medida que la cena fue transcurriendo y miré sus caras de hipócritas, mi plan se fue al garate. Para colmo, me habían traído a aquella condenada mujer que no se podía parecer menos a mi prototipo. Así que me lo tomé fatal y me comporté como un cretino para darles la razón.

Bajé la ventanilla y saqué el brazo izquierdo. Suspiré. Estaba solo porque me daba la gana, ¿qué parte no entendían? ¿De verdad me veían como un ogro insoportable que espantaba a las mujeres? Vaya tela...

—¡Qué me dejes en paz!

Miré a mi alrededor para averiguar de dónde venía aquel grito femenino.

—¡No te vas a ninguna parte!

—¡Suéltame! ¡Por favor! Me haces daño... —sollozó una voz femenina.

Me bajé del coche y seguí las voces. No me costó encontrar el paradero. Una pareja joven discutía acaloradamente en mitad de una plazoleta desierta. Aunque más que discutir, ella intentaba zafarse mientras él gritaba a escasos centímetros de su cara y le retorció la muñeca. Ella puso cara de dolor.

Observé el panorama y maldije para mis adentros. Estupendo. Justo la clase de situación con la que uno no querría encontrarse un viernes a la una y media de la madrugada. Mi parte sensata me dijo que volviera al coche y llamara desde allí a la policía. Pero ver aquello removió algo en mi interior, y el tipo insensible y que supuestamente era un ogro intervino con voz firme.

—¿Algún problema? —pregunté, intentando hacerme el valiente.

El tipo me lanzó una mirada despectiva y apretó los puños en actitud intimidante.

—El problema lo vas a tener tú como no te largues.

—No te lo estaba preguntando a ti —le dije, desviando mi atención hacia ella—. ¿Estás bien?

—Sí —musitó ella, sorbiéndose las lágrimas—. Márchate.

—Ya la has oído, héroe. Lárgate —me increpó el tipo, dando un paso en mi dirección.

No me moví del sitio. Era evidente que la chica estaba completamente aterrorizada.

—A ver... no quiero problemas —dije, levantando las manos—. Pero ella tiene cara de estar pasando un mal rato. Voy a llamar a la policía si no...

No me dejé acabar la frase. Me derribó de un puñetazo que ni siquiera vi venir. Se me nubló la vista y solté una maldición. Traté de ponerme de pie cuando me pegó una patada en las costillas. Me quedé sin aire y me acurruqué en el suelo. Joder. Estaba muerto si no me defendía, pero era incapaz de levantarme. Jadeé por el esfuerzo de intentar ponerme de pie y la boca me supo a sangre. Y entonces sucedió algo inesperado en apenas una fracción de segundo.

—Te crees muy valiente. Primero te metes con una mujer, y luego golpeas a un hombre que está tirado en el suelo. ¡Métete conmigo! —escuché la inconfundible voz de Andrea.

Observé impresionado el espectáculo. El tipo se lanzó hacia ella, que lo esquivó con facilidad. Nunca más volvería a meterme con su altura, porque era evidente que jugaba a su favor para conferirle más agilidad que a su oponente. Le hizo una especie de llave que consiguió inmovilizarlo contra el suelo. El tipo gimió como un animal herido y yo me incorporé con un sentimiento de humillación y vergüenza ajena. Joder, me habían dado una paliza y ella acababa de salvarme el pellejo.

—¿Estás bien? —preguntó sin mirarme, mientras se ocupaba de atarle las muñecas a la bestia.

—Sí —mentí, con mi orgullo completamente herido.

—Llama a la policía —me ordenó.

Hice lo que me pedía mientras la contemplaba actuar. Había sido increíble. ¿Dónde había aprendido a pelear así? De acuerdo que era policía, pero jamás hubiera imaginado que sabía apañárselas de aquella manera.

La policía llegó quince minutos después y nos tomaron declaración. La chica no quiso presentar cargos a pesar de que Andrea y los otros policías intentaron convencerla. Después de que me tomaran declaración y presentara la correspondiente denuncia, arrastré los pies hacia un banco cercano y me dejé caer en él. Gemí de dolor.

—¿Quieres que llame a una ambulancia? —preguntó ella, sin un atisbo de burla en su voz.

—No. Lo peor que tengo es el orgullo... —admití de mala gana.

Ella hizo el atisbo de sonreír y se sentó a mi lado.

—Para serte sincera, no ha sido una pelea justa. Te ha pillado desprevenido, no tenías nada que hacer —noté que lo decía para hacerme sentir mejor.

—Da igual. No me voy a hacer el tipo duro contigo. Dudo que hubiera tenido algo que hacer si hubiéramos estado en igualdad de condiciones —le fui sincero, porque definitivamente no era la clase de hombre que se metía en peleas ni las ganaba—. Ha sido impresionante, por cierto.

Ella se encogió de hombros.

—Soy policía —dijo sin más.

—Esto... —me costó decirlo, pero al final lo hice—: gracias.

—No hace falta que me las des. Estaba asomada en el balcón porque escuché unas voces. Luego te vi. No me dio tiempo a...

—Ya... me imagino.

Ella me dio una palmadita en la espalda y sentí que me dolía hasta el alma, pero traté de fingir lo contrario.

—Espera un segundo. Ahora vuelvo —me dijo, y se levantó.

Regresó al cabo de unos minutos con un bote de antiséptico y un paquete de gasas. Genial,



ahora sí que resultaría patético. Me aparté de mala gana cuando ella se inclinó hacia mí y me observó como quien ve a un niño pequeño en plena rabieta.

—Tienes un corte bastante feo en el labio.

—¿Te has lavado las manos? —gruñí.

Ella se echó a reír, completamente atónita.

—Madre mía... eres un quisquilloso.

Ignoré mi mala cara y me limpió la herida. Tengo que admitir que tuvo bastante cuidado y más delicadeza de la que me esperaba. Y de cerca no era... tan desagradable. Tenía pecas en el puente de la nariz y una boca carnosa. Fruncí el ceño y aparté la mirada. Definitivamente, el puñetazo me había afectado el cerebro.

—Lo entiendo... —dijo ella con suavidad.

—¿Qué? —arrugué la frente.

Me miró con una mezcla de burlona dulzura que me enervó.

—Te molesta más que yo te haya salvado, que el hecho de que te dieran una paliza. Es normal. Estoy acostumbrada a que los hombres os hagáis los gallitos. Es aburridísimo, por cierto. Al contrario de lo que dicen, a las mujeres nos dan igual los tipos duros. Preferimos otras cualidades.

—Me importa un bledo gustarte porque no eres mi tipo —le espeté irritado—. Ya te he dado las gracias, Wonder Woman.

Ella me miró con frialdad y se apartó de mí.

—Oh, ha vuelto tu simpatía habitual. Entiendo que te estás recuperando. Adiós.

Mi simpatía habitual... si ella supiera. Sí, era un antipático de mucho cuidado, ¿y qué? Me gustaba pensar que mi simpatía era selectiva y que solo le ofrecía mi cariño a un reducido grupo de personas. Algunas de las cuales acababan de fallarme y se reían a mi costa.

Y entonces algo hizo clic en mi cerebro.

Un momento. ¿Y si...?

Me levanté como un resorte y la seguí. ¡Era perfecto! Ahora solo tenía que convencer a aquella mujer.

—¡Andrea! —la agarré del brazo.



## La propuesta

### *Andrea*

Observé la mano que me sujetaba con frialdad. Ya podía ir soltándome si no quería llevarse otra paliza. Javi lo entendió a la primera y me soltó con un gesto de disculpa. Resoplé y me crucé de brazos. Era el hombre más desagradable que había conocido en mucho tiempo.

—¿Qué quieres?

—Ofrecerte un trato.

Enarqué una ceja y lo miré de arriba abajo. Estaría bromeando. Él puso mala cara y me dedicó una mirada desdeñosa para dejarme claro que no pensaba en mí de esa forma. Bien, porque yo tampoco.

—No esa clase de trato —dijo con incomodidad—. Estás soltera, ¿no?

Me tensé de inmediato. Vamos a ver, ¿de qué iba este tío?

—¿Y a ti qué te importa?

—Te repito que no te veo de esa manera. No es una propuesta sexual, no te hagas ilusiones.

Puse los ojos en blanco y me di la vuelta. Menudo idiota. Ya había tenido suficiente por hoy. Apenas di tres pasos cuando volvió a la carga.

—Podríamos fingir que somos pareja.

Se me escapó la risa floja y me volví para mirarlo con expresión estupefacta.

—¿Y para qué iba a querer yo fingir tal cosa?

—Porque mis amigos nos hicieron una encerrona. ¿No te gustaría demostrarles que se equivocan? Pablo piensa que estás más sola que la una, por eso te invitó esta noche.

—Mira... —dije, perdiendo la poca paciencia que me quedaba—. No sé de qué vas, pero no te pases ni un pelo. ¿Me estás vacilando?

—En absoluto. Quería que entre nosotros surgiera la chispa, ¿no es ridículo?

—Desde luego. Eres el último tío en el que me fijaría.

—Lo mismo digo, encanto —me guiñó un ojo.

—¿Esa era tu propuesta?

—Sí.

—Paso —decidí, dirigiéndome hacia mi portal—. No me importa lo que piensen los demás. Y a ti tampoco debería importarte.

—Han hecho una apuesta.

La revelación me dejó a cuadros. ¿En serio? Pablo era uno de mis mejores amigos, me costaba hacerme a la idea de que se divirtiera a mi costa. Comencé a enfurecerme y seguí caminando para que él no lo notara.

—Buenas noches. Ponte hielo, mañana estarás hecho un cuadro.

—Llámame si cambias de idea.

No iba a cambiar de idea.



## El trato

### *Javi*

Mi cara seguía siendo un poema, pero ya no daba tanto miedo. Mi pómulo izquierdo seguía hinchado y de una tonalidad azulada. Creí que lo que me había sucedido resultaría patético, pero en lugar de ello, me ayudó a ligar con Claudia.

Claudia tenía un generoso escote y una risa un pelín estridente. La conocí en la barra de un bar y me preguntó a bocajarro qué me había pasado. Le fui sincero porque no estaba de humor. ¿Resultado? Media hora después, estábamos en mi casa follando como animales. Por lo visto, a Claudia le había encantado mi historia porque demostraba que tenía un gran corazón. Ya ves tú.

Me la quité de encima cuando intentó abrazarme. Le daría de cortesía quince minutos antes de pedirle amablemente que se vistiera y se largara. El cómo se lo tomaría era todo un misterio. A mis ligues de una noche las tenía catalogadas en función de las despedidas: la silenciosa, que se marchaba sin despedirse y me ponía las cosas fáciles. Una rara avis con la que me topaba pocas veces. La dramática, que actuaba como si lo nuestro fuera un amor de película. La gritona, que me insultaba repetidas veces antes de marcharse para demostrar que era un mierda.

Llamaron a la puerta y me puse unos vaqueros. Qué raro, no esperaba a nadie. Abrí sin mirar y me sorprendió encontrar a Andrea. Entró sin que la invitara a pasar y fingió que no me daba un buen repaso. *Sí, lo sé*, me dieron ganas de decirle.

—¿Se te ha perdido algo? —le pregunté.

—No tenía tu número, así que no me ha quedado más remedio que venir —me explicó.

—¿Cómo has averiguado mi dirección?

—Soy policía, tengo mis métodos.

—De acuerdo, Wonder Woman. Vayamos al grano. ¿A qué se debe el honor de tu visita? —ironicé.

Dio un paseo por el salón y echó un vistazo hacia la puerta entreabierta de mi dormitorio. Claudia seguía allí dormida. Tampoco me importaba en absoluto lo que ella pensara.

—Acepto tu propuesta.

Aquello me dejó con dos palmos de narices. ¿Lo decía en serio?

—¿Y qué te hace pensar que sigo interesado en hacer un trato contigo? —le dije.

Ella se cruzó de brazos y me miró con mala cara.

—No me gusta que me hagan perder el tiempo. ¿Quieres que hagamos un trato? ¿Sí o no?

Me rasqué la barbilla con aire pensativo y ella masculló algo. Iba a ser muy fácil sacarla de sus casillas. Lo mismo hasta me divertía un poco.

—¿Qué te ha hecho cambiar de idea? —quise saber.

—No es asunto tuyo —me espetó, y fue casi una advertencia—. ¿Quieres o no?

—Sí —dije sin más. Oí ruido en mi habitación y le dije—: tengo que resolver un asunto. Ahora vengo.

Claudia me dedicó una sonrisa amplia en cuanto me vio. Puse cara de circunstancia y comencé a recoger su ropa. Ella me miró extrañada y su sonrisa se borró de un plumazo.

—Amor, ¿qué pasa?

¿Amor? Por Dios bendito, si apenas llevábamos unas horas juntos.

—Mi novia acaba de llegar. Tienes que irte.

—¿Tu novia? —gritó asombrada, y comenzó a vestirse—. No me habías dicho que...

—Lo de ayer estuvo genial. En serio, de diez. Eres una chica estupenda, y me habría encantado conocerte mejor en otra etapa de mi vida... —le dije, con el discurso que tenía memorizado para las despedidas—. Pero tengo una relación abierta con mi pareja. Nos permitimos acostarnos con otras personas, pero no tener nada serio. Espero que lo entiendas.

Cinco minutos después...

—¡Eres un cabrón! —me tiró a la cara uno de mis zapatos.

Lo esquivé de manera milagrosa y la acompañé hasta la salida. Andrea se quedó muda por la impresión, y Claudia se detuvo delante de ella con el rostro encendido por la ira.

—¿Cómo aguantas a este tío? —le preguntó furiosa.

—Tenemos un trato —respondió ella.

Claudia soltó un grito y me lanzó el otro zapato. Luego caminó hasta la salida sin dejar de gritar.

—¡Seguro que te inventaste lo de la pelea! ¡Cabrón mentiroso! —chilló, antes de cerrar de un portazo.

Andrea me observó con cara de póker. En el fondo, me alegraba que lo hubiera presenciado todo, porque así entendía con quién estaba tratando.

—Impresionante. Por si tenía alguna duda de por qué sigues soltero... —murmuró con desagrado.

—Podría pensar lo mismo de ti —le dije con frialdad.

—Y a mí me daría igual —repuso ella—. Bien, ¿trato hecho?

Me ofreció una mano que no estreché. Si íbamos a hacer un trato, antes debíamos establecer ciertos parámetros.

—Tenemos que poner unas normas —le dije, y la invité a sentarse.

Ella me miró como si estuviera bromeando.

—¿Me estás vacilando?

—No.



## Las normas

### *Andrea*

—Esto es absurdo —me negué.

—Mejor dejarlo todo claro antes de fingir una relación. He visto las suficientes comedias románticas para conocer a las mujeres.

Lo miré alucinada.

—¿De verdad crees que conoces a las mujeres? Porque lo acaba de suceder deja bastante claro lo contrario. Eres un indeseable, ¿no te lo habían dicho nunca?

—Alguna vez —me sonrió, como si acabara de hacerle un cumplido—. Pero quien me asegura que no terminas coladita por este indeseable o pidiéndome que te abrace en una noche de soledad...

Me reí en su cara.

—Increíble... encima eres egocéntrico.

—Como puedes apreciar, cariño mío, soy todo un partidazo.

Me tensé al escuchar esas dos palabras.

—Como vuelvas a llamarme cariño, me largo —le advertí muy seria.

—Genial, ¿ves cómo lo de las normas era una buena idea? Primera norma, nada de motes cariñosos.

—Me parece bien.

—Segunda norma, nada de aparecer sin avisar por mi casa —me recriminó.

—Tampoco te presentes tú en la mía.

—No tenía pensado hacerlo, ¿o me ves tan desesperado?

Desde luego, la compañía femenina no era algo de lo que anduviera escaso.

—Tercera norma, nada de contacto sexual —dije.

—Eso ya lo daba por hecho. No eres...

—¿Tu tipo? —concluí—. Es un halago. Tú tampoco me gustas.

—Quizá debamos ser cariñosos en público —sugirió con desgana.

—Ni de coña.

—¿Cómo vamos a fingir que somos pareja si no nos profesamos alguna muestra de amor?

Algo de razón tenía, pero...

—A ver cómo lo digo... lo único que tú me produces es... risa.

—Lo entiendo. Tengo una novia un pelín estrecha. Podría haber sido peor.

—Ja, ja.

—Lo dejamos en que tendremos el mínimo contacto posible excepto en las ocasiones públicas que así lo requieran —decidió.

Suspiré.

—Si me tienes que besar, que sea sin lengua.

—Si te tengo que besar, lávate los dientes.

Madre de Dios, esto no iba a salir bien.

—Cuarta norma, a partir de ahora serás más simpático —antes de que pudiera protestar, lo interrumpí—. Lo sé. Eres más desagradable que la niña de El exorcista, pero tendrás que hacer una excepción conmigo. Y con los míos. No se creerán que salgo con un... como decirlo... idiota



borde y estirado.

—Me va a costar. Cariño, sacas lo peor de mí.

—Primera norma —le recordé.

—Todavía no hemos firmado el contrato, mi amor.

Lo fulminé con la mirada. Lo que me faltaba, que intentara vacilarme.

—Quinta norma, nada de mensajes de madrugada. Nos comunicaremos para lo estrictamente necesario.

—Buena idea —estuve de acuerdo.

Lo último que me apetecía era tener que charlar por teléfono con él.

—Sexta norma, nada de celos absurdos. Me acuesto con quien quiero —me avisó.

Me alegré de que sacara el tema, porque no estaba dispuesta a renunciar a mi vida sexual.

Tampoco me importaba que él hiciera lo que le diera la gana.

—Lo mismo te digo. Pero con discreción, aunque sea una relación ficticia, no me apetece que me pongan los cuernos.

Hizo el amago de sonreír. Vaya, pero si tenía sentido del humor.

—Séptima norma, sonreír más a menudo.

—¿Qué tiene eso que ver con nosotros? —se quejó.

—Te hago tan feliz que eres incapaz de disimularlo. De nada, cariño —le lancé un beso.

—Haré lo que pueda —repuso de mala gana—. Octava norma, estarás disponible para reuniones sociales en la medida de tus posibilidades. Por mi parte, lo mismo.

—Novena norma... vístete cuando estemos solos.

Su cara se iluminó con una sonrisa chulesca. Decidido: estaba encantado de conocerse.

—¿Te pongo nerviosa?

—Uy, más quisieras...

—Pero quieres que me vista —me picó.

Noté que me empezaba a poner colorada.

—Tú mismo lo has dicho, esto no es nada sexual. Cuanta más ropa, mejor.

—Así evitamos tentaciones —bromeó.

—¿Te refieres a la tentación de estrangularte con mis propias manos?

—Lo pillo, mi vida. Voy a ponerme una camiseta.

Respiré aliviada en cuanto me quedé sola. A ver, ahora que no estaba delante podía admitir que estaba como un tren. Y teniendo en cuenta que no iba a catarlo, tampoco hacía falta que me pusiera los dientes largos. Era insoportable, arrogante y borde. Pero también tenía abdominales, unos ojazos azules y... vamos a ver, ¡que no estaba ciega!

¿Por qué había cambiado de opinión? Bueno, eso era fácil de explicar. Mi madre me había llamado esta mañana para preguntarme qué tal estaba. Realidad: intentaba sonsacarme si iría acompañada a la boda de mi hermano. Y la idea de ser la única de mis hermanos que asistiría sin pareja comenzó a aterrorizarme. Sí, solo era una boda. Pero empezaba a estar harta de sentirme juzgada. Y si por una vez podía hacerlos felices y que me dejaran en paz...



## El contrato

### *Javi*

Releí el contrato antes de firmarlo. No me podía creer que estuviera participando de aquella pantomima, pero una parte de mí estaba emocionado ante la idea de demostrarle a mis amigos lo equivocados que estaban.

#### **Las normas de nuestra no relación**

1. Quedan prohibidos los motes cariñosos, los apelativos cursis y demás denominaciones patéticas. Nos llamaremos por nuestros nombres. Excepción: se permite algún que otro “cariño” cuando estemos en público, pero sin abusar.
2. Quedan prohibidas las visitas sorpresas. El domicilio forma parte de nuestra vida privada y pasaremos el menor tiempo posible en casa del otro.
3. Queda prohibido el contacto sexual. Esta es una relación ficticia y con un periodo de caducidad. Los abajo firmantes acuerdan satisfacer sus necesidades sexuales por separado. Excepción: nos profesaremos ciertas muestras de afecto en público siempre que la situación lo requiera. Prohibido disfrutar. Los besos sin lengua,
4. Javi se compromete a hacer lo posible por sonreír más cuando estemos en presencia de otras personas.
5. Las comunicaciones telefónicas tendrán un motivo de peso. Se evitará molestar a la otra parte y comunicarse con ella de madrugada.
6. Quedan prohibido los reclamos y escenas de celos. Cada parte tiene su propia vida y se relaciona con quien le apetezca, pero seremos discretos para mantener esta farsa.
7. Disponibilidad para reuniones sociales.
8. Acordamos vestirnos con decoro en presencia del otro.
9. Queda prohibido hacerse ilusiones románticas.
10. Este contrato tendrá una duración de treinta días y no será prorrogable. Nos comprometemos a hacer todo lo posible para que salga bien, a no faltarnos el respeto y a llevarnos lo mejor posible.

Firmé el contrato y se lo devolví a Andrea, que hizo lo mismo. Cuando lo firmó, los dos nos miramos sin saber qué decir. Así que fui yo quien rompió el hielo.

—¿No querrás que te dé un abrazo?

—Norma número diez... vamos a llevarnos bien.

—De acuerdo, cielo.

Me fulminó con la mirada.

—Norma número uno —dijo, y noté que estaba al borde de su paciencia—. Supongo que ya me puedo ir.

—¿No deberíamos conocernos mejor? —sugerí, a pesar de que me apeteecía tan poco como a

ella que pasáramos tiempo juntos—. No sé nada de ti. ¿Y si alguien me pregunta cualquier chorrada?

—Deberíamos haberlo puesto en el contrato.

Noté que ella no estaba muy por la labor. Para ser sincero, tampoco me apetecía contarle mi vida.

—Decías que era absurdo —le recordé.

—Y lo es, pero ya que estamos... en fin, ¿qué quieres saber?

—No sé. Lo básico.

—¿Lo básico? —se rio, y noté que me gustaba el sonido de su risa—. A ver... soy policía, pero eso ya lo sabes. Aprobé las oposiciones cuando tenía veintitrés años. Tengo treinta y dos, soy de un pueblo de Huelva con pocos habitantes...

—¿Familia?

—Soy la pequeña de cinco hermanos varones.

—¿Aficiones?

—Salir a correr, el cine, el surf...

—¿Te gusta Tarantino?

—Me encanta.

Sonreí. Al menos teníamos algo en común.

—¿Algo que te saque de quicio?

—Tú.

Intenté no reírme. Qué graciosa.

—¿Algo más?

—Madrugar, la gente que va andando por el carril bici, los que no ceden su asiento en el transporte público...

—¿Tu comida favorita?

—El puchero de mi madre. Mi turno, ¿qué te pone de buen humor?

Menuda pregunta más rara.

—Pues... no sé. Me gusta el orden, la rutina...

—No me digas... —puso los ojos en blanco—. Habrá algo más...

—La música de James Blunt.

—¿Y qué no soportas? Vaya, supongo que debería preguntarte qué soportas y así acabaríamos antes...

—Qué graciosa. Pues mira, me gustan las personas con sentido del humor. Y no soporto... a los que no lo tienen.

—O sea, que no te soportas a ti mismo.

—Tampoco soporto a las que creen saberlo todo —le dije, con un deje de irritación—. ¿Vas a preguntar algo más, o te lo seguirás tomando a cachondeo?

—¿Por qué no te hizo ilusión que tu hermana anunciara su embarazo? —me soltó de pronto.

—Oye, esto no va de eso —repliqué molesto.

Ella puso las manos en alto, pero no la creí.

—Solo intento conocer un poco más a mi novio. ¿Te hizo o no te hizo ilusión?

—Pues claro que me hizo ilusión, ¿por quién me tomas? —me indigné.

—Solo digo que no lo demostraste...

—No quiero hablar de ello, ¿vale?

—Como quieras. ¿Aficiones?

—La lectura, pasear por la playa, el yoga... —enumeré las primeras que se me vinieron a la

mente.

—¿Haces yoga? —preguntó sorprendida.

—¿Qué pasa? —repliqué a la defensiva—. Me relaja...

—Nada, me ha sorprendido. ¿Qué más?

—La jardinería.

Ella puso cara de sorpresa.

—¿Y ahora qué? —me quejé.

—Interesante... ¿algo más?

—Me gusta cocinar y la fotografía. Me dedico a lo último. Trabajo para varias revistas.

—Podrías cocinar para mí algún día —propuso.

—Esto no va de eso —me negué—. ¿Has terminado?

—Madre mía... ¿por qué tienes que ser tan borde? Se supone que nos estamos conociendo.

—Soy así.

—Ya veo.

Creí que se levantaba para marcharse, pero entonces observó todo lo que había a su alrededor con interés.

—No tienes fotos.

—¿Qué?

—No tienes fotos.

—Ya te había oído. ¿A qué viene eso?

—Me llama la atención. Todo el mundo tiene fotos, ya sabes, de su familia, amigos...

—Pues yo no las tengo —le dije con frialdad, porque no tenía ganas de que siguiera por ahí.

—¿Qué hay de tus padres?

—Murieron.

A ella se le cambió la expresión.

—Lo siento muchísimo —se disculpó.

—Da igual. No tenías por qué saberlo.

Agradecí que se callara de una vez y me dirigí hacia la cocina.

—Voy a por una cerveza, ¿quieres una?

—No bebo.

—¿Un refresco?

—Sí, gracias.

No la tenía por una chica tan sana, pero tampoco le pregunté. Regresé con las bebidas y ella volvió a la carga.

—¿Alguna ex?

—Ninguna.

—¿En serio? ¿Ni una exnovia formal?

—No —me encogí de hombros—. Tuve un lío con una chica americana, pero tampoco fue a más. Y estuve a punto de liarme con mi mejor amiga, pero menos mal que los dos nos dimos cuenta de que aquello no iba a ninguna parte.

—¿Con Tessa? —alucinó.

Asentí.

—Pues salió ganando con el cambio...

Estaba de acuerdo con ella.

—¿Y tú? —pregunté.

—Solo uno, pero fue hace mucho —noté que pasaba de puntillas por el tema y tampoco quise

insistir.

—Supongo que ya sabemos todo lo importante el uno del otro...

—Sí, ya me voy —dijo, dejando el refresco sobre la mesa.

Arrugué la frente.

—No te estaba echando.

—Lo sé, pero tampoco tiene mucho sentido que me quede, ¿no?

No supe qué decir, así que ella recogió su chaqueta.

—Nos vemos...

—No soy tan malo —le dije de repente, y maldije la hora en la que abrí la boca—. Quiero decir que... me gusta estar solo, pero eso no me convierte en un mal tío.

—No he dicho que lo seas.

—Pero tampoco soy un dechado de amabilidad, ni cariñoso... voy a lo mío.

—No me digas.

—Tenlo en cuenta.

—Lo tengo en cuenta, Javi. ¿Por qué lo dices?

—Porque si mantener una relación de verdad conmigo puede ser difícil... lo que sea que vamos a tener no te puedo asegurar que vaya a ser un camino de rosas.

—Bueno... yo tampoco soy fácil.

—Eso ya lo sabía.

Ella puso los ojos en blanco.

—Lo digo en serio. Me gusta tener mi espacio y, sobre todo, que no se metan en mi vida —me advirtió.

Me pregunté si esa era la razón por la que no había querido ahondar en el tema de su ex. Me picó la curiosidad, pero no me atreví a sonsacarle más. Quizá me haría una llave de las suyas si la cabreaba. Me había demostrado que sabía defenderse.

Llamaron a la puerta y los dos nos miramos con cara de circunstancia. Vaya, por lo visto nos iba a tocar hacer el numerito antes de lo esperado. Menos mal que me había tapado la herida con corrector, porque no me apetecía tener que darle explicaciones de lo sucedido a nadie.

—¿Esperas a otra amiga? —insinuó con tono guasón.

—No espero a nadie.

Me dirigí hacia la puerta y comprobé por la mirilla que era Nati. Tome aire y me invadió una mezcla de nerviosismo y expectación. Iba a ser divertido. ¿Cómo se lo tomaría?

—Hola, no te esperaba... —dije, y me hice el nervioso.

Ella me apartó de un empujón para pasar.

—¿Ya tienes a otra pobre incauta en la cama? —se temió, y recorrió el pasillo en dirección al salón—. ¡Será mejor que te vayas! Quien avisa no es traidor. Parece mono, pero es un idiota. Y te lo digo yo que soy su hermana... —se quedó callada en cuanto vio a Andrea—. Eh... hola.

—Hola —la saludó ella, y pareció incómoda de verdad.

Mi hermana se volvió hacia mí y puso cara de no entender absolutamente nada. No la podía culpar.

—Yo... ¿interrumpo algo? —nos miró de manera alternativa.

Suspiré teatralmente.

—A ti no te puedo mentir... —pausa dramática—. No queríamos hacerlo público hasta que pasara más tiempo, pero ya que estás aquí...

—Javi, ¿qué intentas decirme?

—Nos estamos conociendo.

A ella se le desencajó la expresión. Nos miró como si le estuviéramos gastando una broma, y luego se quedó muda. Sonreí para mis adentros. Vaya... vaya... alguien iba a perder una apuesta.

—Estuvimos charlando cuando me acercó a mi casa... nos conocimos un poco... y luego lo invité a tomar una copa en mi casa. Y bueno, surgió la chispa —le contó Andrea.

—Eh... no sé qué decir... —murmuró Nati—. ¿De verdad que te gusta mi hermano? ¿Qué le has visto? Puede ser un poco...

Joder, menuda hermana. Noté que Andrea hacía un gran esfuerzo para no sonreír.

—Ya sé que tiene un carácter difícil, pero es encantador cuando se lo propone —le mintió.

—Le he dado el mejor sexo de su vida. La tengo loquita —le solté.

Andrea me fulminó con la mirada.

—No hace falta que entres en detalles —dijo irritada, y luego se volvió hacia mi hermana—. Lo normal, ya sabes cómo son los tíos...

Me acerqué a ella y rodeé sus hombros con mi brazo. Noté que se tensaba y disfruté de lo lindo. ¿La ponía nerviosa o me detestaba? No tenía ni idea, pero ya lo averiguaría. Olía genial, por cierto. Y el tacto de su piel era suave. Aunque no me interesara en absoluto.

—Loquita... la tengo loquita —le acaricié el brazo y me aproveché de que no podía pegarme delante de mi hermana—. Fíjate si le gusto que no puede parar de meterme mano. Hace un rato estaba nerviosa porque no llevaba la camiseta puesta. Es todo pasión.

Mi hermana parpadeó alucinada. Qué delicia.

—¡Vale! Ya lo voy pillando...

—Quién te iba a decir que el ogro de tu hermano iba a sentar la cabeza... —me regodeé—. Es lo que tiene juzgar a la gente...

—Si vosotros sois felices...

—¡Muchísimo! —exclamé, y besé efusivamente a Andrea en la mejilla.

Noté que ella se ponía colorada y no pude evitar sonreír. Por lo visto, Wonder Woman no era tan dura como aparentaba...

## ¿Qué le ves?

### *Andrea*

Lo mataba. Juro que lo mataba. ¿De qué iba? ¿Qué me tenía loquita? Madre mía... ¿El mejor sexo de mi vida? Por favor... seguro que ese estirado era incapaz de hacer disfrutar a una mujer. ¡Y encima me había besado! Brrr... me las iba a pagar. Ya tendría mi oportunidad de vengarme. Como dice el refrán, la venganza es un plato que se sirve frío...

—¡Andrea!

¿Y ahora qué?

Nati me alcanzó antes de que saliera del portal. Por lo visto, estaba alucinada de que su hermano y yo estuviéramos saliendo. No podía culparla. Éramos dos polos opuestos. ¿Cómo le explicaba que me había enamorado perdidamente de él? Ay...

—Perdona mi reacción de antes. Es solo que... me ha pillado por sorpresa —se disculpó avergonzada—. Quién iba a imaginar que terminaríais saliendo después de que te llevara en coche.

—Nos estamos conociendo —respondí con cautela.

—¡Sí, sí! Pero mi hermano parece muy emocionado. Él nunca ha tenido una relación seria... pero tú eres una mujer estupenda. Es evidente que lo has puesto en su sitio.

Sonreí triunfal.

—Ni te lo imaginas.

—Pero... hay algo que no entiendo. ¿Qué le ves? —lo preguntó totalmente en serio.

No supe qué responder. Ella se mordió el labio inferior y se apresuró a decir:

—Te parecerá que soy la peor hermana del mundo, pero es que Javi a veces puede ser... un poquito insoportable. De verdad que tiene muy buen corazón, y solo hace falta conocerlo para darse cuenta de que en el fondo es un encanto. Pero para llegar a ese fondo... —hizo un gesto con las manos.

—Te entiendo. Algunas veces...

—¡Me saca de mis casillas! Y no será porque no lo quiero, pero es maniático, un adicto al orden, y un pelín seco.

¿Un pelín? Yo diría que su foto estaba impresa en el diccionario junto a la palabra *borde*.

Nati me cogió las manos con cariño.

—Pero seguro que tú eres capaz de hacerlo feliz... no te dejes impresionar por sus tonterías, eso es todo. Llega a su interior, ¿ok? Y si necesitas cualquier cosa, puedes llamarme.

La vi preocupada de verdad y me sentí culpable. Todo se acabaría dentro de treinta días...

\*\*\*

—Siento llegar tarde —me disculpé con Horacio.

Horacio era mi compañero de trabajo junto a Pablo, y los dos eran mis mejores amigos. Los jueves salíamos a correr y después acabábamos tomando una cerveza en el bar de la esquina. Horacio estaba separado y tenía mala suerte con las mujeres. El pobre era un romántico empedernido que soñaba con encontrar a su princesa. Y se lo merecía, porque a sus treinta y ocho años era más bueno que el pan.

Media hora después, él ya estaba resollando mientras intentaba seguirme el ritmo. Aflojé un poco para que me alcanzara



—Joder... y solo llevamos seis kilómetros. Me van pesando los años...

—Anda ya. Solo eres seis años mayor que yo —le resté importancia.

—Sí, pero tú podrías correr diez kilómetros más sin sudar.

—Tampoco te pases. Empiezo a estar cansada...

—Te agradezco que lo digas para que me sienta mejor, pero lo que de verdad me apetece ahora es una cerveza.

—Pues vamos.

Nos paramos en el bar de siempre y nos sirvieron lo habitual. Para él una cerveza, y para mí una coca cola.

—La abstemia de mi amiga y la mejor policía de la comisaría. ¿Ese es tu secreto? —bromeó.

—¿La coca cola?

—No, ser una chica light.

Forcé una sonrisa. Llevaba más de diez años sin consumir una gota de alcohol. A los demás les decía que no me gustaba, pero la verdad era más dolorosa. Y prefería guardármela para mí.

—Todo está en la mente. Tú te comes demasiado el coco —le dije.

—Uy, habló la que se cabrea cada dos por tres en el trabajo... —dejó caer.

—A ver... no me cabreo, solo me indigno, que es diferente. Y para que lo sepas, ahora soy una mujer nueva. Ya me tomo las cosas de otra manera.

—Lo que tú digas... enfadona.

Le pegué un guantazo y él se rio. Era lo peor. Pablo y él se burlaban de mí porque decían que me creía una heroína capaz de cambiar el mundo. *Tienes que aprender que tu trabajo acaba cuando sales por la puerta de la comisaría... e incluso con la placa, a veces sucederán injusticias y no podrás hacer nada por remediarlo*, me repetía constantemente Pablo. Horacio era más de escucharme sin decir nada y después darme una palmadita en la espalda. No sé cómo me aguantaba. Podía ser insoportable cuando entraba en bucle.

—Oye, ¿te apetece...?

No terminé de escucharlo, porque me sonó el móvil y comprobé que era Javi. No pude resistir el impulso de leer su mensaje. ¿Qué querría?

*Javi: reunión familiar esta noche. ¿Cuento contigo?*

Uf, era lo que menos me apeteecía en este momento. Pero me había comprometido y era de las que cumplen su palabra.

*Yo: ok. ¿A qué hora?*

*Javi: paso a recogerte a las diez menos cuarto.*

*Yo: no me recojas, ya cogeré un taxi.*

*Javi: a ver... que no me apetece. No te vayas a pensar que soy un caballero o que me intereso de verdad por ti, pero ¿no será un poco raro que llegues sola? Se supone que estamos saliendo, y las parejas hacen ese tipo de cosas...*

Puse los ojos en blanco. Madre mía, no, ni por asomo podría pensar que es un caballero. Y mucho menos que estuviera interesado en mí, menos mal.

*Yo: ok.*

*Javi: ponte guapa.*

Leí el mensaje con las mejillas encendidas. Lo que faltaba. Él volvió a atacar.

**Javi:** *algo elegante. ¿Tienes alguna falda en tu armario? O un vestido.*

**Yo:** *me pondré lo que me dé la gana.*

**Javi:** *me gustan las mujeres con estilo. ¿Podrías dejar por un día los vaqueros y las chaquetas de cuero en tu casa? Si no es mucho pedir...*

**Yo:** *¿podrías meterte tu opinión por donde te quepa? A mí me gustan los hombres amables, educados y simpáticos, y me tengo que conformar contigo.*

**Javi:** *solo digo que nadie se creará que salgo con una mujer que no sabe vestirse...*

Uf. Dios mío, dame paciencia. Su hermana se había quedado corta al hablar de él. Qué... hombre... tan... insoportable...

**Yo:** *no me hables más.*

**Yo:** *lo digo en serio.*

**Yo:** *quinta norma: Las comunicaciones telefónicas tendrán un motivo de peso. Se evitará molestar a la otra parte y comunicarse con ella de madrugada.*

**Javi:** *como si me gustara hablar contigo...*

Dejé el móvil bocabajo y respiré profundamente. Iba a tener que hacer acopio de una gran fuerza de voluntad y paciencia para que esto funcionara. Javi era imposible, de verdad. No era fácil sacarme de mis casillas, pero a él se le daba genial.

—Disculpa, ¿qué me habías dicho? —regresé con Horacio.

Él me miró con cara rara.

—¿Algún problema? Parece que has discutido con alguien. ¿Todo bien?

—Sí, sí. ¿Qué me querías decir?

Él no se lo creyó del todo, pero lo dejó estar.

—¿Te apetece venir al cine esta noche? Está la última de Tarantino, y como sé que te encanta...

—Lo siento, hoy tengo planes. ¿Quedamos otro día?

Ví la decepción en su rostro y me dio que pensar. A veces sospechaba que Horacio podía verme como algo más que una amiga. Pero obviamente era imposible. Llevábamos cuatro años trabajando juntos y nunca le había dado pie a nada. Éramos los mejores amigos. Y él era amable por naturaleza y cariñoso con todo el mundo. Sí, me estaba montando una película. No tenía ningún sentido.

—Vale, otro día. ¿De verdad que estás bien? Hoy te noto... rara.

—Qué síííí.



## Nuestra primera cita

### *Javi*

Esperé con impaciencia la llegada de Andrea, y no precisamente porque me muriese de ganas de verla. Odiaba la impuntualidad. Si te digo a las diez menos cuarto, no es a las diez menos diez. Tamborileé con los dedos sobre el volante y sintonicé mi emisora favorita. De repente, algo golpeo la ventanilla. Era ella.

Quitó el seguro y ella se sentó a mi lado. Le eché un breve vistazo. Debería hacerme caso. Era un pecado echar a perder uno de sus mayores atributos. A pesar de su estatura, escondía unas piernas larguísimas bajo esos vaqueros desgastados. Menudo desperdicio. ¿Y por qué iba siempre con el pelo recogido? Ocultar esa melena de pelo oscuro le restaba atractivo.

—No me has hecho caso. Vas... como siempre —le dije decepcionado.

Me dedicó una mirada asesina.

—Se dice hola. Y no he pedido tu opinión.

—Pero te la doy porque soy un novio tremendamente sincero. Deberías valorarlo. Los novios como yo escasean hoy en día.

Apoyó el codo en la ventanilla y resopló.

—Y que lo digas...

—No te sacas partido. Si me dejaras darte algunos consejos...

—Pero tío, ¿tú de qué vas? —se volvió hacia mí hecha una furia.

—No entiendo por qué te pones así, ¡te estoy haciendo un cumplido!

—¿Qué me estás haciendo un cumplido? —alucinó, y me hizo bastante gracia su cara—. Será en tu idioma, porque en el mío te estás metiendo con mi aspecto hasta el punto de resultar humillante.

—Me estoy metiendo con tu aspecto, ahí el quid de la cuestión. Porque podrías sacarte más partido si dejaras de esconderte bajo ese uniforme de tía con mala leche.

—Tía con mala leche... te voy a decir yo a ti lo que es una tía con mala leche como no cierres la boca.

—En serio, no estás mal.

—¡Muchas gracias! —ironizó—. Ahora me siento mucho mejor después de recibir tu beneplácito.

—No pretendía humillarte —le expliqué con voz queda, al ver que no llegábamos a un punto en común—. En serio. Lo siento si me has malinterpretado.

—No te he malinterpretado. Eres tú, Javi. Primero me lo dices por teléfono, y luego es lo primero que me dices nada más verme. ¿Cómo quieres que me lo tome? De verdad, a veces puedes ser un poco...

—¿Borde? —adiviné. No era la primera vez que me lo decían.

Tampoco era la primera vez que me lo decía una mujer.

—Entre otras cosas.

—Es mi forma de ser —le dije, y no le estaba poniendo una excusa—. Pero lo siento, lo digo en serio. ¿Firmamos la paz?

Me miró de reojo, como si creyera que le estaba vacilando. La miré muy serio y ella suspiró. Me tendió una mano y la observé con recelo.

—¿Te has lavado las manos?

—Madre mía... conduce de una vez —dijo, retirándola.

—¿Qué? Ahora es época de resfriados. Contrariamente a lo que se piensa, no son los besos los que producen los contagios, sino los apretones de manos. Soy de los que se resfría fácilmente.

—¿Te pones mascarilla cuando das un beso? Y supongo que cuando te acuestas con alguien la tocas con guantes de látex y después te bañas en desinfectante.

Me mosqueó que pensara eso de mí. En el sexo era *un fiero*, y podía demostrárselo fácilmente. Otra cosa es que me apeteciera.

—En el sexo hago excepciones. ¿Te lo demuestro? —la provoqué.

Ella me miró a los ojos, se inclinó hacia mí y me miró los labios. Tragué con dificultad. ¿Iba a besarme? Me gustaba su boca carnosa. Y su perfume... joder, su perfume olía a gloria.

Y me enseñó el dedo corazón. Qué bonito.

En lugar de responderle, apreté el volante y pisé el acelerador. Wonder Woman tenía mal carácter cuando se la provocaba...

\*\*\*

—Pero si es la pareja feliz... —nos saludó con retintín mi cuñado.

Chúpate esa, listillo. Escuché perfectamente lo que le dijo a Andrea al oído: *ya hablaremos*.

—¡Javuchi! —me saludó la que faltaba.

—Hola, Tana...

—¿Cuánto tiempo lleváis saliendo? Por lo visto, muy poco para que no te haya mandado por ahí —bromeó, pero noté que una parte de ella lo decía muy en serio.

—Poquísimo. Estamos en la parte bonita, ¿verdad, cariño?

Estreché a Andrea entre mis brazos, que se puso completamente rígida y trató de sonreír. Vaya, estaba durísima. Se notaba que se machacaba en el gimnasio, porque en ese cuerpo no había ni un gramo de grasa. Me imaginé cómo sería tenerla bajo mi cuerpo y borré aquel pensamiento de mi cabeza tan rápido como llegó. Era completamente inapropiado. Ni siquiera me gustaba.

—Ahora no te tendrás que sentar solito en el sofá y fingiendo que no te importa que te excluyamos cuando jugamos al Party&Co —me dijo con malicia Tana.

Mi mejor amiga es taaaaan encantadora.

—Qué ilusión. Y yo soñando con el Euro millón... donde va a parar —dije secamente.

Para ser sincero, la cena no estuvo del todo mal. A Tessa se le daba genial cocinar, y Andrea acaparó la atención de todos mis amigos. Por lo visto, que fuera mi novia se convirtió en toda una sensación.

—Javi nunca nos ha presentado a nadie...

—A excepción hace unos años de esa americana... a la que luego dejó tirada sin darle demasiadas explicaciones... —le contó Tessa.

—Bueno... —dije incómodo—. Tampoco hace falta entrar en detalles, ¿no?

—¿Ya te ha gritado por desordenar sus cosas? Compartimos piso durante una temporada. Lo ponía de los nervios —le explicó Tana.

—Tú pones de los nervios a todo el mundo.

—Tana, no toques los cojines. Y yo en plan, ¿cómo quieres que me sienta en el sofá sin tocarlos? Y él en plan... me va a dar un infarto por tu culpa, y yo en plan... no tengo la culpa de que seas un neurótico... y así toooodos los días.

Todos se rieron menos yo. No le veía la gracia. ¿Qué tiene de malo el orden? ¿La limpieza?

—Lo que no dices es que compartir piso contigo era un infierno porque te escaqueabas de todas las tareas. Por no hablar de esa rata consentida que lo muerde todo —le eché en cara.

—¡Oh! Estuvo a punto de lanzar a Gucci por la ventana cuando se comió sus tulipanes — recordó, llorando de la risa.

Andrea la escuchó sin parar de reír. Lo recordaba perfectamente. Ese chucho raquítico se meaba en las macetas, y un día se comió mis tulipanes, los que cultivé con tanto cariño y tardaron casi un año en florecer.

—Tardaron un año en florecer... no le veo la gracia.

—Tú mismo dices que Gucci tiene el cerebro del tamaño de una aceituna, ¿no es culpa suya!

El aludido saltó al regazo de su dueña y me miró en plan desafiante. Odiaba a ese chucho. Andrea soltó un sonoro: *ooooh*, y se deshizo en caricias con el animal, que entrecerró los ojos y disfrutó de lo lindo.

Chucho asqueroso.

—¡Pero si es adorable! —dijo, sin parar de acariciarlo, y luego me lanzó una mirada acusadora—. ¿Cómo puedes enfadarte con una cosita tan mona?

—Ese chucho me odia —dije entre dientes.

—¡Qué no lo lames chucho! —se enfureció Tana.

—Normal que te odie, nota tu desprecio. Los animales perciben las emociones humanas — dijo Andrea.

—Qué tontería, solo es una rata endemoniada y caprichosa.

El susodicho se tumbó bocarriba para que Andrea le rascara la barriga. Apreté los dientes. Jamás hacía eso conmigo. Andrea me lanzó una mirada desabrida.

—Uy sí... mira qué malo es.

Qué se burlase todo lo que quisiera, pero mis tulipanes y yo teníamos una cuenta pendiente con esa rata diminuta y maligna.

Después de la cena llegó el Party&Co. Odiaba el dichoso juego, pero me obligaron a participar. Y para colmo, tenía a Andrea como pareja.

—Te advierto que mi hermano es muy competitivo —le dijo Nati.

—No es verdad. Este juego es una chorrada... —dije de mala gana.

Media hora después, estaba discutiendo con Héctor porque había intentado hacer trampa saltándose una casilla.

—¿Ves cómo eres muy competitivo?

—Yo al menos no hago trampa. Qué ejemplo más bonito le das a tu hija...

Andrea me acarició el hombro y le lancé una mirada furiosa. No iba a dejarlo estar, pero ella me dedicó una mirada de las suyas y al final claudiqué. Condenada Wonder Woman que siempre se salía con la suya...

Admito que, pese a todo, me sorprendió que se le diera tan bien. Tenía una cultura cinéfila más que aceptable, y era un hacha con la mímica.

—¡Rocky! —adiviné emocionado.

Ella asintió y me chocó los cinco. Podíamos ser una farsa como pareja, pero esto no se nos daba nada mal.

—Os tocan las más fáciles... —se quejó Pablo.

—Os estamos machacando. Asume tu derrota con deportividad —le picó Andrea.

—Tal para cual. Por lo visto sois igual de competitivos... —dijo Tessa.

—No soy competitiva —negó Andrea.

—No, ¡qué va! —la contradijo Pablo—. Tienes que ser la mejor en todo, no lo niegues. Deberías verla en el trabajo. Siempre tiene que ser la que haga más detenciones, la que corra más

deprisa, la que tenga mejor puntería...

—Eso es afán de superación, cuñado. Tú ya vas para viejo, tu barriga lo corrobora —le dije yo.

Pablo puso mala cara.

—En serio, ¿qué ves en él? Su sentido del humor no será...

—Ja, ja —me reí sin ganas.

Todos miraron expectantes a Andrea, que no supe qué decir. Le di una patada por debajo de la mesa. Como no dijese algo, empezarían a sospechar. ¿Qué pasa? ¿No tenía nada bueno?

—Es buena persona —dijo ella.

La miré consternado. Podría haber dicho que en mis abdominales se podía rallar queso, o que mi sonrisa la derretía. Que tenía un encanto natural... cualquier cosa. Menos eso. Buena persona. O lo que es lo mismo, lo que se le dice a cualquier pringado al que no sabes cómo halagar. ¡Vaya tela!

—Lo digo en serio. Hace unos días se metió en una pelea por defender a una completa desconocida. Sé que pocas personas harían lo mismo. La mayoría se marcharía discretamente y, si acaso, luego llamaría a la policía. Pero él no lo dudó.

Todos me miraron impresionados. Puse mala cara. Me había maquillado la herida para que no la notaran. Lo último que me apetecía era que me tuvieran lástima.

—¿Y qué paso? —se alarmó mi hermana.

—Se llevó un puñetazo —le contó Andrea—. En el fondo es un cielo...

Me pellizco la mejilla que me dolía y contuve un alarido. Maldita arpía.

—Aunque no sepa pegar —bromeó.

Todos se rieron.

—Vaya tela, Javi. Tú fingiendo que no tienes corazón, y al final resulta que eres un blandengue. Menos mal que tienes a una tía dura por novia que pueda defenderte —me picó Pablo.

Me puse rojo de indignación.

—El tío me pilló desprevenido, ¿qué pasa?

—No he dicho nada —se hizo el inocente.

—¡Haya paz! —ordenó conciliadora mi hermana—. Pero la próxima vez que vuelvas tarde, hazlo de la manita de tu novia.

Todos se rieron menos yo. Por lo visto, la cena de hoy iba de meterse conmigo. Para mi sorpresa, Andrea no se sumó a las risas.

—No se es más hombre por pegar un puñetazo. Aquel tío los daba y era un desgraciado. Javi demostró ser valiente a pesar de que sabía que llevaba todas las de perder. Para mí, eso tiene más valor que cualquier otra cosa — me defendió.

## Nuestra primera discusión

### *Andrea*

Estaba enfadado. Conmigo, con el mundo, quién sabe. Para ser sincera, admito que sus amigos se habían pasado tres pueblos. Pensaba de verdad que Javi había demostrado mucho valor al intentar defender a aquella chica. Eso, desde luego, no lo hacía cualquiera.

—¿Estás enfadado?

—¿Tú que crees? —gruñó.

—Qué sí.

—Pues ya está. Adiós.

Acababa de aparcar delante de mi portal. No me bajé. Me miró con cara de pocos amigos.

—Oye... solo bromeaban. Son tus amigos, tú los conoces mejor que yo. Pablo solo te estaba tomando el pelo —le resté importancia.

—Sacaste el tema para burlarte de mí —me recriminó, y pareció que estaba dolido de verdad. Me sorprendió que pensara aquello.

—Qué va. Tenía que decir algo bueno de ti, y fue lo primero que se me vino a la mente.

—Podrías haber dicho otra cosa —insistió enfurruñado.

—Dije la verdad. ¿Por qué te lo tomas así?

—La próxima vez, no me defiendas.

—Ay, ¿estás enfadado por eso?

—Pues sí, ¿qué pasa? —se puso a la defensiva.

—Estás enfadado porque te defendí —repetí incrédula—. Javi, se supone que es lo que hacen las parejas, pero como tú nunca has tenido una...

—Las parejas, no nosotros. Y no hace falta que lo hagas más. No somos pareja.

—Eso ya lo sé —respondí irritada—. Buenas noches.

—Adiós.

Salí del coche echando chispas. Uf, era imposible razonar con él. Normal que pensara de esa forma si nunca había tenido novia. Hacía años que yo estaba soltera, pero sabía de sobra lo que era comprometerte con alguien. Había querido. Muchísimo. Y me habían querido, tanto que recordarlo todavía dolía demasiado. Y defender a tu pareja o defender su valía frente a los demás eran la clase de cosas que hacíamos el uno por el otro. Me daba pena que Javi no lo entendiera, él se lo perdía.

No me gustaba ponerme melancólica. Se supone que el tiempo curaba las heridas, pero en mi caso solo había dejado un sabor amargo a su paso. Los años pasaban y yo cada vez me sentía más sola. Para ser sincera, me había aislado porque me daba la gana. Pedí el traslado en cuanto aprobé las oposiciones porque fue una forma de romper con todo. Y elegí no querer a nadie porque así era más fácil. Y dolía menos, supuse.

Pero a veces, a veces...

Cerré los ojos y recordé a Raúl. Raúl, con su sonrisa eterna y esa mirada amable que siempre tenía reservada para mí. Raúl y sus chistes malos. Raúl y sus *no pasa nada* cuando sentía que el mundo se me venía encima.

—Te echo de menos —le dije, acariciando la foto—. No sabes cuánta falta me haces.

Me limpié una lágrima traicionera. Ya no lloraba. ¿Por qué ahora? Raúl me leyó la mente y sacudí la cabeza.



—Ni hablar. Tú siempre dabas el primer paso, pero yo no soy como tú.

Observé su sonrisa y su eterna cara de buen humor. Me gustaba aquella foto porque captaba su esencia a la perfección.

—No voy a ceder. Además, ni siquiera estamos saliendo de verdad. Si lo conocieras... te caería fatal.

Lo pensé mejor y fruncí el ceño. Quizá me equivocaba. Raúl siempre fue de los que concedía segundas oportunidades. Nunca juzgaba a los demás. Siempre tenía algo bueno que decir de alguien. Le buscaba su parte buena a todo el mundo, y yo solía decirle: *¿siempre piensas bien de todo el mundo?* Entonces él respondía: *para pensar mal ya habrá tiempo.*

Me tragué mi orgullo y le escribí un mensaje a Javi. Me dije que no se lo merecía, pero lo envié de todos modos. Tardó en contestar casi una hora. Idiota orgulloso.

Le había enviado un video de YouTube de James Blunt seguido de un mensaje:

*Yo: eres la única persona que conozco a la que la música de James Blunt lo pone de buen humor. En mi opinión, sus canciones son deprimentes. En cualquier caso, ¿bastará para que te animes?*

*Javi: supongo*

Puse los ojos en blanco. Qué seco era. En fin. Observé con interés que volvía a escribir algo.

...  
...  
...

*Javi: al menos significa que me prestaste atención.*

*Yo: soy una novia que sabe escuchar ??*

*Javi: ¿qué hay de lo de no enviarse mensajes de madrugada?*

*Yo: hago una excepción porque soy una persona cero rencorosa y muy capaz de dar el primer paso...*

*Javi: ¿va con segundas?*

*Yo: por supuesto.*

Contra todo pronóstico, la conversación me estaba sacando una sonrisa. Sin estar cara a cara, Javi no era tan borde. Me animé a charlar con él.

*Yo: confieso estar intrigada por tu afición a la jardinería.*

*Javi: Tana dice que es cosas de mujeres. Me relaja.*

*Yo: como el yoga.*

*Javi: sí. Me viene de mi madre. Tenía talento para que las plantas florecieran en el terreno más inhóspito.*

*Yo: eso es muy bonito.*

*Javi: algún día te enseñaré mis tulipanes y comprenderás por qué odio a ese chucho.*

*Yo: ok, así te doy mi opinión sobre tu talento.*

*Javi: ¿te los enseño?*

*Yo: vale.*

Abrí la foto que me envió... y me encontré con una panorámica de sus abdominales. Lo

mataba. Salía sonriendo y parecía decirme: *¿has visto lo bueno que estoy?*

*Javi: te morías de ganas de verlos, eh.*

*Yo: eres idiota.*

*Javi: así puedes mirarlos todo lo que quieras sin ponerte nerviosa.*

Tuvo la boca vergüenza de añadir un emoticono que me lanzaba un beso.

*Yo: lo que yo diga, idiota del todo.*

*Javi: buenas noches, cariño.*

No me molesté en contestar. Quién me mandaba a mí escribirle a ese cretino a estas horas. Estaba encantado de conocerse. ¡Qué digo! Encantadísimo. Ni que fuera para tanto. A ver que lo viera mejor...

Abrí la foto de nuevo. Pues eso. Nada del otro mundo. Amplié la foto. Joder, baya tableta de chocolate. Qué mal repartido está el mundo. Y encima se entreveía algo de vello rubio por encima de los calzoncillos. Este tío iba provocando. Lo que yo dijese: no era mi tipo. Me gustaban más...

Es decir, me gustaban menos vanidosos. Seguro que se hacía fotos a sí mismo y las guardaba en un álbum. O puede que besara a su reflejo antes de irse a dormir para decirse lo mucho que se amaba. Me reí por aquella maldad.

Para nada mi tipo. Javi el borde. Y antipático. Gruñón. Y neurótico perdido. Para nada...

## No te presentes sin avisar

### *Javi*

Me levanté hecho una furia cuando volvieron a llamar a la puerta. Los domingos me despertaba a las doce de la mañana. Así recuperaba el sueño perdido de toda la semana, pero me daba tiempo a aprovechar el resto del día. Eran las once y media, ¿por qué me hacía esto la vida?

—¡Qué ya voy! —grité de malhumor.

Cómo fuera el vecino pidiendo sal...

—Andrea —dije secamente—. ¿Qué quieres?

—Quiero pasar. ¿Me invitas o no?

—No.

Quise cerrarle la puerta, pero ella metió el pie dentro.

—Solo te necesito cinco minutos y luego me marchó.

—¿Y si estuviera acompañado?

—¿Lo estás? —lo dudó.

—No.

—Entonces puedo entrar —se autoinvitó, recorriendo el pasillo—. Por cierto, tengo hambre. ¿Puedo coger algo?

—Claro, sírvete lo que quieras... —dije con ironía, y la seguí hacia la cocina—. Pero, te lo pido por favor, ¡no te presentes sin avisar!

Se volvió con mala cara cuando le grité. Tenía gracia: venía sin avisar, abría mi nevera y la culpa era mía. ¡Qué mujer!

—Es una emergencia —me explicó de mala gana, como si a ella tampoco le hubiera hecho gracia presentarse en mi casa—. Le he dicho a mi madre que estoy saliendo con alguien, y ahora exige una foto. Una en la que salgamos juntos. Y... obviamente, no tengo ninguna.

—¿Y no te podías esperar?

Se rio en mi cara.

—No conoces a mi madre. ¿Ves esto? —me enseñó la pantalla de su móvil. Había doce llamadas perdidas de *mamá*—. Es capaz de presentarse aquí por sorpresa. Nos hacemos una foto y me largo, ¿ok? Así se quedará satisfecha hasta el día de la boda.

—Ah, que vamos a casarnos —dije estupefacto.

—Sí, en tus sueños. Me refiero a la boda de mi hermano. Eres mi acompañante.

—Genial, me encantan las bodas —dije con amargura—. ¿Y cuándo tenías pensado decírmelo?

—¿Por qué creías que acepté hacer un trato contigo? A mí me da igual lo que los demás piensen de mí, eres tú el que tiene un problema con eso...

—Si te diera igual, irías sola a esa boda.

Me dedicó una mirada fría como el hielo. Ja, conque tenía razón.

—La boda es dentro de veintiséis días.

—Odio las corbatas —me quejé.

—Y yo que pensaba que con lo estirado que eres lo de ir de etiqueta te encantaría...

No. Me gustaban los jerséis de lana fina y unos buenos vaqueros levis. Pero como ella no entendía de moda...

—Para que veas. No me conoces, sabelotodo.

—Bueno, nos hacemos la foto y me largo —sacó su móvil.

—No puedo hacerme una foto en este momento.

Ella enarcó una ceja.

—¿Por qué no?

—No he desayunado —dije sin más.

—¿Esa es otra de tus estúpidas reglas? ¿Qué tendrá que ver...?

—Estoy falto de energía —la corté, porque era exasperante darle explicaciones a esta mujer

—. Voy a salir mal. Me niego a que mi suegra crea que estás saliendo con un adefesio. Tengo una reputación que mantener. No me hago fotos sin desayunar, lavarme la cara ni peinarme.

Me miró con incredulidad, como si creyese que le estaba tomando el pelo.

—Entiendo...

—En fin... vas a poder disfrutar de mi talento culinario. Siéntete afortunada.

Se sentó en el taburete y puso cara de impaciencia.

—Qué sí, que me hagas una tostada, Joan Roca.

Una tostada... qué ingenua. Cuando me ponía manos a la obra, era capaz de dejar sin habla hasta a un caso perdido como aquella mujer.

## El fotogénico

### *Andrea*

Apoyé la cabeza en mis manos y suspiré. No podía creer que llevase más de veinte minutos cocinando. ¡Solo era un desayuno! Se ató un delantal negro alrededor de la cintura. Cualquier otro habría parecido ridículo con semejantes pintas, pero Javi conseguía que los pantalones del pijama le hicieran un buen culo.

Miré hacia otro lado cuando él se fijó en mí.

—¿Quieres que te ayude? —me ofrecí.

—¿Y que lo estropees todo? No, gracias.

Ni siquiera me esforcé en enfadarme. Empezaba a acostumbrarme a sus respuestas cortantes. Y, cuando lo hacías, no te impresionaban tanto.

—¿Le queda mucho a tu obra de arte? —me impacienté—. Tengo vida, cosas que hacer...

—Eres tú la que está en mi casa y se ha presentado sin avisar. Si tienes prisa, ya sabes dónde está la puerta.

Casi te acostumbrabas.

—Dime una cosa, Javi. ¿Te esfuerzas en caer antipático o es algo que te sale de manera natural?

—Depende de la persona. Contigo me sale sin ningún esfuerzo.

Esbocé una media sonrisa. Tenía rapidez mental. Al menos, discutir con él era divertido.

—Entiendo... eres selectivo. ¿Hay alguien más en este planeta que te caiga bien? Aparte de ti mismo...

—Mi vecino de abajo —me contó, y comenzó a emplatar la comida. Lo miré con interés, y él añadió con frialdad—. Es mudo.

Cuando sonrió de lado porque acababa de quedarse conmigo, se me escapó la risa floja.

—El desayuno, Wonder Woman.

—No será para tanto... —me quedé boquiabierta al ver que había preparado unos crepes rellenos de chocolate y unas tostadas francesas con arándanos. Javi me observó con una mirada de suficiencia, así que me limité a cortar un trozo de crepe y llevármelo a la boca. Jo-der—. Uhm... está riquísimo.

—Lo sé.

Por esta vez, le permitía ser egocéntrico. Devoré el plato en cuestión de minutos mientras él hacía lo mismo con el suyo. Por lo visto, los dos teníamos buen apetito.

—Te recuerdo que soy tu novia ficticia y no tienes que impresionarme —me burlé de él—. Soy nefasta en la cocina. Mi madre es de las que dice que se puede conquistar a una persona llenándole el estómago.

—Habrás algo que sepas hacer...

—Sí. Tortilla francesa.

Los dos nos reímos y lo miré asombrada.

—¡Vaya! Pero si sabes reírte...

Se levantó para fregar los platos, pero puse mi mano sobre la suya. Nos miramos incómodos y la retiré avergonzada. Era evidente que no le había gustado que lo tocara. Maldije para mis adentros. No volvería a pasar. Ya me había dejado claro que no era su tipo.

—Deja, ya friego yo. Tú arréglate.

—Dame cinco minutos.

Pero ni fueron cinco, ni diez ni quince. Madre mía, ¿qué estaba haciendo en el baño? ¿Se podía ser más presumido? Tenía claro que Javi estaba orgulloso de su aspecto, pero la que estaba montando por una simple foto no era ni medio normal. En serio, le faltaba un tornillo.

—¡Javi! —grité impaciente—. Tío, ¡sal ya! ¿O te estás maquillando?

No contestó. Fui hacia el salón porque estaba muy aburrida y me dediqué a cotillear a mi antojo. Su hermana tenía razón: era un maniático del orden. Los cojines estaban colocados formando una hilera perfecta sobre el sofá, y las bolas de nieve que había sobre la estantería estaban dispuestas a la misma distancia. No tenía fotos, eso era raro. Y la casa estaba excesivamente limpia. Me lo imaginaba un sábado, con guantes de plástico, bote de desinfectante y plumero en mano. Me entró la risa.

Algo llamó mi atención. El único objeto sentimental del salón. Era una figurita de El rey león tallada en madera con una inscripción a los pies: *Recuerda siempre quién eres. Mamá te quiere*. Se me encogió el corazón y dejé la figurita justo donde estaba. Seguro que echaba mucho de menos a sus padres.

—¿Cotilleando? —preguntó a mi espalda. Había un tono censurador en su voz.

Me pilló por sorpresa y me sobresalté. Estaba demasiado cerca, algo muy impropio de él. Su respiración cálida me hacía cosquillas en la nuca. Me puse nerviosa y me volví hacia él con expresión neutral.

—¿Por qué te gustan tanto las bolas de nieve? Hay por lo menos veinte.

—Las colecciono. Son de los países que he visitado.

Puse cara de total inocencia cuando desvió la vista hacia la figura de El rey león. Era imposible que se diera cuenta, ¿no? Frunció el ceño y la movió hacia la izquierda menos de un milímetro. Luego me miró con expresión irritada.

—No me gusta que toquen mis cosas.

—No la he tocado —mentí, porque era imposible que lo supiera.

—Cuando vaya a tu casa también voy a tocar tus cosas —me avisó, como si fuera un crío.

—No pienso invitarte —me jacté.

—Lo mismo me presento sin avisar. Todo lo malo se pega...

Metió la mano dentro de mi bolsillo trasero y di un respingo. Sus dedos rozaron mi culo. Le lancé una mirada asesina, y él a mí una desabrida. Luego me enseñó mi móvil.

—No te hagas ilusiones. Buscaba esto —lo balanceó delante de mis narices—. ¿Nos ponemos manos a la obra?

—Depende. ¿Está listo el señor o necesita pintarse los labios?

—A ti no te vendría mal un poco de carmín, ya que sacas el tema. Pero como no quieres mi opinión...

Ni le contesté. Él se sentó en el sofá y me hizo un gesto para que me sentara a su lado. Sonreí a la cámara, pero no hizo la foto. Se miró en la pantalla y se peinó el flequillo. Resoplé. Qué sopor. Lo mismo hasta ponía morritos. Se pegó más a mí y me aparté sin poder evitarlo.

—Se supone que somos pareja... —me recordó, molesto por mi reparo—. O podemos posar por separado y luego lo arreglo con Photoshop.

Lo decía irónicamente porque de verdad estaba cabreado conmigo. Era incoherente. Él era peor que yo. Siempre tratándome con esa superioridad y esa frialdad estudiada. Ver para creer.

—Que sí, haz la foto —respondí sin ganas de entrar en batalla, y me acerqué a él.

Hizo seis fotos y las borró todas. Me quedé estupefacta.

—¿Y ahora qué pasa?

—No me gusta como salgo. No es mi perfil bueno. Cámbiame el sitio.

—¿Lo dices en serio?

Me miró como si fuera yo quien le estuviera haciendo perder el tiempo.

—Soy fotógrafo y perfeccionista, ¿qué esperabas?

—Ni se te ocurra sacar tu cámara para immortalizar el momento. Ya es lo que faltaba.

Creo que estuvo a punto de plantearlo, pero se contuvo. Le cambié el sitio con la esperanza de que hiciera la condenada foto. Puso mala cara cuando observó el resultado.

—¿Y ahora qué? —comencé a perder la poca paciencia que me quedaba.

—Sales en una con los ojos cerrados, y en la otra no me gusto.

—Da igual, elige la que salgo con los ojos cerrados —le dije, con tal de acabar con aquello.

—Pero tampoco salgo bien del todo...

—¿Cómo puedes ser tan presumido! —exclamé, y casi me entraron ganas de reírme por la situación tan absurda.

—Porque tú no lo eres. Lo que a ti te falta yo lo compenso. Es la clave de nuestra relación.

—Madre mía...

—Deberíamos hacernos una siendo más cariñosos...

—Sí, vamos, lo que faltaba.

—Piénsalo. Soy tu novio... las parejas se hacen ese tipo de fotos. Si supieras los reportajes de bodas que me salvan el mes...

—Qué sí, que vale.

Salimos al balcón porque, según él, allí la iluminación era mejor. Me pasó un brazo alrededor de los hombros y sonrió al objetivo. Se le daba bien, y no tenía nada que ver con haberse pasado media hora dentro del cuarto de baño. Era muy atractivo y lo sabía. Desprendía seguridad y arrogancia. Así cualquiera salía bien...

—¿Podrías no tensarte cuando te toco? —se quejó, y noté que a su orgullo le molestaba especialmente que lo rechazaran.

—Disculpa si no me sale natural fingir que te aprecio, pero tú no eres precisamente un osito achuchable y que se deje querer...

—No te voy a morder —insistió, y me pegó más a él—. ¿Lo ves?

Apoyé de manera involuntaria la espalda contra su pecho. Estaba durísimo y olía genial. Ay, mi gran debilidad: los hombres que huelen bien. Le gustaba tanto llevarme la contraria que dejó una mano sobre mi cadera como si de verdad le gustara tocarme. Como si yo fuera a creerme que estaba disfrutando del momento.

—¿Y si me das un beso?

—No.

—En la mejilla. Los otros no los regalo.

Era lo peor. Y por alguna extraña razón, me empezaba a hacer gracia. Me volví hacia él e ignoré su mirada traviesa. Y para colmo, un provocador nato. Apoyé mi boca contra su mejilla y él rodeó mi cintura con un brazo. Sí, lo reconozco, disfruté. ¿Quién no lo haría estando pegada a un hombre atractivo? Luego recordé que aquello era una pantomima y me aparté en cuanto hizo la foto.

Javi ojeó las fotografías y sonrió satisfecho.

—A tu madre le voy a encantar.





## El risotto

### *Javi*

No sé por qué me había hecho fotógrafo si lo mío era el modelaje. Andrea recogió sus cosas y yo no la invité a quedarse. Aunque su compañía, para qué negarlo, no me desagradaba del todo, tenía ganas de quedarme a solas.

Andrea era... rara. Y tenía algo. Me divertía sacarla de sus casillas, y definitivamente no era la clase de mujer en la que solía fijarme.

Reconozco que había utilizado lo de las fotos para pegarme a ella. Notar que se ponía incómoda cuando nos acercábamos fue toda una delicia. Podía hacerse la dura, pero no era tan indiferente a mí como fingía. Lo malo fue darme cuenta de que yo tampoco lo era a ella. No tenía ningún sentido. ¿Qué tenía ella? Era del montón, aunque sus ojos rasgados tenían su encanto. Y fantaseaba con ver esas piernas infinitas vestidas con una falda. Y ese carácter que se gastaba me la ponía dura, ¿para qué negarlo?

La estaba acompañando a la salida cuando llamaron a la puerta. Segunda visita inesperada del domingo. Por lo visto, la gente no me conocía lo suficiente para saber que odiaba las visitas, y más si eran sin invitación.

—Tana —la saludé con sequedad—. ¿Qué quieres?

—¡Hola, Javuchi! —me dio dos besos y entró sin que la invitara. Lo de entrar de ese modo se había convertido en una costumbre para todos en mi casa. Dejó a la rata en el suelo y se encontró con Andrea—. ¡Hola! ¿Aún no lo habéis dejado?

—Pues... no —respondió ella.

—Ah, ¡estupendo! Y... sorprendente —murmuró con malicia—. Javito bonito, ¿me invitas a almorzar? Lo único malo de dejar de vivir contigo fue renunciar a tu talento culinario.

—Lo mejor de dejar de ser tu compañero de piso fue renunciar a tu presencia. Ah, no, que sigues aquí...

Andrea se partió de risa, y Tana ni se inmutó. Era toda una experta en conseguir lo que quería de los demás. En el fondo la adoraba, pero jamás se lo diría.

—Javito precioso... —me hizo la pelota—. Tengo antojo de uno de tus risottos. Es el mejor que he probado en mi vida. Por fa.

—No me apetece cocinar para ti. Cuando estoy enfadado se me pasa el arroz.

—¿Y por qué estás enfadado con tu mejor amiga? La cual te adora y perdona todos y cada uno de tus defectos —dijo ella con inocencia.

—Porque ayer me dejaste como el culo. “Que si Javi esto... que si Javi lo otro cuando compartíamos piso”. ¡Cómo si compartir piso contigo hubiera sido fácil!

—Solo pretendía aportar mi granito de arena. Pensé que, si Andrea conocía todas tus manías, luego no saldría huyendo... —dijo Tana, y rebuscó dentro de su bolso para tenderme un paquete—. Como sabía que eres muy rencoroso, te he traído esto para hacer las paces. ¿Ya me vuelves a querer?

Rompí el envoltorio y encontré una taza en forma de objetivo de cámara réflex. Intenté no sonreír para que no notara lo emocionado que estaba.

—Te puedes quedar —repuse fríamente.

—¡Risotto, risotto! —vitoreó, y cogió a Andrea del brazo—. Tú también te quedas, ¿no? No puedes estar saliendo con Javi sin haber probado su risotto.

Ella me miró con cara de circunstancia y me encogí de hombros. Lo mismo me daba cocinar para dos que para tres. Lo que no me daba igual es que invadieran mi privacidad sin avisar como mínimo con veinticuatro horas de antelación. Odiaba los imprevistos.

Estaba cocinando cuando vi por el rabillo del ojo que la rata caminaba sospechosamente hacia el ventanal de la cocina. Solté el cucharón y la seguí con sigilo. Y la pillé en el acto.

—¡Serás cabrón! —le grité, al ver que levantaba la patita para mearse en mis geranios.

Se escurrió entre mis piernas y salió corriendo en dirección al salón. Lo observé con resentimiento. Rata traidora, algún día me las pagaría.

Escuché el sonido de unas risas mientras cocinaba. Por lo visto, Tana y Andrea habían hecho buenas migas. En otra vida no habría estado mal que mi mejor amiga y mi novia se llevaran tan bien. Pero en esta, no me hacía ni pizca de gracia que Tana se encariñara con Andrea. Lo nuestro tenía fecha de caducidad.

Hice mi aparición estelar cuando las dos estaban viendo mi álbum de fotos. Por poco me dio un infarto.

—¿Qué hacéis? —alcé la voz, y la fuente de risotto estuvo a punto de caérseme al suelo—. ¡Cierra eso! ¡Tana!

—Solo le enseñaba lo mono que eras de pequeño... —dijo, y cerró el álbum con un suspiro.

—Qué gracioso en el orinal de ranitas... —se burló Andrea.

Apreté los dientes. No me gustaba que tocaran mis cosas, y menos una de las pocas que guardaba de mi pasado. Le arrebaté el álbum a Tana y la callé de una mirada. Ella lo entendió y me dedicó un gesto de disculpa. A veces se pasaba tres pueblos.

Comimos en silencio hasta que la tensión se fue disipando. Andrea repitió dos veces y eso me halagó. Me gustaba cocinar y me crecía cuando tenía público.

—Está de muerte.

—El secreto es añadir el caldo poco a poco... —dije, restándole importancia.

Tana bostezó y fue hacia el sofá.

—Voy a poner la tele un ratito... —dijo, con voz de sueño.

Al cabo de medio minuto, ya estaba roncando. Andrea la miró sorprendida y yo sonreí.

—No perdona la siesta. Es como una niña.

Me levanté para recoger los platos y ella me ayudó. Cuando regresé al salón, tapé a Tana con una manta. A mi espalda, Andrea me observó con una expresión a la que no estaba acostumbrado.

—¿Qué? —gruñí.

—La adoras. Por mucho que intentes disimularlo, es evidente que la quieres muchísimo.

Me encogí de hombros.

—Compartimos piso durante una temporada y terminó convirtiéndose en mi mejor amiga.

—¿Puedo fumar? —preguntó, sacando un cigarro.

La acompañé hasta el balcón y le pedí un cigarro.

—Te tenía por una chica sana.

—Me quita el estrés y debería dejarlo, pero esta mierda es adictiva —echó otra mirada en dirección a Tana—. Me ha contado que la cuidabas mucho cuando vivía contigo.

—Es como una hermana pequeña. Y como has podido ver... tiene un morro...

—¿Por qué siempre intentas que piense lo peor de ti? —me preguntó a bocajarro.

Me quedé tan sorprendido por la pregunta que no supe qué responder. Ella volvió a la carga.

—No eres tan malo como parece, aunque te escondas bajo esa fachada de sieso frío y sin sentimientos.

—Qué sabrás tú ... —repuse de mala gana, y me apoyé en la barandilla—. Me lo cuentas

cuando me conozcas más.

—¿Por qué? ¿Me vas a asustar? —se burló.

—Puede —le avisé, esta vez más serio.

—Lo dudo. Lo mismo soy yo quien te sorprende.

—Ya estoy sorprendido —dije, y era la pura verdad.

Noté que ella se ponía nerviosa y esbozaba una sonrisa tímida.

—Vaya... así que Wonder Woman no es tan dura como parece. ¿No serás una blanda?

—Qué sabrás tú... me lo cuentas cuando me conozcas más —me guiñó un ojo y, acto seguido, me dejó boquiabierto cuando se acercó a mí para besarme en la mejilla—. Adiós, Javi. Gracias por el desayuno y el risotto.

Dejé escapar el aire cuando se alejó. ¿Qué había sido eso? Y diablos, ¿por qué me había gustado tanto? Fruncí el ceño y me enfadé conmigo mismo. Me encantaba estar solo y no era mi tipo. Además, esto era una farsa. Definitivamente, dormir menos horas de las previstas me había afectado el cerebro, porque estaba distorsionando la realidad.

## Mi vida real

### *Andrea*

Salí de casa de Javi con una sensación extraña en el estómago. Me había gustado conocerlo más y ser consciente de que era más humano de lo que aparentaba. Todavía recordaba la conversación con Tana. Me había impresionado que quisiera tanto a su amigo.

*—Sé que puede parecer difícil, pero es una de las mejores personas que he conocido en mi vida. No tienes ni idea de lo mucho que me cuidó cuando viví con él. Me escuchaba cada vez que tenía un problema y me ayudaba sin pedir nada a cambio. A veces creo que no se deja querer porque... no sé, porque es idiota.*

*—No tiene fotos de su familia.*

*Ella se mordió el labio.*

*—Sus padres murieron cuando era un niño. Nati es la única familia que le queda... y él actúa como si todo lo que pasó no le hubiera afectado. Siempre me he preguntado si es tan fuerte como aparenta. No le hagas daño, ¿vale? Es más sensible de lo que parece, y es capaz de querer más de lo que él se cree.*

Volví a mi vida real, donde Javi no tenía ninguna importancia. En mi vida real no había ataduras, problemas sentimentales ni nada por el estilo. En mi vida real llamaba a cualquiera cuando me apetecía echar un polvo. Y, por cierto, me apetecía mucho eso último en este momento. No tenía ningún sentido que Javi me erizara el vello de la piel. Madre mía, qué nerviosa me había puesto cuando me había tocado.

Patética. Soy patética.

—Pero si es mi amiga la que ya no está soltera... —me saludó Horacio en cuanto llegué al bar.

—Hola —me quedé un poco cortada.

Vaya, lo sabía. Seguro que Pablo se lo había contado. Y por la cara que puso, no le hacía ninguna gracia que no se lo hubiera dicho.

—No te enfades —le pedí.

—No estoy enfadado. Me decepciona que no me lo hayas contado, pero tus motivos tendrás. Creí que no había nadie en tu vida. Hace unos días era así, aunque supongo que no me entero de nada.

—Horacio... no es como tú piensas.

—¿Me lo presentarás algún día?

—No.

—¿Por qué? Ni que me lo fuera a comer.

Por algún motivo, no tuve ganas de mentirle a Horacio. Hacía esto para no ir sola a la boda de mi hermano, pero no tenía ningún sentido engañar a Horacio. Él era mi mejor amigo.

—Porque no estamos saliendo. Hemos hecho un trato. Y antes de que me juzgues, déjame decirte que no conoces a mi familia. Necesitaba ir con alguien a la boda de mi hermano, eso es todo.

Horacio se quedó con cara de póker.

—Me estás vacilando.

—No...

En cuanto lo dije, noté lo ridículo que resultaba.

—Andrea, esto no es propio de ti. Qué más te da lo que piensen los demás.

—¡Pues resulta que me importa! —exclamé alterada—. Resulta que estoy harta de dar explicaciones, soportar miraditas compasivas y comentarios condescendientes. Por lo visto, ni soy tan dura como parezco ni soy indiferente a la opinión de mi familia.

—No lo pagues conmigo.

—¡No lo estoy pagando contigo! Es solo que eres mi amigo y esperaba... no sé, un poco de comprensión.

—Si lo que esperabas es una palmadita en la espalda y que te felicitará por esta locura, te has equivocado de amigo. Los amigos se dicen la verdad, y la verdad es que lo que estás haciendo no tiene ningún sentido. Mentirle a tu familia para recibir su aprobación es patético.

—Vete a la mierda —le espeté cabreada.

—Andrea... —me agarró del brazo, pero me zafé de su agarre—. Puede que me haya pasado, pero...

—¡No! Ya has dicho todo lo que tenías que decir. Y no tienes ni puñetera idea, Horacio. Me conoces desde hace tres años, pero no tienes ni idea. ¡Ni idea!

—Pues cuéntamelo. Ayúdame a comprender por qué eres así.

—¿Por qué soy así? —esboqué una sonrisa triste—. Apártate de mi camino.

Él se echó a un lado y salí de allí hecha una furia.

\*\*\*

Clavé las uñas en las sábanas y gemí. Él aceleró el ritmo y comprendí que estaba a punto de llegar al orgasmo. Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás. Me aparté de él en cuanto terminó y fui directa al cuarto de baño. No había estado mal del todo, pero...

Regresé a la habitación para recoger mi bolso. Alex ya se había puesto los pantalones y me miraba intrigado.

—Te he notado distinta —me dijo. No una pregunta, sino una afirmación.

—No me pasa nada —repuse con frialdad.

—A mí no tienes por qué mentirme —le restó importancia—. Pero cuando me acuesto con una mujer, me gusta que ella disfrute tanto como yo.

—Y he disfrutado.

—Puede, pero tenías la cabeza en otra parte.

—¿Qué más te da?

—No me da igual.

—He discutido con un buen amigo, eso es todo... —le conté esquiva.

—Tal vez deberíamos dejar de vernos —sugirió con voz queda.

Lo miré sorprendida. No sé a qué venía eso.

—¿Por qué? Si lo que te preocupa es que te atosigue con mis problemas, tranquilo, no volverá a pasar. Sé qué es lo que buscas cuando te llamo. Lo mismo que yo: sexo sin compromiso.

—Lo que me preocupa es que pagues tus problemas con el sexo. Creo que deberías aclararte, eso es todo.

Alex se levantó y caminó hacia mí. Me acarició la mejilla y me dedicó una sonrisa seductora.

—Llámame si te apetece volver a verme, pero piensa en lo que te he dicho. El sexo no siempre es la solución.

El sexo era la solución a todos mis problemas, pensé en cuanto llegué a casa. El sexo me

impedía pensar. En el sexo no tenía dudas. El sexo me ayudaba a encontrar personas solitarias que buscaban lo mismo que yo. Y durante diez años, había sido mi vía de escape. Pero de repente algo fallaba.

Observé a Raúl, con su sonrisa eterna. Con su cara de ser tremendamente feliz. Recordé a la chica que fui a su lado y me pregunté, como había hecho otras veces, si no podía volver a ser esa persona. Pero sabía la respuesta: no puedes. No lo serás. No te lo mereces.

No encontrarás a otro como él. Y, si encontraras a alguien a quien amar, jamás te lo perdonarías.

Me acosté pensando en Raúl. En las promesas que nos hicimos y que nunca pudieron cumplirse. Sucedió pocas veces: encontrar a tu alma gemela. Encontrar a esa persona que estaba hecha para ti.

*—¿Crees que estamos hechos el uno para el otro? —le pregunté un día.*

*Él me sonrió de esa forma.*

*—Creo que juntos somos mejor.*

*Entrelacé mis manos con las tuyas y le di un beso.*

Cuando abrí los ojos, Raúl ya no estaba.

## La rata

### *Javi*

Salí del cuarto de baño y me tropecé con la rata. Lo miré con mala cara y lo aparté con el pie. Él me enseñó los dientes y yo lo señalé con el dedo.

—Vuelve a tocar mis geranios y te juro que te tiro por el balcón —le advertí.

Me miró como si me estuviera midiendo, así que me agaché para quedar a su altura. Se puso a temblar.

—Ah... ya no eres tan valiente...

Escuché el ruido de una puerta cerrándose y el chucho se puso a ladrar como si estuviera endemoniado.

—¡Tana, haz que se calle! —le pedí, agobiado por el ladrido del condenado animal. Tenía un ladrido tan agudo que se me metía en la cabeza—. ¡Tana!

El salón estaba desértico. Fruncí el ceño. Algo iba mal. Había una nota sobre la mesa auxiliar. La leí en voz alta.

—Javito de mi corazón. Me han adelantado el viaje de trabajo y me temo que no tengo con quien dejar a Gucci. Espero que cuides bien de mi bebé. Confío en ti —leí estupefacto—. ¡Será una broma!

Atravesé el pasillo hecho una furia y me tropecé con un paquete. Era una bolsa de tela que contenía la cama de Gucci, un saco de pienso, infinidad de juguetes y su comedero. Había otra nota.

—Posdata: come tres veces al día y sale cuatro veces a pasear porque tiene la vejiga muy pequeña. Si tiene un accidente en casa, luego no digas que no te avisé. Mételo en la cama por las noches y dale un besito de parte de mamá antes de acostarlo. Es muy sensible, trátalo bien.

Le di una patada a la bolsa y una pelota de goma salió volando. La rata corrió detrás de la pelota y yo la observé ojiplático.

—¡Te va a abrazar tu madre!

Saqué mi teléfono y marqué el número de Tana. Maldita cría del demonio, me iba a oír. Después de cinco llamadas, comprendí que no me cogería el teléfono. Telefoneé a Max, su novio, para que él se hiciera cargo.

—Javi, ¿qué pasa?

—Tu novia me ha dejado a la rata, ¡ven a por ella!

—No te oigo bien, estoy en Dublín. ¿Qué dices de una rata?

Hubo interferencias y colgué el teléfono. Esto no podía estar pasando. ¿Cómo podía tener tanta cara aquella niñata? No podía cuidar del chucho. Tenía mal genio y me odiaba. Nos odiábamos. Como si quisiera confirmarlo, levantó la pata y se meó en mis zapatos.

—¡La madre que te...!

Agachó las orejas como si hubiera sido sin querer. Lo perseguí por toda la casa para darle su merecido, pero el bribón era pequeño, rápido y escurridizo.

—Conque un accidente... ¡ven aquí!

Diez minutos después, estaba limpiando mis zapatos mientras observaba con resentimiento a la rata. Gucci estaba escondido detrás de la pata de la mesa y me gruñía.

—Voy a matarte de hambre. Serás muy rápido, pero no dejas de ser un perro que depende de un humano. ¿Me seguirás gruñendo cuando te suenen las tripas? Lo dudo —me jacté, y él me ladró

a modo de respuesta.

\*\*\*

Tres horas después le llené el comedero. Lo sé, soy un blando. La rata engulló la mitad de la comida en cuestión de segundos y luego correteó por el pasillo. Estaba trabajando en un reportaje de bodas. Odiaba los reportajes de boda, pero me salvaban el mes. Este en cuestión había sido una verdadera tortura. Una parejita de lo más empalagosa y exigente.

*Javi, este ángulo hace mi nariz más grande.*

*Javi, disimula mis brazos.*

*Javi, esto. Javi lo otro...*

*Javi, sácame guapa.*

¿Qué quieres que te diga? No hago milagros, hija de mi vida... me daban ganas de decirle. Menos mal que lograba cerrar la boca antes de soltarle una de las mías. En el trabajo tenía que disimular mi antipatía natural, y lo conseguía bajo un halo de seriedad y profesionalidad.

La rata me ladró. Estaba a mis pies y parecía querer algo. Me quité las gafas, que solo usaba para trabajar con el portátil, y le lancé una mirada asesina.

—Déjame en paz, chucho asqueroso, estoy trabajando.

Volvió a ladrar y me mordisqueó los cordones de las zapatillas.

—¡Quita!

Respiré aliviado en cuanto se dio por vencido. Estaba sumergido en el reportaje cuando ladró de nuevo. Maldije para mis adentros y me quedé sorprendido. Llevaba la correa en la boca y me miraba con ojillos ilusionados. Lo último que me apetecía era sacarlo a pasear, pero tampoco quería que se meara en mi piso. Acababa de poner suelo de parquet.

—Cinco minutos y regresamos —le advertí, poniéndole la correa con miedo de que me mordiera. Por primera vez se mostró colaborativo. Qué convenido, había salido a su dueña.

En cuanto salí al portal, Gucci olisqueó todas las farolas habías y por haber. Lo llevé a un parque cercano, pero no me atreví a soltarlo. Lo último que me apetecía era correr detrás del chucho o darle la mala noticia a Tana de que lo había atropellado un coche.

—¡Qué no te voy a soltar! —grité exasperado, cuando comenzó a tirar de la correa como si estuviera poseído.

Una chica que pasaba por allí me sonrió. Le devolví la sonrisa. Por lo visto, salir a pasear con la rata no tenía por qué ser tan malo.

—Ay, es adorable. ¿Puedo acariciarlo? —me preguntó otra.

—Por supuesto. Le encanta —tiré disimuladamente de la correa cuando la rata le enseñó los dientes. Lo que faltaba, que me dejara en mal lugar.

—¿Muerde?

—Yo no. Y él tampoco.

Ella soltó una risilla coqueta. Ya está, la tenía en el bote. Un par de frases hechas y podría invitarla a mi casa.

—Qué mono. Si hasta vais conjuntados —dijo, al ver que su correa y mi jersey eran del mismo color.

Intenté no poner mala cara y forcé una sonrisa. No lo había hecho a propósito.

—Me encantan los perros. Siempre he pensado que los hombres que tienen mascota son muy sensibles... —comenzó a ligar conmigo.

Uy, sí. Muchísimo. Mi sensibilidad la tenía justo entre las piernas.

—¿Tienes perro? —le di conversación.

—Qué va. Me encantaría, pero estoy de alquiler y mi casero lo prohibió en el contrato. ¿Cómo



se llama?

—Gucci.

—Uy, qué nombre tan gracioso —le acarició la cabecita y el perro me miró con cara de circunstancia—. Hola, Gucci. Eres adorable y... ¡Ay! ¡Me ha mordido!

—¡Rata! —le eché la bronca—. Esto... Gucci... bonito, ¿qué has hecho? ¡Eso no se hace!

La chica se apartó del perro y se dirigió a mí con expresión indignada.

—¡Deberías llevarlo con bozal! ¡Es un peligro para las personas!

—Tampoco exageres —le resté importancia—. La que se ha acercado a él has sido tú.

Ella infló las mejillas y se puso colorada como un tomate.

—P...pero... ¡me ha mordido! ¡Al menos ten educación y pídemme disculpas! ¿Y si me tienen que pinchar la antitetánica?

—¿Por un mordisquito de nada? Lo dudo. Tiene todas las vacunas. Algo habrás hecho para que te muerda...

—Jamás había conocido a alguien tan maleducado.

—Habrás conocido a pocas personas —dije con frialdad, y la dejé allí gritando.

Tiré de la correa de Gucci y nos alejamos de allí. En cuanto estuvimos a una distancia prudencial, le eché la bronca.

—¿Tú de qué vas? Que sea la última vez que muerdes a una mujer guapa —me lo pensé mejor y añadí—: A nadie, en general.

El perro puso cara de pena y metió el rabo entre las piernas.

—¡Oiga! No le pegue al perro o llamo a la policía —me advirtió una anciana que pasaba por allí.

—Señora, que no le estoy pegando —me quejé indignado.

—Pobrecito, está asustado. Seguro que no lo trata bien, ¡mala persona!

Solté una maldición y me largué de allí. Menudo paseo de cinco minutos. Gucci tiró de la correa en dirección contraria cuando llegamos al portal.

—Ni de broma. Te lo advierto, pequeño demonio, no me des problemas —le dije muy serio, antes de entrar.

Ignoré sus gruñidos y lo arrastré hacia el portal. Qué vueltas daba la vida. Ahora tenía novia, una rata asesina... ¿qué sería lo próximo? ¿Un hijo? Brrr...

## El diagnóstico

### *Andrea*

Me sorprendió que Javi me escribiese aquella mañana. Llevábamos dos días sin vernos y ninguno de los dos había necesitado los servicios del otro. Pero lo que más me sorprendió fue el contenido de aquel mensaje.

*Javi: tengo a la rata en casa y no quiere comer. ¿Qué hago?*

*Yo: ¿Qué rata? ¿De qué hablas?*

*Javi: ¡el perro!*

*Yo: ¿tienes un perro? 😞 Pobrecito...*

*Javi: es el perro de Tana... lo dejó aquí hace dos días. No quiere comer, ¿qué hago?*

*Yo: no soy veterinaria, no lo sé.*

*Javi: gracias por tu ayuda. Eres la peor novia del mundo.*

No era asunto mío, me dije. Pero dejar a Javi a cargo de un pobre animal indefenso me produjo cargo de conciencia. Suspiré. Quién me mandaba meterme donde no me llamaban.

*Yo: deberías llevarlo al veterinario. ¿Quieres que te acompañe?*

*Javi: sí.*

*Yo: acabo de recoger el coche del taller. Te recojo en quince minutos.*

No sé por qué lo hacía. Me dije que el pobre Gucci no tenía la culpa de tener una dueña que estaba como una cabra y un cuidador que no era de fiar. Aunque una parte de mí tenía ganas de volver a ver a Javi. Definitivamente estaba perdiendo la cabeza.

Javi ya estaba esperándome en el portal cuando llegué. Llevaba a Gucci envuelto en una manta y parecía preocupado de verdad. El perro no paraba de temblar y tenía los ojitos tristes.

—A Tana le dará algo si se muere... —musitó cabizbajo—. Ánimo, rata. Eres pequeño pero matón.

Me quedé de piedra al ver que Javi estaba preocupado por el perro. Puede que intentara disimularlo, pero era evidente que le había cogido cariño. Cada vez tenía más claro que en el fondo no era tan insensible como aparentaba ser.

—Seguro que tiene solución, no te pongas en lo peor —intenté animarlo—. Estos perros son muy delicados. Quizá ha comido algo que le ha sentado mal...

Javi abrazó al perro contra su pecho. Reconozco que la escena me enterneció. Llegamos al veterinario al cabo de unos minutos y prácticamente se bajó del coche en marcha. Cuando entré por la puerta, ya le estaba explicando al veterinario los síntomas de Gucci.

—... lleva sin comer casi un día entero, no quiere salir a pasear, ni jugar... la rata solo tiembla...

—¿La rata? —preguntó extrañado el veterinario.

—Gucci —se corrigió Javi—. ¿Se va a morir? Dígame que no se va a morir. Su dueña se pondrá muy triste.

El veterinario cogió a Gucci en brazos y comenzó a examinarlo. Me quedé en la sala de espera

acompañando a Javi y le palmeé la espalda para consolarlo.

—No me toques —gruñó.

Apreté la mandíbula. Qué hombre. Ni siquiera sé por qué perdía el tiempo con él.

—Perdón —musitó—. Estoy muy nervioso.

—De acuerdo, no pasa nada.

—Lo digo en serio. Tana no debería haberlo dejado a mi cuidado. Me conoce, ¿por qué lo ha hecho? No soy apto para cuidar de un animal.

—No es culpa tuya.

—Sí que lo es. El perro me odia, y con razón. No me gustan los animales, seguro que lo ha notado.

—Si no te gustaran los animales, no te preocuparías por él... —lo contradije con suavidad—. ¿No puede ser que lo quieras más de lo que eres capaz de admitir?

—¿A esa rata? Imposible. Me preocupa tener que llamar a Tana y decirle que la ha palmado. Eso es todo... —dijo, y ni él se lo creía.

El veterinario nos llamó al cabo de unos minutos y Javi estuvo a punto de tropezarse con la puerta antes de entrar. Y no lo quería...

—¿Qué le pasa? ¿Es grave? —exigió saber.

—Le he hecho varias pruebas y he llegado a la conclusión de que no tiene nada.

—¿Nada? Es usted el peor veterinario de Cádiz. Algo tendrá cuando no quiere comer.

El veterinario puso cara de indignación.

—Javi... es un profesional, seguro que sabe hacer su trabajo. Continúe, por favor —le pedí.

—Como iba diciendo, no tiene ninguna dolencia física. El perro se encuentra en buen estado de salud. Me ha comentado que su dueña se ha ido de viaje y que está muy mimado. En mi opinión, solo intenta llamar la atención.

—¿Lo dice en serio? No puede ser. Me odia. Él hace su vida y yo la mía —siguió en sus trece.

—Los perros son animales sociales por naturaleza. Si su dueño se va de viaje, experimentan cierta tristeza. No es la primera vez que me encuentro con un caso como este.

—¿Y no puedo hacer nada? No me gusta verlo así. Prefiero que muerda los muebles antes que esto —se preocupó Javi.

—No he dicho eso. De hecho, debería vigilarlo. Es un perro muy pequeño y tiene poca masa corporal. Intente convencerlo con chuches, préstele atención, mímelo para que no eche de menos a su dueña... es como un niño pequeño.

En cuanto nos montamos en el coche, Javi miró al perro con cara de circunstancia.

—Genial, ahora soy su niñera.

—Míralo por el lado positivo. No tiene nada.

—Menudo chantajista. Igualito que su dueña...

—Te dejo en casa —le dije, y arranqué el coche.

Por el rabillo del ojo, comprobé que Javi le hacía carantoñas al perro cuando creía que no lo miraba. Sonreí para mis adentros. ¿A quién quería engañar? No le dije nada para que no se hiciera el duro. Él no se bajó cuando aparqué delante de su portal.

—Esto... gracias por acompañarme —dijo algo cortado.

—De nada. Si necesitas cualquier cosa, puedes llamarme.

Javi me miró un tanto incómodo.

—¿Te importaría quedarte un rato? Sé que suena raro, pero te lo agradecería si no tienes nada que hacer. Me da miedo no ser capaz de convencerlo para que coma, y parece que se te dan bien los animales...

Me lo pensé durante un momento.

—No sé si...

—Soy buen cocinero —me tentó—. Y a los dos nos gusta Tarantino. ¿Qué puede salir mal?

\*\*\*

Todo podía salir mal bajo el techo de aquel neurótico. Me obligó a limpiarme los pies cuatro veces en el felpudo de la entrada, y sugirió que podía utilizar sus zapatillas de andar por casa para no ensuciarle el parquet. Le dediqué una mirada desabrida antes de sentarme en su sofá, al que había cubierto con una sábana para que Gucci no lo llenara de pelos.

—¡A comer! —le dijo al perro, llenándole el comedero hasta arriba.

Gucci se tumbó a mis pies, con la carita encima de las patas y los ojos tristes. Javi frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—¡Qué comas! —le ordenó exasperado.

El perro se puso a temblar y se escondió detrás de mis piernas.

—Te tiene miedo.

—No entiendo por qué —respondió, y lo dijo totalmente en serio.

Fui hacia la cocina y regresé con un paquete de jamón york.

—¡Así también lo convengo yo! —se quejó.

—¿Y por qué no lo has intentado? Listillo... —me agaché para recoger un puñado de pienso con la mano y lo mezclé con trocitos de jamón de york. Entonces llamé al perro con voz melosa—. Gucciiiiii... mira lo que tengo.

El perro, escondido detrás del sofá, asomó la cabeza con actitud desconfiada. Extendí la mano para que olfateara la comida, pero se negó a acercarse. Fingí que me llevaba la comida a la boca y exclamé:

—¡Qué rico! ¡Está delicioso! ¿No quieres un poco?

Javi resopló.

—No va a funcionar...

Como si quisiera contradecirlo, Gucci comenzó a acercarse muy despacito. Le tiré unos trocitos de comida y los olfateó. Ante la mirada estupefacta de Javi, engulló toda la comida y fue directo a mi mano. Su lengua me hizo cosquillas cuando terminó toda la comida.

—¡Buen chico! —lo felicité, y él se puso bocarriba para que le rascara la barriga—. ¿Quién es el perrito más bueno del mundo?

—No me lo puedo creer... —murmuró Javi, aunque era evidente que estaba complacido—. ¿Por qué no te lo llevas a tu casa? Hacéis buenas migas.

—Porque es tu responsabilidad, no la mía.

Se dejó caer en el sofá con actitud derrotada.

—No se me da bien cuidar de un animal. ¡Ni de nadie! Por eso me gusta estar solo, ¿no lo ves?

Lo miré con curiosidad. No tenía ni idea de a qué se refería. Él continuó con su perorata.

—Por eso Tessa nunca me deja a la niña, ni fui el primero al que mi hermana le contó que estaba embarazada. No confían en mí, pero supongo que no puedo culparlos. Soy un ogro, eso es lo que dicen.

Hubo tanto malestar en su voz que fui incapaz de no consolarlo.

—Es cierto que tienes malas pulgas, pero tampoco es para tanto. A mí no me asustas.

—Wonder Woman es especial, cómo no.

Puse los ojos en blanco. Qué paciencia había que tener con él. Aun así, no me di por vencida.

—Quizá tu amiga no te deja a cargo de la niña porque piensa que no te apetece cuidarla. ¿No

lo habías pensado? Te gusta estar solo, odias las visitas, detestas el desorden... Es normal que piense que si te deja al cuidado de su hija te está molestando.

—Sí me gustan las visitas —me contradijo herido—. Lo que no me gusta es que la gente se presente sin avisar. Y no tengo ningún problema con los niños. Soy de fiar.

—Podrías tomarte esta situación como un voto de confianza. Tana te ha dejado a Gucci porque confía en ti, para de quejarte.

—Tana me ha dejado a Gucci porque tiene un morro que se lo pisa.

—También —concedí con una sonrisa, y le cogí la mano—. ¿Has terminado ya de compadecerte? No te pega. Te recuerdo que estoy esperando que cocines para mí.

Eso pareció animarlo.

—¿No serás quisquillosa con la comida? —se temió.

—Para quisquilloso ya estás tú.

Observó mi mano sobre la suya como quien ve un fantasma. Creí que me soltaría alguna de las suyas, pero hizo algo muy impropio de él. Acarició mi mano con sus dedos mientras lo observaba sin saber qué decir. Lo hizo con una delicadeza que creí que no poseía. Sentí calor y una electricidad de lo más extraña.

—¿Qué haces? —mi voz sonó más ronca de lo normal.

—Me gustan tus manos.

—Solo son... manos.

—Podrías ser modelo de manos, ¿lo sabías? —se levantó como si no acabáramos de experimentar una intimidad de lo más extraña y añadió—. Ponte cómoda, voy a tardar un rato en preparar la cena.

## Me gustan las visitas

### *Javi*

Al contrario de lo que pensaban mis amigos, me gustan las visitas. Me agradaba tener compañía en casa cuando era deseada. Utilizar mi talento culinario para impresionar a mi invitado y ejercer de buen anfitrión.

Había invitado a Andrea porque se llevaba bien con Gucci, pero había algo más. Era incoherente, porque en el fondo éramos muy diferentes. Pero tengo que admitir que disfrutaba de su compañía. Andrea tenía algo que me desconcertaba y necesitaba saber el qué.

Encendí el horno y comencé a cortar las verduras. No tenía ningún sentido dar alas a algo que tenía fecha de caducidad. Y, sin embargo, a mi yo solitario le atraía aquella mujer. Joder, le había acariciado la mano con una excusa barata. Qué patético. Actuar de esa manera era algo impropio de mí. Las mujeres me interesaban para un rato y alardeaba de lo bien que se estaba solo.

—¡Mierda! —estaba tan absorto en mis pensamientos que me había cortado.

Tiré el cuchillo al fregadero y cogí un trozo de papel para taponar la herida.

—¿Te has cortado? —adivinó ella, que entraba en ese momento—. Deberías ponerla bajo el agua. ¿Dónde tienes el botiquín?

—Déjalo, solo es un corte pequeño.

—El primo de mi madre se murió de un cortesito de nada. No desinfectó la herida y, tres semanas más tarde, falleció de una infección. La de cosas que damos por hechas... ¿el botiquín?

—En ese cajón —le dije asustado.

Andrea sacó un paquete de tiritas, algodón y un bote de agua oxigenada. Cerró el grifo del agua y me agarró la mano sin preguntar. A veces me impresionaba lo echada para delante que era.

—Deja de temblar, te estaba vacilando.

—Ya lo sabía —me hice el digno, e intenté bromear para volver a llevar las riendas—. ¿Esto se va a convertir en una costumbre entre nosotros? Me ponen los fetiches. El de la enfermera sexy es predecible, pero siempre funciona.

Apreté el algodón contra la herida y solté un exabrupto. Joder, era alcohol, no agua oxigenada.

—A esta enfermera no le gustan que se burlen de ella...

—No me digas —gruñí, con mi orgullo maltrecho—. La enfermera podría tener más humor.

—Mira quién fue a hablar —dijo, y me ofreció una sonrisa.

Tenía una sonrisa sincera y que la hacía parecer más accesible. Me gustaba.

—¿No te habrás cortado porque estabas pensando en mí? —me provocó.

—Sí —admití en un susurro.

Ella entreabrió los labios, sorprendida. Entonces me eché a reír y ella hizo lo mismo. Se mordió el labio y asintió con expresión divertida.

—Vale, Juan Tenorio, es evidente que te gusta jugar... —dijo, restándole importancia.

Me puso una tirita en el dedo y me dio un beso. Arrugué la frente. ¿Qué demonios había sido eso?

—¿Qué haces?

—No te emociones. Una costumbre de mi madre. Dice que las heridas sanan mejor con un beso de cariño.

—¿Había cariño en el beso? No lo he notado... —la contradije, con una sonrisa socarrona.

—¿Por qué? ¿Quieres otro?

A esto podíamos jugar los dos. Me acerqué más a ella y le miré los labios una fracción de segundo. Lo justo para ponerla nerviosa. Vaya, ya no era tan dura.

—Puede.

Se apartó de mí y traté de enmascarar la decepción.

—Los besos son para los novios de verdad... —dijo ofuscada.

—¿Y no hay para los novios de mentira que están heridos?

—Qué melodramático...

—Si te vas a poner colorada como un tomate, no me lo des. Olvidaba que Wonder Woman se pone nerviosa cuando estoy muy cerca...

Endureció la expresión y cerró el botiquín de un golpe. Acababa de conseguir justo lo que buscaba. Se inclinó hacia mí y me habló a escasos centímetros de la cara. Me apeteció besarla, pero me contuve. Callar esa boca carnosa con un beso y demostrarle que no era tan dura como ella creía...

—¿Qué tú me pones nerviosa? Lo que hay que oír. No te beso porque no me apetece, listillo.

—No me lo creo —le rocé un brazo a propósito y ella se sobresaltó. Sonreí triunfal y puse mala cara—. ¿Lo ves? Te tengo en el bote...

—¿Será posible! —exclamó indignada.

Me agarró con fuerza del jersey y aplastó su boca contra la mía. Me quedé tan sorprendido por lo que acababa de hacer que no supe reaccionar. Sus manos se relajaron y las colocó sobre mi pecho. Y entonces desperté de golpe. Entreabrí los labios, con ganas de más. Ella suspiró contra mi boca y aquello me volvió loco. La estreché entre mis brazos y una de mis manos bajó por su espalda. Noté que gemía y quise más. Estaba a punto de ahondar en aquel beso cuando ella se apartó con violencia. Tenía las mejillas sonrojadas y la vista nublada por el deseo.

—¿Ves lo nerviosa que me pones? —replicó con voz temblorosa—. Termina la cena, tengo hambre.

Se colocó la camiseta de un tirón y se dio media vuelta. Me la quedé mirando con cara de póker cuando se largó. Casi mejor, porque cuando eché un vistazo hacia abajo, tenía una erección considerable.

—Joder... —mascullé excitado, y se me escapó una carcajada atónita—. Joder...





## No me pones nerviosa, pero...

### *Andrea*

Madre mía... ¿qué había sido eso?

¡Había besado a Javi! Creo que después de hoy habíamos incumplido un montón de normas del contrato. Lo había besado para demostrarle vete tú a saber qué, y había terminado cayendo en su juego. Tuve ganas de tirarme del pelo, pero lo que hice fue enterrar la cabeza en un cojín y gritar para que no me oyera.

Ya de paso, ¿y si le regalaba mis bragas?

—¿Qué estás haciendo? —me pregunté en voz alta.

Lo había besado. No, eso fue más que un beso. Y, para colmo, había disfrutado. Sabía lo suficiente de los hombres para sospechar que a él también le había gustado.

Esto no podía estar pasando. De hecho, no tenía ningún sentido. Javi no era para nada mi tipo. ¡Me sacaba de mis casillas! Era borde, quisquilloso, antipático... puf. Y, sin embargo, me ponía muchísimo. Era la primera vez que sentía una atracción tan brutal y descontrolada.

Qué vergüenza. Seguro que había notado mi excitación. Le había regalado la verdad en bandeja. Ahora tendría que hacer frente a sus insinuaciones y a sus pullitas. No sé si podría soportarlo.

Como si quisiera consolarme, Gucci se subió al sofá y se acurrucó en mi regazo. Lo acaricié detrás de las orejas y suspiró de placer. Menudo piltrafilla, por su culpa me había metido en este lío. ¿Y si le ponía alguna excusa y me largaba antes de tiempo?

—¿Puedo dejaros solos sin miedo a que os matéis? —le pregunté al perro.

Bajó de un salto y regresó con una pelota en la boca.

—Quieres que juegue contigo... ¿intentas hacerme perder el tiempo?

Ladró. Puede que eso fuera un sí. Le tiré la pelota y corrió a por ella. Volvió con la pelota en la boca y la dejó a mis pies.

—¡Buen chico! ¡Qué listo eres! —exclamé emocionada—. ¡A por ella!

No sé cuánto tiempo pasé jugando con el perro. Era un chihuahua la mar de inteligente y con una energía desorbitada. Estábamos jugando al escondite cuando me vino un olor delicioso. Gucci tiró de la cortina y salí de mi escondite.

—¡Buen trabajo! —lo felicité.

—¿Quién se lo pasa mejor? ¿El perro o tú? —preguntó Javi.

Llevaba una bandeja en las manos que dejó sobre la mesa. Me decidí a fingir que lo de antes no había sucedido y le sonreí como si nada.

—Puede que yo. Sabe jugar al escondite, ¡es muy inteligente!

—Solo es un perro...

—¿No era una rata?

—Un perro del tamaño de una rata.

Gucci ladró, como si aquel término no le hiciera ni pizca de gracia.

—Cuidado con lo que dices, creo que te entiende. Deberías admitir que le has cogido cariño. No pasa nada, tu fama de sieso está a salvo conmigo...

Javi casi sonrió. Contuve la tentación de decirle que era muy atractivo cuando sonreía. Debería hacerlo más a menudo.

—Nadie te creería —bromeó él, mientras ponía la mesa—. ¿Vino?

Sacudí la cabeza.

—Suelo comer con agua.

—¿No bebes nada de alcohol? —preguntó cuando volvió con el agua.

—No me gusta —mentí, y cambié de tema—. ¿Cuál es el menú?

—Carrilleras en salsa de almendras con patatas baby, y ensalada de salmón y mango.

Observé impresionada el despliegue de comida. Le gustaba lucirse en la cocina. Yo solía almorzar en el bar, y mis cenas consistían en sándwich o bolsas de ensalada.

—Merece la pena ser tu novia solo por esto... —dije, antes de llevarme un trozo de carne a la boca. Saboreé el delicioso bocado y entrecerré los ojos. Sabía tan bien como olía. Él me observó satisfecho—. Dios... qué bueno. ¿Cuál es tu secreto?

—Le pongo cariño a la comida cuando cocino para alguien a quien aprecio...

Terminé de masticar el bocado mientras lo observaba sorprendida. Él me miró muy serio, y luego se empezó a reír. Le tiré la servilleta a la cara. Era lo peor.

—Qué tonto eres...

—¿Qué? Lo digo en serio. Le estoy cogiendo el gustillo a esta relación. ¿Tú no?

Me estaba vacilando. Me limité a comer mientras buscaba una respuesta acertada. Nunca sabía cuándo bromeaba y cuándo hablaba en serio.

—No sé qué decir —admití.

—Dicen que el roce hace el cariño... ¿o te resulto tan malo como pensabas?

—No pensaba nada. Y como ya te dije antes, no tienes tan malas pulgas como intentas aparentar.

—O sea, que no tenías una pésima opinión de mí... —dejó caer.

—Ni tú de mí —se la devolví—. El señor no tiene prejuicios.

—Bueeeeno...

—¿Qué pasa? —gruñí.

—Que tú tampoco los tienes, lo que hay que oír.

—No me amargues la comida. Está deliciosa y me apetece disfrutarla —zanjé la discusión, un tanto irritada.

—De acuerdo... —respondió con inocencia—. ¿Qué tal el trabajo?

—Javi...

—Lo digo en serio. Cenar en silencio no es propio de personas civilizadas. Somos pareja, tendré que interesarme por tu vida.

—Lo de siempre. Detenciones, carteristas que repiten y utilizan otras tretas, personas mayores a las que ayudar a cruzar los pasos de peatones...

—Seguro que tu trabajo es más interesante de lo que cuentas.

—No es como en las películas, aunque a veces me absorbe. Me pone de malhumor que las leyes sean tan blandas.

—Pero no puedes hacer nada contra eso...

—Lo sé, es lo que dice Pablo. ¿Y qué hay de tu trabajo? ¿Te gusta?

—Me gustaba más antes de la crisis. Era fotógrafo de paisajes, pero tuve que reinventarme cuando dejó de darme dinero. Ahora trabajo para revistas de moda y hago reportajes de boda.

—Fotografiar a modelos guapísimas debe de ser tan duro... —ironicé.

—¿Ves cómo tienes prejuicios? Que sean guapísimas no significa que a mí me interesen. No me acuerdo con todo lo que lleva bragas.

Tenía razón. Lo estaba juzgando a la ligera porque era un conquistador nato. Qué sabía yo lo que le gustaba de verdad.

—Pero te van las guapas, a mí no me engañas.

—Y tú cuando vas a las discotecas, te fijas en el tío más feo que te entra. Seguro que no te atraen los hombres atractivos y que para acostarte con un hombre prefieres otras cualidades porque el físico está sobrevalorado...

—No es lo mismo.

—Porque si se trata de mí soy un superficial, y si se trata de ti es atracción —rebatí muy tranquilo.

—Vale, lo pillo. Pero yo no le voy sacando defectos a todo el mundo ni me creo mejor que nadie.

—Oh, te aseguro que soy muy consciente de mis defectos. ¿Y tú?

—Por supuesto —respondí ofuscada—. Tengo mal pronto, y cuando me enfado digo lo primero que se me pasa por la cabeza.

—¿Es una indirecta para que dejemos el tema?

Aflojé una sonrisa.

—Depende... dime un defecto tuyo.

—Soy muy ordenado.

—¿Y una virtud?

—Soy muy ordenado.

Me partí de risa.

—Eres lo peor. Los trastornos obsesivo compulsivo existen... ahí lo dejo.

—¿Y tocar las cosas de una casa ajena que trastorno es? —me acusó.

—Curiosidad.

—Porque en el fondo te intereso —me provocó, con una sonrisa socarrona.

Me empezó a entrar calor y evité su mirada.

—Soy curiosa por naturaleza, si por eso crees que estoy babeando por ti...

—¿Vamos a fingir que lo de antes no ha sucedido? —fue directo al grano.

Dejé los cubiertos encima de la mesa. De repente, la conversación dejó de hacerme ni pizca de gracia. Por mi parte, prefería ignorar el tema.

—Sería darle importancia a una tontería —le dije.

—Nos hemos besado —insistió.

Sabía que me estaba poniendo colorada y deseé con todas mis fuerzas que él no lo notara.

—Te besé para demostrarte que no me pones nerviosa. No hace falta que ahora le des una importancia que no tiene.

—No me ha quedado muy claro. Diría que saliste huyendo porque te gustó demasiado.

—Javi, te lo advierto, me estoy cabreando.

—¿Y vas a decir lo primero que se te pase por la cabeza?

—Puede.

—Me muero de ganas por saber qué hay dentro de esa cabecita...

—En este momento, nada bueno.

Sonrió de lado y se levantó para recoger la mesa. Fuimos a tocar el mismo plato y nuestras manos se rozaron sin querer. La aparté corriendo y noté que él sonreía. Respiré profundamente. Se lo estaba poniendo en bandeja.

—No hace falta que recojas, eres mi invitada.

—La cena ha estado bien, será mejor que me vaya...

Javi estiró el brazo y me cogió la mano. Me quedé completamente inmóvil y fui consciente de que me gustaba mucho que me tocara. Lo hacía con una delicadeza que me abrumaba y que no

creía que poseyera.

—Quédate. Podemos ver una película, a los dos nos gusta Tarantino.

—No sé si...

—Me gustaría muchísimo tener compañía esta noche —admitió con voz ronca.

—¿Y tiene que ser la mía? —dije, sin soltarle la mano.

—Eres la única persona con la que me apetece estar esta noche.

Sus ojos azules se volvieron más oscuros cuando me miraron. Un azul profundo en el que me perdí. Y por primera vez, me olvidé de nuestro trato, de las normas y de la farsa que estábamos viviendo. Porque tuve tantas ganas de quedarme que lo mandé todo al infierno.

—¿Y el contrato? —le recordé en un susurro.

—Las normas están para romperlas.

## No me gustas, pero...

### *Javi*

Las normas están para romperlas, y esta noche me las había saltado todas. No sabía por qué le había pedido que se quedara. A una parte de mí le gustaba estar con ella. Pero me preguntaba en qué diablos pensaba el solitario que alardeaba de lo bien que se estaba solo.

Nos sentamos muy cerca en el sofá y nuestras piernas se rozaron sin querer. No sé a qué jugábamos, pero estaba claro que lo hacíamos con fuego. Me dije que lo hacía porque Andrea me ponía cachondo. Que me apetecía llevármela a la cama y zanjar aquella atracción irresistible. Pero había algo más en todo aquello y necesitaba descubrir el qué.

—¿Tu película favorita de Tarantino? No me lo digas... Kill Bill —adiviné encantado.

Intentó no sonreír. Me resultaba irresistible cuando luchaba contra su sentido del humor.

—Tiene nueve películas, no son tantas opciones —le restó importancia.

—Admite de una vez que eres muy predecible.

—A ver... ¿por qué lo soy? —se inclinó hacia mí con interés.

—Porque va de una tía dura vestida con un mono amarillo que va por ahí zurrándole a todo el mundo con una katana...

Se partió de risa.

—Tampoco será tan difícil adivinar la tuya... —se mordió el labio inferior en actitud pensativa—. Uhm... estoy completamente segura de que es Pulp Fiction.

La miré impresionado.

—¿Cómo lo has sabido?

Suspiró dramáticamente.

—Porque tienes una figura de edición coleccionista de Mia Wallace...

—¡Menos mal que no eras cotilla!

—Curiosa... —me corrigió divertida, y le hizo un hueco a Gucci en el sofá. El perro se sentó entre nosotros y le dediqué una mirada desabrida—. ¿Tienes palomitas?

Regresé al cabo de unos minutos con palomitas recién hechas y me senté a su lado. Gucci intentó meterse en el bol de las palomitas y estuve a punto de bajarlo del sofá, pero Andrea me recordó que tenía que mimarlo. Llevábamos media película cuando me di cuenta de que era la primera vez que compartía tiempo con una mujer con la que no me había acostado. Y... no se estaba nada mal. De hecho, me lo pasó genial comentando la película con Andrea.

—¿Tienes frío? —le pregunté, cuando vi que se acurrucaba con Gucci.

—Un poco.

Me levanté para ir hacia el mueble donde guardaba las mantas y después se la eché por encima. Ella me miró de una manera muy extraña.

—¿Qué pasa?

—¿Dónde está el tío borde y huraño?

—Ni idea. Lo buscaré mañana.

—Estás perdiendo toda tu reputación...

Me senté a su lado y ella inclinó la cabeza hacia mí. Creo que quería que la besara. Joder, yo me moría de ganas de besarla. Y, sin embargo, era la primera vez que no me atrevía a dar el primer paso con una mujer.

—No se lo cuentes a nadie... —le pedí, y estiré el brazo para quitarle un mechón de pelo de

la cara.

Noté que ella se estremecía. Dejé la mano sobre su mejilla y me acerqué más. A la mierda las dudas, iba a besarla. Sus ojos se posaron en mis labios una fracción de segundo, lo suficiente para alentarme a hacerlo. Deslicé mi mano hacia su nuca y la acerqué a mí. Entonces Gucci se metió entre medio de nuestras caras y me ladró con aire posesivo.

Maldita rata traidora...

—Te quiere solo para él...

Andrea apretó la espalda contra el sofá y comprendí que acababa de perder mi oportunidad. Intenté enmascarar mi decepción y volví a centrarme en la película.

\*\*\*

Se estaba quedando dormida. Íbamos por la mitad de Kill Bill, volumen II. Bostezó y se acurrucó en el sofá. Gucci hizo lo mismo sobre su pecho y sentí envidia de la rata. Luchaba por mantener los ojos abiertos, aunque estaba muerta de cansancio.

—¿Quieres que la quite?

—No, me encanta esta parte.

—Estás muerta de sueño —le dije con suavidad.

—No tengo sueño —replicó, enfurruñada como una niña.

Pero a los dos minutos, apoyó la cabeza sobre mi hombro y cerró los ojos. Tres minutos después, los abrió de golpe y me observó con gesto de disculpa.

—No quiero molestarte —dijo avergonzada.

—Tranquila, no me importa.

Volvió a relajarse y se echó sobre mí. Qué sensación más extraña y para nada desagradable. Quién me ha visto y quién me ve. Jamás habría tolerado que una mujer me usase de almohada, ni mucho menos que pusiera los pies en el sofá. Pero se estaba en la gloria. Y ella olía muy bien. Su pelo me hacía cosquillas en el cuello y su piel era suave. Era la primera vez que me acurrucaba con alguien en el sofá y me gustaba sentirme así. Quizá por eso no dije nada cuando ella cerró los ojos y se rindió al sueño. Hice algo totalmente impropio de mí, sí, algo más, cuando la rodeé con un brazo para que se recostara sobre mi pecho. Entonces perdí la cabeza del todo y la besé en la frente. Ella esbozó una sonrisa de niña buena. Dormida era adorable.

Comprendí de golpe lo crítica que era la situación y me levanté con cuidado de no despertarla. Me pasé las manos por el pelo. Estaba perdiendo la cabeza. Peor aún, estaba perdiendo la cabeza por aquella mujer. Fui a por otra manta para tapanla por si tenía frío y la extendí sobre sus piernas. Gucci se despertó en aquel instante y me miró.

—¿Qué? —gruñí—. A ti también te gusta.

Ella se puso de lado y arrugó la frente. Balbuceó algo incoherente y sollozó en sueños. No supe qué hacer. Estaba teniendo una pesadilla. Me agaché para intentar consolarla y le acaricié el brazo.

—Tranquila, es un sueño. No es real.

Pero lo que fuera que estuviera soñando, para ella debía serlo, porque siguió sollozando mientras dormía.

—Raúl... —musitó—. Raúl... no te vayas...

Se tranquilizó al cabo de unos minutos, así que me levanté y fui hacia mi habitación. ¿Quién diantres era Raúl? Y lo peor de todo, ¿por qué sufría tanto por su culpa?



## Sin sentido

### *Andrea*

Me desperté a las siete y media de la mañana. Miré a mi alrededor y me llevé un buen susto. ¿Dónde coño estaba? Me costó varios segundos asimilar que seguía en casa de Javi y me había quedado dormida. Y él... me había tapado. Dos veces. Me dieron ganas de reírme por lo absurdo de la situación.

Éramos una pareja ridícula. La tía dura y el ermitaño. Vaya par.

Ni siquiera sabía por qué había aceptado quedarme. Él me lo había pedido y yo había aceptado. Luego me había acurrucado sobre su pecho como una completa idiota. A quién quería engañar, ¡habíamos estado a punto de besarnos! ¿Qué sería lo próximo? ¿Ir en serio? Ni de coña. Me levanté hecha una furia y Gucci se sobresaltó. El bribón había dormido toda la noche encima de mí. Lo deposité con cuidado en el sofá e ignoré su carita de pena.

—Lo siento, pero te quedas solo. Tengo que irme. No me mires así, no puedo quedarme...

Recogí mi bolso, me puse los zapatos y salí de allí sin hacer ruido. Por primera vez en muchos años, volví a tener miedo.

\*\*\*

Todavía me costaba asimilar lo de Javi. Que nos hubiésemos comportado como una pareja de verdad no tenía ningún sentido. A los dos nos gustaba Tarantino, pero ponerlo como excusa para compartir un ratito de arrumacos en el sofá era de quinceañeros. Tenía treinta y dos años, ¿por qué no podía comportarme como una adulta?

—Ceño fruncido, ¿otra coca cola?

—Lo que de verdad me apetece es...

*Una cerveza.*

—... un bocadillo, me muero de hambre.

Pablo pidió por los dos y devoré el bocadillo en pocos bocados.

—Tranquila, no te lo van a quitar... —se echó a reír sin dar crédito.

Cuando me di cuenta de lo que hacía, puse cara de circunstancia. Solía pagar mi ansiedad con la comida y él lo sabía de sobra.

—A ver, ¿me vas a explicar ya lo que te pasa?

¿Cómo le decía lo de Javi sin contarle la verdad? Opté por una verdad a medias.

—Nada, cosas mías. Javi me tiene loca.

Eso no era mentira.

—No me voy a meter donde no me llaman, pero no lo entiendo. No pegáis ni de coña, y no sé lo que le has visto. Pero a estas alturas deberías saber que es muy suyo.

—¿A qué te refieres?

—Que es huraño y tiene sus manías.

—A mí no me parece huraño... —dije, porque ahora que lo iba conociendo no podía admitir tal cosa—. Puede ser cariñoso cuando se lo propone...

—No quiero saberlo —se rio—. Vosotros sabréis. Aprecio a mi cuñado y te aprecio a ti. Es cierto que puede ser desagradable, pero está ahí siempre que lo necesito. A pesar de sus manías, es buen tío. Y oye, si a ti te gusta...

—Cambiando de tema, ¿por qué no ha venido Horacio? ¿No lo notas un pelín raro? Lleva unos días de lo más esquivo. Termina de trabajar y no se para a tomar algo con nosotros.



Pablo dejó la cerveza sobre la barra y me miró muy serio.

—Que no lo sepas a estas alturas...

Lo miré en plan inquisitivo y él no se fue por las ramas.

—Joder, esto no tendría que decírtelo yo. Pero lo sabe media comisaría, y me niego a que nuestra amistad se vaya a la mierda por vuestra culpa.

—No seas exagerado, ¿Por qué nos íbamos a separar?

—Supongo que porque ahora que tienes pareja él no se hace ilusiones. Le va a costar asimilarlo.

—No vayas por ahí —le pedí molesta—. Horacio y yo solo somos amigos.

—Eso díselo tú.

—Lo sabe de sobra, ¿o me vas a decir que yo le he hecho ilusiones?

—No tienes que hacerle ilusiones a alguien para que se enamore de ti. El amor no funciona de esa manera.

Estuve a punto de atragantarme con la coca cola. Horacio no podía estar enamorado de mí. Qué locura. Éramos amigos desde hacía más de tres años.

—Horacio no está enamorado de mí, me habría dado cuenta.

—Ahora me vas a decir que tú nunca vas a lo tuyo...

—Me estoy cabreando —le avisé.

—A eso me refiero. Es hablar de sentimientos y tú te vas por las ramas. Por eso me cuesta entender que de repente estés enamorada de Javi.

—Estamos saliendo, no es lo mismo.

—¿Qué no! ¿Te estás oyendo?

—¿Te estás oyendo tú? Me sueltas que uno de mis mejores amigos está enamorado de mí y te quedas tan pancho. No sé de qué vas. Si lo sabías, deberías habérmelo dicho.

—La vida no funciona así...

—La vida funciona como tú digas porque siempre llevas la razón. Vaya tela...

Me levanté y dejé un billete de diez euros sobre la mesa.

—Invito yo. Adiós.

—Andrea, ¿ves como no se puede hablar contigo? Siéntate, hablemos las cosas con calma, no es para que te pongas así...

—Me pongo así porque no tengo sentimientos, ni entiendo de amor, ni de relaciones, ni por lo visto, de nada en general.

—De amigos tampoco. Los amigos te dicen la verdad y tú no la quieres oír —se cabreó.

—A lo mejor no somos tan amigos como tú te piensas, visto lo visto...

—Te estás luciendo —se puso de pie y recogió la chaqueta—. La próxima vez, cuenta hasta tres antes de decir algo que no piensas.

—¿Y quién dice que no lo pienso? Un amigo no me dice las burradas que acabas de decirme tú.

—Lláname cuando te tranquilices —me dijo con tono amargo—. Lo mismo te perdono.



## No confías en mí

### *Javi*

Me llevé un chasco cuando me di cuenta de que Andrea se había largado. Gucci, tumbado en el sofá, me miró como si yo hubiera hecho algo para espantarla. Ironías de la vida. Siempre que llevaba a casa a una mujer, me comportaba como un completo borde para que huyera despavorida. Y justo cuando hacía todo lo contrario, ella se marchaba sin avisar.

No entendía nada.

Me senté en el sofá y me froté la cara. Empezaba a conocer lo suficiente a Andrea para saber que tenía una coraza que no se quitaba con nadie. Pero me fui a la cama albergando la esperanza de compartir el desayuno con ella a la mañana siguiente. Y, quizás con el tiempo, algo más.

No era una locura. La atracción era evidente. Nos gustábamos. ¿Por qué no? Y que después surgiera lo que tuviera que surgir. Lo más seguro era que acabásemos distanciándonos porque los dos éramos unos solitarios. ¿Qué problema había en dejarse llevar?

Estaba tan decepcionado con la situación que estuve de malhumor durante todo el día. Al menos podría haber dejado una nota. Cualquier excusa barata que no me hubiera hecho sentir como un imbécil. Por el amor de Dios, ¿por qué me importaba tanto? ¿Qué más daba? Estaba perdiendo la cabeza. Ni siquiera éramos pareja, no tenía que darme explicaciones...

Fui hacia la estantería y cogí la figurita de El rey león. Era mi película favorita de la infancia, y mi madre me la regaló una tarde cualquiera. Recordaba llorar cada vez que Mufasa moría y Simba no podía despertarlo. Luego mi madre me decía que mostrar los sentimientos no era malo y que las lágrimas no había que esconderlas. Pero después de la muerte de mis padres me dediqué a guardar todo mi dolor. Nati era mi hermana pequeña y necesitaba fingir que todo estaba bien para que ella no sufriera tanto. Y... año tras año... la vida fue pasando.

Le puse la correa a Gucci para darle un paseo y el perro ladró en señal de felicidad. Abrí la puerta y me encontré con una mujer. Me sonaba su cara.

—Eh... hola, ¿puedo ayudarte en algo?

Ella puso mala cara.

—Ni siquiera te acuerdas de mí.

Estaba demasiado cansado para aceptar las recriminaciones de una extraña. Aunque por cómo me miraba, supuse que nos conocíamos de algo. Y por la expresión de su rostro, no guardaba un buen recuerdo.

Nos habíamos acostado.

—Claro que sí... Silvia.

Me lanzó una mirada asesina. Intenté hacer memoria. Estaba convencido de que su nombre empezaba por s.

—¿Sofía?

—Qué fuerte... —murmuró con rabia.

—¿Soledad? ¿Sara?

—María —me ladró a la cara—. No sé de qué me extraño. Nos acostamos hace un mes y medio, tampoco fue hace tanto.

—María... —dije, y me acordé de golpe—. ¿Necesitas algo? Estaba a punto de salir.

Ella observó al perro y después centró su atención en mí.

—No sabía que tuvieras perro, pobre animal...

—Tampoco te pases —la corté irritado—. ¿Qué quieres?

—Ah, ya empieza a asomar tu verdadero yo... —murmuró con tono de satisfacción—. Me olvidé algo y vengo a recuperarlo.

—Es imposible, hago limpieza todos los días.

—Solo será un segundo —insistió ella.

De mala gana, pues tenía la impresión de que me la liaría si no la dejaba entrar, me aparté de la puerta y la seguí. Ella fue directa a la habitación y miró debajo de la cama.

—Ahí no hay nada —le dije, perdiendo la paciencia—. ¿Qué puede ser tan importante para que te presentes sin avisar?

—Me olvidé un sujetador y pienso recuperarlo.

—¿Todo esto por un sujetador? —aluciné.

—Me costó doscientos pavos, es lencería italiana. Hombres...

—Te avisaré si lo encuentro.

—No tienes mi número.

—Oye... lárgate, ¿vale? No me gustan las visitas, y menos si no las invito yo —le solté de golpe.

Ella se volvió hacia mí con ademán furioso y me puso un dedo en el pecho.

—Eres un maldito embaucador. Le dices a las mujeres lo que quieren oír, y luego las echas como si no tuvieran sentimientos. No te haces una idea de lo mal que me sentí cuando me largué de aquí, así que pienso recuperar mi sujetador y no harás nada por evitarlo. ¿Te ha quedado claro?

Me dejó tan impactado que asentí sin decir nada. Ella siguió buscando por debajo de los muebles y sacó de debajo de la peinadora un sujetador de encaje color aguamarina. Se levantó con gesto triunfal y se volvió hacia mí.

—Me alegra que hayas encontrado lo que venías a buscar —le dije con desdén.

—Quiero decirte algo antes de irme.

—Cómo no.

Ella ignoró mi ironía y se puso muy seria.

—Si no quieres estar solo de por vida, será mejor que trabajes tu carácter. No sé qué demonios te pasó ni me interesa, pero nadie se merece que la traten como si fuese un trozo de carne sin sentimientos.

No supe qué decir, así que la acompañé hacia la puerta. Ella se volvió hacia mí con una expresión más relajada.

—Después de todo lo pasamos bien. No guardaría un mal recuerdo si no te hubieras despedido de mí como un completo idiota. Nunca me prometiste nada, pero habría agradecido un poco de tacto por tu parte...

—No sé qué decir...

—No digas nada.

Se marchó dejándome la sensación de que era el peor ser humano sobre la faz de la tierra. Estaba a punto de cerrar la puerta cuando mi hermana se plantó delante. Tenía el rostro encendido y me miraba como si quisiera matarme. Mala señal.

—Y ahora, ¿qué?

—¿Acabo de ver a una mujer saliendo de tu casa con un sujetador en la mano?

—Sí —respondí muy tranquilo, y ella estuvo a punto de estrangularme—. Pero no es lo que parece.

—Parece que has vuelto a las andadas —me recriminó hecha una furia—. Dime que tienes una explicación.

Que me lo exigiera de esa manera me puso de malhumor.

—No sé por qué tengo que darte explicaciones de lo que haga con mi vida. Hasta hace un año y medio tú estabas soltera y yo no me comportaba como si te pasara algo horrible.

—Andrea no se merece que la traten así —le tembló la voz.

—Te estás equivocando —le dije fríamente—. Estoy acostumbrado, pero puede que esta vez sea la gota que colme el vaso.

—¡Es imposible que me equivoque contigo! Eres intratable, solitario... apartas de tu vida a todos los que intentamos ayudarte...

—Muchas gracias por la información, ¿algo más?

—Javi...

—¡Qué! —perdí los nervios—. Toda la vida te he cuidado y protegido para que tú no sufieras. Nunca esperé que me dieras las gracias, pero que me trates como si fuera una mierda de persona es el colmo.

—A veces te comportas como si fueras una mierda de persona... —musitó, con lágrimas en los ojos—. Me pregunto por qué tienes que ser así. No entiendo por qué haces creer a todo el mundo que vas a lo tuyo cuando en el fondo eres bueno.

—En el fondo... —repetí con amargura.

—Apartas a la gente de tu lado.

—¿Es la excusa que vas a ponerme por no haberme dicho que estabas embarazada? Lo podía entender de Tessa, pero de mi hermana...

—¿Qué dices? —le tembló la voz—. Sabes lo importante que eres para mí.

—Por eso me has tratado como si fuera uno más de tus amigos. Soy tu hermano, ¿por qué no confías en mí? —le recriminé dolido.

—¡Lo haría si pensara que de verdad te haría ilusión!

—¿Cómo no me va a hacer ilusión ser tío? ¿Qué cojones soy? ¿Un puto monstruo?

Nati me miró con tristeza y susurró:

—O hablas con Andrea, o soy yo quien le digo que le estás poniendo los cuernos. Adiós.

—¡Sigue pensando lo peor de mí! —exclamé furioso, y cerré de un portazo.

Gucci arañó la puerta y comenzó a llorar. Maldije para mis adentros.

—Qué sí. Que ahora te saco.



## No lo sientas

### *Andrea*

Después de discutir con Pablo fui directa a la casa de Horacio. Necesitaba saber si lo que me había contado Pablo era verdad. No podía entender que cupiese la posibilidad de que Horacio estuviera enamorado de mí. Éramos amigos. Me gustaba ser su amiga. ¿Por qué las personas se empeñaban en estropearlo todo?

—Andrea... —me saludó sorprendido cuando abrió la puerta—. No te esperaba, pasa.

No me moví del sitio.

—¿Estás enamorado de mí? —le pregunté a bocajarro.

Horacio se quedó petrificado por la pregunta. Respiré de manera acelerada y deseé que me dijese que no. Al ver que no respondía, comencé a ponerme nerviosa.

—Sé que es una locura, así que niégalo. Luego seguiremos siendo amigos y olvidaremos esta tontería.

—Sí.

La respuesta me dejó completamente muda. Me abracé a mí misma y tuve ganas de llorar, pero las contuve. Nunca lloraba delante de nadie.

—No lo entiendo... —musité, sacudiendo la cabeza.

Él sonrió con tristeza.

—¿Qué tienes que entender?

—Que... te guste. No he hecho nada para merecérmelo. Nosotros nunca...

—No tenías que hacer nada. Supongo que el amor no va de eso.

—No me quieras —le pedí agobiada—. No me hagas esto. Quiero ser tu amiga.

—No puedo decidir dejar de quererte de un día para otro. Te aseguro que llevo años intentando dejar a un lado lo que siento, pero es imposible.

Su confesión me dejó sin palabras y algo se quebró en mi interior.

—Te quiero, Andrea. Tenía que decírtelo algún día y ese día es hoy. Sé que tú no sientes lo mismo, por eso pediré que me cambien de departamento.

—Podríamos ser amigos.

—No puedo ser tu amigo, al menos de momento.

—No me conoces lo suficiente para quererme, lo digo muy en serio. Ni siquiera me halaga que lo hagas. Estás estropeando una bonita amistad por una gilipollez.

—Lamento que mis sentimientos te parezcan una gilipollez —repuso con frialdad—. Será mejor que te vayas.

—Horacio... no pretendía...

Cerró la puerta y me dejó hablando sola. Mierda. Acababa de perder al único amigo que me quedaba.

\*\*\*

Durante diez años tuve el control, pero de pronto me sentí completamente perdida. Había construido una armadura para relacionarme con los demás. La armadura me protegía del dolor y el sufrimiento. Porque si no amaba... jamás volvería a pasar por lo mismo. Pero acababa de perder a un buen amigo por eso, y el otro estaba demasiado enfadado conmigo en este momento.

Mi plan se había hecho añicos. Sin él me sentía a la deriva y muy asustada.

Estaba en casa, agobiada con mi soledad y mis propios recuerdos. Aferrada a la foto de Raúl

como si él tuviera las respuestas a todas mis dudas. No pude llorar, quizá porque llevaba tanto tiempo sin hacerlo que se me había olvidado como era. Tenía ganas de hablar con alguien, pero no sabía a quién llamar. Hubo un tiempo en el que tuve muchos amigos. Amigos a los que dejé de lado y no les permití formar parte de mi vida.

Raúl, con su sonrisa comprensiva, me dijo que no pasaba nada. Sentía que buscar a esa persona, justo a él, era traicionar su recuerdo. Pero Raúl me quería lo suficiente para entenderlo. Me vestí a toda prisa y cogí las llaves del coche. Hoy no me apetecía estar sola...



## Quitándose la coraza

### *Javi*

No estaba de humor para recibir visitas, así que no me moví cuando llamaron al timbre. Estaba harto de las personas. Las personas lo complicaban todo, y mi vida era bastante sencilla y lineal. Trabajaba, limpiaba la casa, pasaba el tiempo con alguno de mis hobbies, y, si me apetecía echar un polvo, iba a un bar de copas y coqueteaba con la primera chica atractiva que fuera buscando lo mismo.

Me iba a quemar el timbre. ¿Quién diablos era?

Me levanté hecho una furia y fui hacia la puerta. Eché un vistazo por la mirilla.

Andrea.

Hace un rato recibí cuatro mensajes suyos que no leí. No estaba de humor. Abrí la puerta sin demasiadas ganas.

—Hola...

—Hola, ¿puedo pasar?

Antes de que pudiera decirle que precisamente hoy no me apetecía ver a nadie, ella entró en mi casa.

—¿Qué?... —fue todo lo que pude decir.

—Necesito hablar con alguien.

—¿Y tiene que ser conmigo?

—¡Sí! Siento interrumpir... lo que sea que estuvieras haciendo. He discutido con mi mejor amigo, y mi otro mejor amigo está enamorado de mí. Es de locos. Y... no sabía con quién hablar —me contó de manera atropellada—. Y... cuando he querido darme cuenta, estaba delante de tu puerta. Pero no debería haber venido. Lo siento, ya me marchó.

La cogí del brazo antes de que pudiera largarse. La conocía lo suficiente para saber que debía estar muy mal si yo era la persona a la que acudía.

—Andrea... ¿estás bien? —le pregunté con suavidad.

—No.

—De acuerdo —dije, y le puse las manos sobre los hombros. Ella se sobresaltó, pero no la solté—. Tranquilízate.

—No me pidas que me tranquilice.

—Vale, no lo hagas.

—El otro día me pediste que me quedara... y hoy me tratas como si te molestara verme. No hay quien te entienda —me recriminó dolida.

Decidí ser sincero con ella.

—Me molestó que te marcharas.

—¿Y qué querías? No estaba en mi casa.

—Me molestó que te marcharas sin avisar.

Ella apartó la mirada un tanto avergonzada.

—Supongo que podría haberte dejado una nota... —admitió de mala gana—. Soy de las que odian las despedidas, ya me irás conociendo...

—¿Por qué no nos sentamos y me cuentas lo que te pasa con más tranquilidad?

Ella dudó.

—Quizá no debería haber venido. No estás obligado a escucharme. Es ridículo que te atosigue

con mis problemas.

—Déjame decidirlo a mí. También he tenido un día de mierda, podríamos hacernos compañía —no tenía ganas de contarle lo que me había pasado, pero era una forma de hacer que se quedara.

—Vale... ¿de verdad que no te molesto? ¿Esperabas a alguien? Me puedo ir, lo digo en serio.

—No esperaba a nadie —la tranquilicé.

Fuimos hacia el salón y ella se sentó a mi lado. Tuve ganas de abrazarla y perderme en su olor. De acariciarle el pelo. De... no sé... hacerlo todo con ella. Quizá apostar todo a una carta y ver si merecía la pena.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté.

Ella suspiró, como si responder a esa pregunta le costara un mundo.

—He discutido con Pablo. Él me dijo que los amigos se dicen la verdad y no lo que quieren oír... y supongo que tiene razón, pero estaba demasiado enfadada con él.

—No tengo la impresión de que seas de esas personas a las que les cuesta pedir perdón.

—No lo soy.

—Podrías hablarlo cuando estés más tranquila. Dale tiempo, él te aprecia.

—Pero se ha pasado tres pueblos. Me dijo que siempre voy a lo mío, y que no entiendo de amor, ni de sentimientos... qué sabrá él —me explicó dolida.

—A veces vas a lo tuyo... —le dije, con todo el tacto que pude—. Y te lo dice alguien que peca de lo mismo.

—No es que vaya a lo mío, es solo que... —se calló de golpe y noté que le costaba hablar de ello—. Hay una parte de mí de la que no hablo con nadie. Es mejor así.

—Entonces no puedes culparlo. No te conoce del todo.

—No soy tan dura como parezco.

—No me digas... Tomb Raider...

Ella esbozó una media sonrisa.

—Me da la impresión de que me vas calando. No sé si me gusta.

—¿Por qué?

—Si oculto cosas es porque no quiero que los demás las sepan.

—Quizá me las cuentes algún día sin necesidad de que las adivine... —le dejé caer.

—Imposible —me dijo convencida, pero luego se corrigió—. No lo creo.

—Has dicho que tu otro mejor amigo está enamorado de ti —le recordé.

Ella se rio sin humor y luego sacudió la cabeza, como si no diera crédito a tal hecho.

—Es increíble. No le he dado pie a ello... somos buenos amigos... no lo entiendo...

—No sé qué tienes que entender. Se ha enamorado de ti, eso es todo.

—Me gustaría que siguiéramos siendo amigos, pero él no quiere.

—Yo tampoco querría ser amigo de alguien de quien estoy enamorado. Debe ser muy doloroso.

—O sea, que he perdido a un buen amigo y no puedo hacer nada por remediarlo porque él se ha enamorado de mí. El amor es una mierda. Lo estropea todo.

—Lo dices porque estás enfadada. Ya se te pasará.

Me tiró un cojín.

—Sí, estoy enfadada. Siento que el mundo está en mi contra y que las promesas que me hice ya no sirven para nada.

—Hazte otras.

Ella se mordió el labio y miró los míos con un atisbo de dudas.

—Me preguntaba a mí misma por qué, de todas las personas que conozco, necesitaba que

fueras tú quien me escuchase...

Mi corazón palpitó con fuerza. Ella se acercó a mí y me rozó la rodilla a propósito. Noté que toda la sangre se me iba hacia el mismo sitio y respiré con dificultad.

—¿Y has llegado a alguna conclusión? —quise saber.

—Sí —me miró con un deseo innegable y comenzó a acariciarme la pantorrilla—. Adivina qué es lo que estoy pensando.

—No sé lo que estás pensando, pero lo que has venido a buscar me va quedando claro...

—¿Y tú no quieres lo mismo? —preguntó confundida—. Creí que...

—Deseo lo mismo que tú —le confesé.

Ella se inclinó para besarme y puso las manos en mi pecho. Su boca me rozó la barbilla y mi entrepierna rugió de deseo. Podía aprovechar la situación. Podía dejarme llevar y acostarme con ella. Joder, me moría de ganas de hacerlo. De acariciar aquella piel suave y perderme entre sus muslos.

—No —me sorprendí diciendo, y la aparté con delicadeza.

Andrea me miró extrañada y se apartó decepcionada. Pude ver el rastro del rechazo en su rostro y una parte de mí deseó sucumbir. Pero la otra lo tenía bastante claro.

—De verdad que no te entiendo... —dijo desilusionada—. La otra noche pensé que...

—Así no. Estás hecha polvo y sería muy fácil para mí aceptar lo que me ofreces, pero mañana podrías arrepentirte.

—No soy una niña —respondió irritada.

—Pídeme lo mismo otro día y te aseguro que tardaré menos de medio minuto en quitarte la ropa. Hoy no.

—¿Por qué? —me agarró del brazo cuando me levanté.

—Porque tienes sentimientos.

Y, de repente, me importaba más tratarla como alguien que se merecía respeto, que como a una mujer con la que me apetecía acostarme. Joder, ni yo mismo me entendía.

## Algo más que rechazo

### *Andrea*

Me sentía patética. Había ido hasta allí en busca de un poco de calor masculino y me había ofrecido en bandeja, pero Javi acababa de rechazarme sin contemplaciones. No entendía nada. Creí que buscaba lo mismo que yo. Sexo sin compromiso, pasar un buen rato...

Madre mía, qué vergüenza...

—¿Estás enfadada?

—No.

—Lo estás.

—Qué no.

Respiré profundamente y me miré las manos. Me sentía humillada, entre otras cosas.

—Acabas de rechazarme, ¿cómo quieres que me sienta?

—No te he rechazado. No dudes ni por un segundo de que me muero de ganas de acostarme contigo. Creí que a estas alturas ya se me notaba lo suficiente.

Intenté enmascarar lo bien que me sentí al oírsele decir. Al menos, la atracción era mutua.

—No hay quien te entienda —le dije confundida—. Acabo de ponértelo en bandeja.

—No vamos a acostarnos esta noche. Ayer no pensabas lo mismo, ¿qué clase de hombre sería si me aprovechara de tus sentimientos?

—¿Ahora eres un caballero? —pregunté de mala gana.

—Ni por asomo.

—Bien...

Sin que se lo esperara, me subí a horcajadas encima de él y le robé un beso. Noté su sorpresa y sonreí contra sus labios. Rodeé su cuello con mis brazos y me apreté contra su... *madredeDios*... aquello era una erección. Me levanté de un saltó y noté que le costaba respirar.

—No vuelvas a hacer eso —gruñó, y se puso de pie—. Lo digo en serio.

Se perdió por el pasillo y me tapé la boca. Ahora sí que no entendía nada.

Esperé un tiempo prudencial. Después de diez minutos, fui hacia el cuarto de baño y llamé a la puerta.

—Javi...

—Déjame en paz —me ordenó cabreado.

—Lo siento, tienes razón. No debería... haberte besado.

No me respondió. Me apoyé en el quicio de la puerta y volví a llamar.

—¿Te estás haciendo una paja?

Abrió la puerta de golpe y me miró con frialdad. Intenté aguantarme la risa.

—No ha sido para tanto —dijo furioso.

—Vale...

—Ni se te ocurra reírte, no tiene gracia.

—Ajá...

Disimuladamente, miré hacia abajo para constatar que todo había vuelto a la normalidad. Él me pilló en el acto y puso cara de querer matarme. Intenté no reírme.

—Deberías irte —me echó.

—Te juro que no volveré a hacer algo parecido —me puse de puntillas y le di un beso en la

mejilla. Él se puso rígido—. ¿Me perdonas?

—No.

—Javi...

—Que me dejes.

Lo seguí hasta la cocina, donde él abrió la nevera y sacó una cerveza.

—Te invito a cenar para que me perdones.

—No me apetece ir a ninguna parte.

—¿Pedimos unas pizzas? —insistí—. Fingiremos que lo de antes no ha sucedido. Básicamente estamos empatados. Me has rechazado, se te ha puesto dura...

Me dedicó una mirada fría como el hielo.

—Estás disfrutando.

—Un poquito —admití, sin dejar de sonreír—. ¿De qué quieres la pizza?

\*\*\*

Lo convencí para olvidar lo sucedido y cenamos en el patio interior que daba a la cocina para aprovechar que no hacía mal tiempo. Me quedé boquiabierta cuando observé aquel paraíso. Javi se había quedado corto al decir que le gustaba la jardinería. Aquello era un jardín de ensueño repleto de flores y helechos. Una enredadera de rosas cubría una celosía de pared y se perdía entre una guirnalda de luces de colores. En el medio había una mesita de forja con dos sillas blancas a juegos, y sobre la mesa un jarrón en forma de regadera repleto de gardenias.

Javi se había esmerado para crear un paraíso de color. Había flores de todos los tipos: azules, lilas, rosas, amarillas... y todo estaba cuidado al detalle. Él depositó la comida sobre la mesa, completamente ajeno a mi fascinación.

—Esto es precioso... —murmuré embelesada—. Imagino que traes aquí a todas tus conquistas...

—No me gusta traer aquí a nadie. Pero hoy no hace tanto frío y aquí se está muy bien.

—No entiendo por qué no lo enseñas más a menudo. Tienes talento, me gusta este sitio.

—Es mi remanso de paz. ¿Tú no tienes uno?

—Mi casa.

—Pero llevarás visitas de vez en cuando...

—No —respondí sin más—. Tenías que ser de esos a los que les gusta la pizza con piña...

—Es una delicia... —dijo, hincándole el diente a una porción.

Fue una cena agradable y en la que hablamos poco. Cuando terminamos de comer, recogí los cartones de pizza y los dejé en la cocina. Javi estaba a punto de salir cuando le puse una mano en el pecho.

—Espera, enséñame tu obra de arte.

—Ya has visto el jardín.

—Sí, pero no entiendo de flores —dije, acercándome hacia unas de color amarillo—. ¿Cómo se llaman estas?

—Son crisantemos. Estos son de variedad amarilla. El crisantemo representa la alegría y la sabiduría. Son originarios de Japón, y allí son venerados. De hecho, es el emblema de Japón y es usado por el emperador. En Centroamérica, regalar crisantemos es una declaración de amor —me contó, y le brillaron los ojos al hablar de algo que le apasionaba—. Es muy fácil de cultivar.

—¿Y esas? Son preciosas —dije, señalando hacia unas de color rojo.

—Ah, la flor de lis. Simboliza el poder, el honor y la soberanía. Es un símbolo que se utiliza en los Scouts, en la masonería...

Una a una, fue describiéndome todas las flores de aquel peculiar invernadero. Margaritas,

hortensias, rosas, gardenias, azucenas, lilas...

—Tus famosos tulipanes —dije, al llegar hacia ellos. Los había de todas las tonalidades: rosas, amarillos, rojos... y para ser sincera, era la parte con más encanto de todo el jardín.

—Les tengo un cariño especial. Eran la flor favorita de mi madre. Me costó mucho que florecieran, así que casi mato a Gucci cuando lo pillé comiéndoselos.

—¿Tu madre te enseñó todo lo que sabes sobre la jardinería?

Creí que no me respondería, pero lo hizo con naturalidad.

—Casi todo. Murió cuando Nati y yo éramos muy pequeños. El resto lo fui aprendiendo poco a poco por mi cuenta. Ojalá estuviera aquí para que pudiera verlo —dijo, y dejó escapar un suspiro.

—Debes echarla mucho de menos... —le toqué la espalda y él no se apartó.

—A veces, muchísimo. Otras me conformo con su recuerdo —me explicó, turbado por las emociones—. Nati y yo lo pasamos muy mal en aquella época. Nos criamos con mi abuela, me convertí en un niño mimado y algo complicado. Luego los años fueron pasando y me di cuenta de que si quería pasar página necesitaba borrar a mis padres de mi cabeza. Un día me desperté y tiré todos sus recuerdos a la basura, salvo un par de cosas. Y hasta hoy.

Me sonaba demasiado lo que contaba para seguir hablando del tema. De repente, él me miró de manera extraña y añadió:

—Por si te lo estás preguntando, no soy así porque tenga alguna especie de trauma por culpa de la muerte de mis padres. La parte agria de mi carácter ya venía de fábrica.

Se me escapó una sonrisa. Eso no lo dudaba.

—A mí me gusta como eres —le confesé en un susurro.

Javi me miró desconcertado, como si no estuviera acostumbrado a que se lo dijeran muy a menudo.

—No tienes que ser amable conmigo por lo que acabo de contarte.

—Te he dicho la verdad. Puedes ser huraño y cortante cuando te lo propones, pero también agradable y divertido. Y creo que incluso... dulce.

—No soy dulce —replicó contrariado.

Decidí dejarlo estar y seguí paseando por el jardín. En realidad, era más encantador de lo que él imaginaba. Me lo demostró la primera vez que intentó defender a aquella desconocida. La otra noche, cuando me tapó antes de irse a dormir. Y hace unas horas, cuando se negó a acostarse conmigo a pesar de que le sobraban las ganas. Javi era un buen hombre a pesar de que intentara ocultarlo.

—¿Qué flor soy yo?

—¿Tú? —se quedó pensativo durante un momento—. Cómo no, tenías que ser una flor muy rara. Sin duda eres un gladiolo.

—Suena fatal. ¿Cuál es?

—No la busques, aquí no la tengo. El gladiolo simboliza la fuerza de carácter, la fuerza interior, la integridad moral. Es una flor muy valorada por su curiosa belleza, y una planta muy fuerte que puede brotar casi en cualquier parte. Su nombre proviene de Gladius, que significa espada, de ahí su forma. Cuenta la leyenda que en la Rompa imperial se entregaban gladiolos a los gladiadores que salían victoriosos de una batalla. También simboliza la victoria. Una flor perfecta para Wonder Woman.

Me mordí el labio y lo miré hechizada. Era un conquistador nato y acababa de dejarme embelesada con aquella historia.

—Ahora que lo pienso, unos gladiolos no quedarían nada mal en mi jardín...

—Te encanta gustar.

—¿Y a quién no? —me apartó un mechón de pelo de la cara y me colocó una rosa en el pelo —. Nunca le regalo flores a una mujer.

—¿Me tengo que sentir especial? —me tembló un poco la voz.

—Sí.

Dejó la mano sobre mi mejilla y se me escapó un suspiro. Me costaba asimilar lo mucho que me gustaba que me tocara. Creo que él se dio cuenta de mi reacción, porque en lugar de apartar la mano, me acarició la mejilla.

—No es una flor cualquiera. Es una rosa.

—¿Y qué significa?

—Depende del color, quien la regale, su destinatario...

—¿Estás jugando conmigo? —me temí.

—No —respondió sin vacilar, y supe que estaba siendo sincero.

Una parte de mí se moría de ganas de besarlo, pero la otra temía que volviera a rechazarme. Así que me quedé inmóvil, disfrutando de una caricia que se prolongó desde mi pómulo hasta la barbilla. Hasta que retiró la mano de golpe y me miró con una sonrisa inusual en él. Una sonrisa tierna.

—Mañana me gustaría llevarte a un sitio, si me dejas.

—¿A dónde? —quise saber.

—A un lugar donde suelo ir cuando quiero animarme. ¿Vendrías?

Me lo pensé durante un instante. Si nuestra relación tenía fecha de caducidad, no debería acompañarlo a ninguna parte. Pero me gustaba estar con él. Cada vez más. Y ni siquiera lo hacía porque estuviéramos fingiendo delante de nadie.

—¿Una cita?

—Si lo quieres ver así... —dijo, sin negarlo del todo.

—Si vas a pedirme una cita, ten el valor de llamar a las cosas por su nombre.

—Una cita, entonces —respondió, y sus ojos se volvieron oscuros—. ¿Vendrías?

—Sí —dije, antes de poder pensarlo.

Salí de casa de Javi con la sensación de que me estaba adentrando en un juego muy peligroso del que no podría escapar intacta. Pero lo primero que hice al llegar a casa fue buscar en Google el significado de una rosa roja.

Las rosas rojas no sólo son símbolo del amor y la pasión duradera, un simple amigo te las puede enviar haciendo halago a tu belleza y al respeto que los une.

Me dejé caer en la cama con los ojos abiertos de par en par. Ahora sí que estaba hecha un lío.

## Una cita... ¿real?

### *Javi*

Si no recordaba mal, creo que era la primera vez en mi vida que tenía una cita con una mujer. No sé si estaba nervioso por la cita en sí o por la persona con la que iba a tenerla. Pero el quid de la cuestión era que, para colmo, iba a llevarla a un lugar que era muy especial para mí.

Estaba delante del portal de Andrea acompañado de Gucci, al que me negaba a dejar solo en casa durante más de dos horas porque le encantaba morder los muebles con aquellos dientes de piraña. Tenía curiosidad por conocer la casa de Andrea, sobre todo teniendo en cuenta que ella ya había estado varias veces en la mía. Estaba a punto de llamar al portero automático cuando ella abrió la puerta.

La miré de arriba abajo y me quedé babeando como un idiota. Llevaba... falda. Una faldita de tablas rojas que enseñaba unas piernas larguísimas y bronceadas. Se había soltado el pelo, una cascada de cabello castaño que le llegaba casi a la cintura. Y... esos labios pintados de rojo me provocaron un ramalazo de deseo que fue directo a la entrepierna.

Joder...

—Hola... —me saludó, con una timidez a la que no me tenía acostumbrado.

—Estás tremenda.

Ella se ruborizó y me dedicó una sonrisa.

—¿Acabas de hacerme un cumplido?

—Eso ha sido la primera burrada que se me ha pasado por la cabeza —le dije, sin poder dejar de mirarla—. En realidad, quería decir que estás guapísima.

—Gracias —respondió, y entonces se fijó en Gucci—. Qué gracioso con su trajecito. ¡Vais conjuntados! ¡Qué mono!

—¿Qué?... —me di cuenta en ese momento y se me cayó el alma a los pies. Tenía razón. Gucci llevaba un conjunto vaquero con una camiseta roja, y yo me había puesto un jersey rojo y unos vaqueros. Ni siquiera lo había hecho a propósito—. Tana me dejó un baúl de ropa y le he puesto lo primero que he pillado. ¿No creerás que lo he hecho a propósito?

Ella entornó los ojos.

—Bueeeeno...

—Ni siquiera me gusta vestirlo, pero es una rata friolera y hoy han bajado las temperaturas. Se puso a temblar cuando salió al balcón —me defendí indignado.

—Qué sí... —lo dejó estar—. ¿Dónde vamos?

Le ofrecí el brazo y ella volvió a entornar los ojos.

—¿Lo dices en serio?

—Solo pretendía ser amable...

—Qué ñoño... —dijo, y agarró mi brazo antes de que lo apartara—. Me encanta.

Media hora después, llegamos caminando hacia El barrio del púpulo, situado en la entrada del caso histórico de la ciudad. Nos perdimos por las callejuelas estrechas y adoquinadas mientras Andrea hacía grandes esfuerzos para no tropezar.

—Es la última vez que me pongo tacones. Ahora recuerdo por qué los odiaba tanto... —se quejó malhumorada.



—Para presumir hay que sufrir.

—Eso lo dices porque eres un hombre.

—Se puede ser presumido, no es solo cosa de mujeres.

—Tienes razón. La hora que estuve esperando a que te arreglases lo corrobora. ¿Falta mucho?

—Ya casi estamos... —le dije, y le ofrecí una mano para que no se tropezara—. Ten cuidado con la cabeza.

Andrea agachó la cabeza cuando pasamos por debajo del arco de piedra. Entonces su boca formó una o y dejó escapar un suspiro de admiración. Pocas personas conocían aquel lugar. Era una pequeña plaza que daba a cuatro casas escondidas y abandonadas. En mitad de ella había una fuente de estilo árabe, y las paredes estaban cubiertas de musgo verde, lo que le confería un encanto especial. La única iluminación era la de una vieja farola y la luz natural de las estrellas. Andrea observó el lugar fascinada y se volvió hacia mí. En su rostro había la misma ilusión que la de una niña pequeña.

—Este lugar es...

—... mágico —dije por ella—. Y secreto. No lo conoce casi nadie. Eso le da más encanto.

—Ahora ya lo conoce otra persona.

—Me guardarás el secreto. Es el sitio perfecto para un par de solitarios como nosotros.

Me quité la mochila y saqué una manta que extendí sobre el suelo. Luego saqué algunos táper y bebidas que llevaba preparados para la ocasión. Ella se mordió el labio e intentó aguantarse la risa.

—¿Qué pasa? —quise saber.

—Que no te tenía por la clase de persona a la que le gustan los picnics. Pensé que eras más de restaurantes caros a los que hay que ir de etiqueta.

—Porque te encanta juzgarme. Lamento decirte que vas a llevarte más de una sorpresa conmigo.

—Si son como estas, dame todas las que quieras —dijo complacida, y se sentó a mi lado.

Gucci corrió a tumbarse en su regazo, pero lo agarré a tiempo y lo metí en la mochila. Andrea me miró espantada.

—¡Pobrecito!

—Hay salchichón dentro y su peluche favorito.

Ella no pareció convencida, pero echó un vistazo dentro de la mochila y se partió de risa. Gucci mordisqueaba el salchichón como si le fuera la vida en ello mientras estaba tumbado sobre su peluche en plan posesivo. A estas alturas ya sabía como ganármelo.

—Uhm... —murmuró ella, al probar la tarta salada de tomate, queso y mostaza.

—¿Ya estás comiendo?

—No tengo la culpa de que cocines tan bien —agarró un pastelito de patata y atún y puso cara de gusto al probarlo—. Madre mía...

—Eres de esas personas que son felices cuando comen.

—Ajá...

—Me alegro.

Estaba harto de encontrarme a mujeres que contaban hasta las calorías de una uva. Me gustaba salir con una que disfrutaba de la comida y tenía un apetito tan voraz como el mío. Al final iba a resultar que teníamos más cosas en común de las que pensábamos.

—¿Cómo conociste este lugar? —me preguntó.

—Mi padre y yo lo descubrimos por casualidad un día. De pequeño practicaba judo muy cerca de aquí. Me dijo que iba a ser nuestro secreto, y de vez en cuando nos sentábamos justo aquí a

comer la merienda. Con el paso de los años seguí viniendo porque me encanta este lugar.

—¿Nunca has traído a nadie?

—¿Para qué invadieran mi lugar favorito? No

—Ahora lo estoy invadiendo yo...

—Sí, pero... —no supe qué decir, así que fruncí el ceño en busca de una respuesta que no llegaba—. Supongo que lo único que puedo decir es que me apetecía estar aquí contigo.

—Eso es muy bonito, aunque no sé si lo merezco... —se acercó y me besó en la mejilla.

Ni siquiera lo pensé cuando la agarré de la cintura y la besé sin contemplaciones. Porque me moría de ganas y ya no iba a contenerlas más. Ella jadeó contra mi boca y se derritió en mis brazos. La estreché con fuerza, como si no estuviera dispuesto a dejarla escapar. Como si me fuera la vida en besarla o nunca hubiera besado a una mujer. Porque cuando la besé me sentí como un chiquillo sin experiencia. Y mi boca buscó la suya con un deseo que me enloqueció hasta dejarme sin aliento. Andrea dejó escapar un suspiro tembloroso y me miró asustada. Me pregunté si había sido demasiado bruto.

—¿Estás bien? ¿Quieres que pare?

—Estoy bien... y mucho me temo que no quiero que pares... —me agarró del jersey para acercarme a ella—. ¿O es una locura que lo hagamos aquí?

—Es una locura —dije, desabrochándole la blusa.

—Podría vernos alguien... —ella me bajó la cremallera del pantalón.

—Deberíamos parar...

Comenzó a darme besos por el cuello y yo la agarré del pelo. Los dos respiramos con dificultad.

—Sí, deberíamos...

Los dos nos miramos de una forma en la que sobraron las palabras. Ella, enrojecida por el deseo, y yo, a punto de perder la poca cordura que me quedaba. Y saltamos del precipicio. Ya no había marcha atrás.

Nos quitamos la ropa a trompicones sin importarnos que pudiera vernos alguien. Ella me bajó los pantalones y yo le subí la falda. Le acaricié los muslos y me puso a cien escucharla gemir. Palpé lo húmeda que estaba por encima de su ropa interior y mi erección palpité de deseo. Joder...

—Creo que esta vez voy a durar un suspiro... —le avisé, temiendo que no sería capaz de controlarme.

—Calla... —me pidió, poniéndome una mano en la boca.

Le lamí los dedos y ella echó la cabeza hacia atrás. Lo aproveché para besarle la garganta y noté su pulso acelerado. Me gustó notar su deseo. Sus ganas. Lo pasional que era cuando se dejaba llevar. Andrea apretó mis hombros y murmuró algo incoherente.

—Pídeme que te haga lo que quieras... —le dije, mirándola embelesado.

En el sexo me gustaba llevar la iniciativa, pero aquella mujer me volvía jodidamente loco. Me tenía a sus pies, y podría haberle bajado la luna si me lo hubiera pedido. Ella me miró turbada por el deseo y se mordió el labio.

—Quiero tu boca por todo mi cuerpo...

Eso podía hacerlo. La cuestión era cuanto aguantaría antes de correrme sin poder evitarlo. Terminé de desabrocharle la blusa, y estuve a punto de sufrir un infarto cuando vi aquel sujetador de encaje negro. Mi cabeza fue directa a sus tetas y mi lengua recorrió su escote. Andrea arqueó la espalda y entrecerró los ojos. Me gustó que le gustara. No supe si me excitaba más besarla o la cara que ella ponía cuando lo hacía. Solo sé que la besé despacio, deleitándome... hasta que no

pude soportarlo más y le quité el sujetador. Me encontré con unas tetas perfectas. Pequeñas. Deliciosas. Abrí la boca para succionar un pezón rozado y ella sollozó de placer cuando notó mi lengua.

—Oh...

Una sonrisa de suficiencia se plantó en mi cara cuando ella enterró las manos en mi pelo y murmuró mi nombre entre gemidos de placer. Entonces me dejó boquiabierto al meter la mano dentro de mis pantalones y rozar mi erección. Me puse completamente rígido cuando ella comenzó a acariciarme la polla. No porque no me gustara, sino porque me faltaban cuatro segundos para correrme en su mano. Iba a ser la paja más corta de mi vida, así que le agarré la muñeca ante su atónita mirada.

—¿Qué haces?

—Alargar el momento...

La besé profundamente y ella se dejó. Entonces le di la vuelta sin que se lo esperara y le metí la mano por dentro de la falda. Andrea apretó los muslos cuando mis manos subieron por sus pantorrillas en aquella postura tan íntima. Le bajé las bragas con una mano y con la otra le separé las piernas. Y la acaricié justo donde sabía que la volvería loca.

—Ah... Javi...

Pegué mi boca a su oreja y susurré con voz ronca:

—Te follaría en cualquier parte...

La penetré con los dedos y sus gemidos se hicieron más fuertes. Ella me acarició el brazo y volvió el rostro hacia mí. Nos besamos como animales salvajes y nos separamos jadeando.

—Te quiero dentro... ya...

Me lo tomé como una orden porque yo también necesitaba lo mismo. Busqué a tientas un preservativo dentro de mi bolsillo y me lo puse. La agarré de la cintura y la penetré con fuerza. Ella gimió y yo me quedé completamente quieto, apoyando la cabeza contra su espalda. Necesité dos segundos para recuperarme de aquella sensación. Entonces la embestí despacio, saboreando el momento. Andrea echó la cabeza hacia atrás y la agarré del pelo. Me gustaba follar duro, y ella no parecía tener ningún problema con ello.

—Más rápido... —exigió.

Mi otra mano fue directa a sus tetas e hice lo que me pidió. No tenía ningún problema con darle justo lo que quería. De hecho, me complació que me lo pidiera.

—Más... fuerte...

Joder, me iba a volver loco. Mis embestidas se volvieron más salvajes y temí hacerle daño, pero sus gemidos me dijeron que le estaba gustando. Apoyé la boca contra su nuca y le susurré cosas sucias. Guarradas que la volvieron loca y que a mí me hicieron perder la cordura. Noté que ella estaba a punto de llegar al orgasmo y me dejé ir. Solté un gruñido y me corrí. Seguí abrazado a ella hasta que se movió y me aparté para dejarle su espacio. Ella suspiró y se tumbó a mi lado. Había una mezcla de satisfacción y rubor en su expresión.

—No me puedo creer que acabemos de hacerlo aquí...

Entrelacé mi mano con la suya y le besé los nudillos. Noté que aquella cercanía no terminaba de gustarle del todo y, pese a que no me apetecía soltarla, la dejé ir. Nos quedamos bocarriba y medio desnudos. Era evidente que ella no tenía ningún problema con su cuerpo, sino con la intimidad después del sexo.

Y, por primera vez en mi vida, no fui yo quien quiso marcharse. Comprendí que no me había bastado con aquello. Que, maldita sea, quería mucho más. Quería tener derecho a abrazarla después del sexo. Quería... no sé, intentarlo.

Ella me miró de una manera extraña... completamente indescifrable, y comenzó a vestirse.

## ¿Qué nos está pasando?

### *Andrea*

—No sé si debería subir —le dije, al ver que habíamos llegado caminando hasta su portal.

—Me apetece mucho estar contigo. Te acompañaré a casa si es lo que quieres, pero antes deberías saber que me muero de ganas por hacerlo de nuevo. Esta vez sin prisas y en una cama.

Su sinceridad me desarmó. Javi tenía algo que me atraía como la miel. Lograba que me olvidara de mis dudas y quisiera ir un paso más allá con él. Sabía de sobra que era una pésima idea, pero fui incapaz de negarme cuando me besó.

No sé si eran sus manos... aquella forma de tocarme que me había hecho arder en deseos... o todo en uno. Lo cierto es que me hacía olvidar en cuanto me tocaba y eso nunca me había sucedido con nadie.

Antes de que pudiera darme cuenta ya entraba con él. Hizo honor a sus palabras y nos desnudamos sin prisa. Lo de antes había estado genial, pero dar rienda suelta a la pasión que sentíamos a nuestro ritmo fue otro mundo. Lo que me desconcertó fue el hecho de que podía ser un salvaje y a la vez tratarme con una delicadeza que me abrumaba. No solo era generoso en el sexo, sino también considerado y cariñoso. ¿O lo era solo conmigo?

Terminamos tan exhaustos que me quedé tumbada en la cama y se me empezaron a cerrar los ojos cuando él me acarició la espalda. Me dije que podía estar un ratito allí antes de marcharme. A fin de cuentas, estaba en la gloria y me apetecía descansar un momento. No dije nada cuando él me echó un brazo por encima y me besó la nuca. No estaba... acostumbrada a esa intimidad. Cuando me acostaba con alguien me largaba en cuanto se terminaba.

—¿Qué nos está pasando? —le pregunté sin poder evitarlo.

—Uhm... —murmuró pensativo—. Nos estamos conociendo.

—Si lo dices en el sentido físico...

—En todos los aspectos.

Apreté los labios. Era imposible que Javi quisiera algo más, ¿no? Definitivamente, los dos éramos un par de solitarios que buscaban sexo. Pero me asustaba la posibilidad de que, de repente, él me ofreciera algo más. De hecho, me aterrorizaba la idea de unirme a otra persona. Sabía lo que era y no podía permitirme volver a correr el riesgo.

Me desperté desorientada. Cogí el móvil que estaba sobre la mesita y vi que eran las siete de la mañana. Mierda. Me había quedado a dormir allí. ¿Qué demonios me pasaba? Me levanté con cuidado de no despertarlo, lo cual fue bastante difícil. Javi me abrazaba a pesar de que ese era la clase de contacto físico del que yo huía despavorida.

*Y, sin embargo, te has quedado.*

Me despegué de él como pude y salí de la habitación de puntillas. Me vestí a toda prisa y recogí mi bolso. Estaba a punto de salir por la puerta cuando me di cuenta de que no se merecía que me largase de esa manera. Apoyé la cabeza en la pared y cerré los ojos. Las cosas se estaban complicando y tenía que poner fin a aquella locura cuanto antes.

Decidí escribirle una nota breve.

*Entro a trabajar en unas horas. Un beso.*

No era mentira. Tenía que trabajar en dos horas, y antes tenía que pasar por mi casa para darme una ducha. La necesitaba con urgencia después de aquella sesión de sexo desenfrenado. Lo peor de aquello fue descubrir que en la cama éramos muy compatibles. Demasiado, diría yo. Porque Javi parecía tener un mapa para leerme y saber qué es lo que me gustaba que me hiciera...

\*\*\*

Pablo y Horacio me lo pusieron muy difícil en el trabajo. Me enteré por otra persona de que Horacio había pedido el traslado a otro departamento. Aproveché que nos quedamos a solas en la sala de las taquillas para intentar solucionar nuestra situación.

—¿Te das cuenta de que te estás alejando de mí sin que pueda hacer nada por evitarlo?

—Es justo lo que pretendo.

Le impedí el paso cuando él intentó rodearme. No me dejé amedrentar por su expresión.

—Puede que no sienta lo mismo que tú, pero quiero que sepas que eres uno de mis mejores amigos. Respetaré tu decisión si decides marcharte, pero al menos déjame disculparme por cómo te traté el otro día.

—De acuerdo, te escucho.

—Sé que soy la persona con menos tacto del planeta. No es que no me importen tus sentimientos, pero la vida me obligó a protegerme de esta manera. No pienses ni por un momento que no me importas, a pesar de que no pueda quererte como tú me quieres. Siempre tendrás mi amistad, y espero que algún día las cosas puedan volver a la normalidad entre nosotros.

—Yo también —él dejó su mochila en el suelo y me dio un abrazo—. No hay nada que perdonar.

Me sentí mejor después de hablar con Horacio. Sabía que durante un tiempo las cosas no serían igual entre nosotros, pero esperaba que todo volviera a la normalidad con el paso del tiempo. Estaría esperándolo con los brazos abiertos, y en mí siempre encontraría una amiga.

Hablar con el cabezota de Pablo fue harina de otro costal. Me lo encontré en el bar de siempre, e hizo el amago de marcharse en cuanto crucé la puerta.

—Ni se te ocurra. Tenemos que hablar.

—Ahora quieres hablar... —me echó en cara.

—Sí. Soy de las que se toman su tiempo para digerir según que cosas.

Él se apoyó en la barra y puso cara de estar dolido. Era un hueso duro de roer.

—Mira... creo que acabo de perder a un amigo y no lo recuperaré hasta dentro de un tiempo. Podría perder a otro, pero me niego.

—No se te puede decir nada.

—Tienes razón.

Él me miró sorprendido.

—Te juro que a veces te daría un tortazo si no supiera que me puedes...

Me reí por aquel comentario.

—¿Qué te parece si firmamos la paz y te invito a una cerveza? —sugería en tono conciliador—. Te quiero mucho, aunque no te lo diga muy a menudo.

—No me lo dices nunca.

—Bueeeeno... pero te lo estoy diciendo ahora. ¿Me perdonas?

—Qué remedio.

Después de aquello me sentí un poco mejor. Estaba caminando de regreso a casa cuando recibí un mensaje de Javi. No sé qué tenían sus mensajes, pero reconozco que conseguían robarme una sonrisa. Javi y su peculiar sentido del humor eran algo para lo que no estaba preparada.

*Javi: me encantaría volver a verte... a poder ser lo antes posible para repetir lo de hace unas horas.*

Miré el teléfono con un sentimiento de duda y culpa. Necesitaba espacio para pensar y con él hacía de todo menos eso. Decidí apostar por la sinceridad.

*Yo: tengo muchas ganas de verte, pero necesito estar sola y pensar.*

*Javi: vas a pensar en mí. ¿Por qué no vienes y haces realidad tus fantasías?*

Sonreí como una idiota. Qué cara más dura.

*Javi: ¿puedo ir a tu casa?*

Noté una punzada en el corazón. Si le abría las puertas de mi casa estaba completamente perdida. Podía contar con los dedos de una mano las personas que habían cruzado la puerta.

*Yo: nos vemos otro día. Un beso.*

Solté el móvil para evitar tentaciones. A mí casa no. Puede que se hubiera colado en mi vida, pero todavía estaba a tiempo de ponerle remedio. La cuestión es; ¿quería hacerlo?





## ¿Qué harías si...?

### *Javi*

Andrea me tenía completamente desconcertado. Me moría de ganas de verla, pero ella acababa de rechazarme sin contemplaciones. Me costaba asimilar su decisión porque, cuando estábamos juntos, ella se dejaba llevar. Demonios, sabía que le gustaba. Eso se nota. ¿Cuál era el problema? Por primera vez me apetecía intentarlo y que el tiempo dijese. Nunca había conocido a nadie como ella. A alguien que me hiciera reír, llenara de luz mi vida y me obligara a replantearme mi estilo de vida.

Mi hermana me miró sorprendida cuando abrió la puerta. No estaba acostumbrada a que le hiciera visitas y supo que me pasaba algo en cuanto me vio.

—Javi, ¿estás bien?

—No tengo ni ganas ni tiempo de discutir —le avisé, con la intención de ir al grano—. Siento haber discutido contigo el otro día. Estaba cabreado porque a veces siento que me apartas de tu vida.

—¿Qué yo te aparto de mi vida? Javi... el que se va a de viaje y ni siquiera avisa eres tú.

—Me molestó muchísimo que no me dijese antes que al resto que estás embarazada. Y quiero que sepas que me hace mucha ilusión ser tío.

—¿Lo dices en serio? —preguntó emocionada.

—No, he venido hasta aquí para soltarte esta mentira.

Ella me dio un guantazo y acto seguido me abrazó.

—Por mucho que te hagas el duro, en el fondo eres un blando. Te quiero, hermanito.

—Yo también —respondí, rígido como una estatua. Los abrazos no terminaban de ser para mí—. Necesito consejo femenino.

—Ay... madre... —Nati se santiguó varias veces y luego se partió de risa—. Estás coladito por Andrea.

—No exageremos. Me gusta, eso es todo.

—¿Te estás pillando!

—Si lo quieres ver así...

—A ver, cuéntame lo que te pasa.

—¿Qué harías si estás muy bien con una persona, pero crees que no buscáis lo mismo?

—Quieres ir más en serio y ella no —adivinó, compadeciéndose de mí.

Me sentí como un completo imbécil, pero decidí dejar de lado mi orgullo.

—La cuestión es que me tiene completamente desconcertado. Sé que le gusto.

—Lamento decirte que las personas te pueden gustar para muchas cosas...

No era lo que quería oír, pero ella tenía razón.

—¿Por qué no le dices lo que sientes?

Porque me acojonaba la idea de que saliera huyendo. Creo que Andrea necesitaba que le dieran su espacio y no quería asustarla con unos sentimientos que ni yo mismo comprendía.

—Porque ni yo mismo me aclaro.

—Pues aclárate y después sé sincero. Y, si no queréis lo mismo, será mejor que os separéis antes de que uno de los dos salga herido.

Dicho así sonaba muy fácil, pero llevarlo a la práctica se me hacía casi imposible. Quizá yo también necesitaba tiempo para pensar...



## Déjame entrar...

### *Andrea*

Había quedado esta noche con Javi para cenar en casa de Pablo. Cada vez estaba más abrumada por mis sentimientos, y tenerlo cerca me impedía pensar con claridad. Me miré en el espejo y le pregunté a la chica ojerosa:

¿Qué te está pasando?

Tú, la que hizo un plan y se largó a cientos de kilómetros de donde dolía. Tú, que supuestamente no necesitas a nadie y te gusta tu vida tal y como es. A ti, pedazo de idiota, ¿qué te está pasando? ¿Por qué de repente sonríes como una tonta por el último mensaje de Javi? ¿Por qué guardas la rosa que te regaló como si fuera un tesoro?

Me sobresalté cuando llamaron a la puerta. No estaba acostumbrada a recibir visitas. Alguna vez habían venido mis padres o mis hermanos, pero aquel era mi refugio y ellos lo sabían. Observé de reojo la foto de Raúl cuando pasé por delante. Me quedé perpleja cuando vi por la mirilla que era Javi. Habíamos quedado en mi portal, ¿por qué diantres tenía que llamar a mi puerta?

Me puse la chaqueta, cogí el bolso y abrí la puerta.

—Hola, no te esperaba todavía.

Él echó un vistazo por encima de mi cabeza, así que cerré la puerta con disimulo.

—Lo sé, pero me apetecía verte y he salido antes. Vamos con tiempo de sobra, ¿me invitas a pasar?

Me puse nerviosa y creo que él lo notó.

—La casa está hecha un desastre.

—Me da igual.

—No te da igual, eres un obseso del orden y la limpieza.

—En mi casa, no en la de los demás.

—¿Por qué no damos un paseo? —sugerí, con tal de hacerlo cambiar de idea—. Me has pillado saliendo porque necesitaba tomar el aire.

—¿Te encuentras mal?

—No. O sea... tenía dolor de cabeza, pero ya se me ha pasado. ¿Nos vamos?

Tiré de su brazo en dirección al ascensor y prácticamente lo empujé dentro cuando las puertas se abrieron. Él me miró con expresión desconfiada.

—¿Ocultas un muerto en tu casa?

Por la cara que puso, casi diría que lo preguntó en serio. Solté una carcajada. Jamás me acostumbraría del todo a su sentido del humor.

—Javi, soy policía.

—Por eso lo digo. Sabes donde esconder un cadáver, yo no...

Salí del ascensor riéndome como una tonta. Él me siguió sin reírse, así que me volví hacia él con gesto más serio.

—¿Qué te pasa?

—A mí nada. Eres tú la que me evita y comprueba por la mirilla que soy yo antes de que pueda hacerle una visita.

—No es verdad —le mentí.

Javi me miró a los ojos y comprendí que era más vulnerable de lo que aparentaba.

—No me mientas —me pidió dolido—. Solo dime si alguna vez te verás preparada para abrirme la puerta de tu casa. No te estoy pidiendo que vivamos juntos, pero tú ya has estado varias veces en la mía.

—No lo sé...

—¿Tan importante es para ti?

—Sí —susurré con voz quebrada—. No me pidas más de lo que puedo darte.

—Vale —repuso más tranquilo—. ¿Me lo contarás algún día?

—Puede ser.

Caminamos en silencio durante un buen rato, hasta que él se plantó delante de mí para robarme un beso que me dejó sin aliento. Me estrechó con fuerza por la cintura y me pegó contra su pecho. Con la otra mano me acarició la mejilla y me miró con una ternura que me desarmó.

—Eres preciosa.

—Gracias —me sonrojé.

—Lo digo en serio.

—Ya sé que lo dices en serio —lo miré a los ojos y sentí, después de muchos años, esa emoción que te recorre el estómago y te hace levitar—. Seguro que has estado con muchas mujeres guapas.

—Nunca con una como tú.

Sonreí como una boba. Me estaba empezando a colar por él. Sobre todo, cuando me decía cosas como aquella sin venir a cuento. Sobre todo, cuando me las decía mirándome de esa forma en la que me desarmaba.

—No soy especial.

—Lo haces todo más especial cuando estoy contigo. ¿Qué hay más especial que eso? —me contradijo, y me besó muy despacito.

Estábamos en mitad de la calle, pero como siguiéramos así me temía que al final iba a tener que invitarlo a subir. Me separé de él y respiré de manera entrecortada. Él sostuvo mi cara con sus manos y me miró con una mezcla de ternura y deseo.

—Te he echado de menos, Wonder Woman.

—Solo han sido un par de días.

—Pero se me han hecho eternos, ¿a ti no? —me estudió con cautela y añadió—: como digas que no, voy a sentirme como un idiota.

Le di un guantazo y volví a reírme.

—Sabes de sobra la respuesta.

—Pero me gustaría oírtela decir.

—Tampoco te he echado tanto de menos... cuando lo hago miro tu foto con el torso desnudo y se me pasa.

—Ah... entiendo. Deberías hacerte una.

—Ni lo sueñes.

—¿Por qué no?

—¡Porque no!

Seguimos de broma hasta que llegamos a la casa de Pablo. Lo hicimos de la mano y comprendí que habíamos llegado a un punto en el que no necesitábamos fingir.



## Perdidamente enamorado

### *Javi*

Reconocí mis sentimientos aquella noche. Yo, el solitario que adoraba su vida, de repente la encontré vacía si no podía compartirla con alguien. Y pude darle nombre a lo que sentía cuando la vi reírse con los chistes malos de mi cuñado. Cuando se levantó para ayudar a poner la mesa y la vi completamente integrada con los demás. O cuando le hizo carantoñas a la hija de Tessa y se le cayó la baba.

Comprendí que estaba perdidamente enamorado de Andrea. Del sonido de su risa. De su temperamento. De sus piernas infinitas. De todo lo que representaba. Y me sentí mejor cuando le puse nombre a lo que sentía porque estaba dispuesto a apostar por ella.

Estaba enamorado. Yo, ¡enamorado! Casi parecía un chiste y, sin embargo, era real.

Me pilló mirándola y se acercó para hablarme al oído. Le robé un beso y ella me puso una mano sobre el muslo.

—¿Por qué me miras?

—Me gusta mirarte.

—¿A que te multo? —se partió de risa.

Tenía que notar lo. La miraba como un completo idiota. En algún momento tendría que darse cuenta de que estaba loco por ella.

—¿Mirar es pecado, agente de la ley?

—No... pero te vas a terminar aburriendo de ver siempre lo mismo.

—Eso nunca.

—¡Iros a un hotel! —gritó mi hermana.

Tuve ganas de hacerle caso, pero me contuve porque Andrea se lo estaba pasando muy bien. Hizo buenas migas con Tessa y mi hermana, pero no me extrañó. Tenía un don para relacionarse con los demás, por mucho que vistiera esa coraza con la que evadía las preguntas personales. Decidí ir un paso más allá cuando salimos de casa de Nati y Pablo.

—¿Qué hay de tus padres? —quise saber.

—¿Mis padres? Son normales y sobreprotectores, te caerían bien.

—¿No los echas de menos?

—Soy muy independiente —se encogió de hombros—. Ellos dicen que soy poco familiar. No sé.

—¿Y tus hermanos?

—Sobreprotectores —se echó a reír y me miró de reojo—. ¿Me estás haciendo un interrogatorio?

—No hablas mucho de ti.

—¿Qué quieres saber?

—Tenías un ex...

Se le cambió la expresión y comprendí que había metido la pata.

—No vayas por ahí.

—No quiero meterme donde no me llaman, pero cuando te quedaste dormida en el sofá, dijiste el nombre de Raúl.

—Para... por favor. No sigas —me pidió, y se le humedecieron los ojos.

—Andrea... —extendí el brazo para tocarla, pero ella se apartó con rabia.

—No me toques. Te lo pido por favor, no me toques ahora.

Dejé caer el brazo y no supe qué hacer.

—Vale.

—Me apetece estar sola —me dijo, en cuanto llegamos a su casa.

Suspiré. La conocía de sobra para saber que no iba a hacerla cambiar de opinión.

—No pretendía hacerte sentir mal. Te lo juro. Es solo que...

—No es culpa tuya —musitó con voz queda—. No pasa nada, Javi. Nos vemos otro día.

Me agarró del jersey y me besó con suavidad. Cerré los ojos y quise abrazarla para prolongar el beso. Cuando los abrí, ella ya caminaba en dirección a su portal. Me pregunté cómo llegar hasta ella y no supe la respuesta.

## Perdidamente perdida...

### *Andrea*

No pude parar de llorar durante toda la noche. Fui hacia la nevera y busqué con desesperación una tarrina de helado de chocolate. Me llevé una cucharada a la boca y me tumbé en el sofá. Me estaba volviendo loca. No, mucho peor; me estaba enamorando de Javi.

Me reí como una histérica. Y volví a llorar. ¿Cómo había permitido que pasara algo así? Me sentí tremendamente mal y culpable. Una parte de mí sentía que enamorarme de él traicionaba el recuerdo de Raúl. La otra... sencillamente estaba aterrorizada.

Aterrorizada de la posibilidad de volver a amar. A sentir. A vivir. A dejar de estar sola. ¿Y si se acababa? ¿Y si cuando por fin volvía a sentir mariposas todo se acababa? Jamás podría recuperarme. Lo había hecho una vez... o eso quería creer. Porque mi casa estaba llena de recuerdos de Raúl que me negaba a tirar por miedo a ensuciar su recuerdo.

—¿Qué hago? —le pregunté—. ¿Qué demonios hago!

Ni siquiera habíamos tenido que fingir delante de los demás. Javi y yo parecíamos una pareja de verdad porque nos estábamos comportando como una. Pronto dejaría mi cepillo de dientes en su casa y dormiría todas las noches en su cama. Tuve ganas de contarle a mi madre lo que me pasaba, pero supe lo que me diría sin necesidad de descolgar el teléfono.

*Dale una oportunidad a ese chico.*

Era lo que todos querían. Que rehiciera de una vez mi vida después de diez años. Pero ¿qué sabían ellos? Ellos, que no habían perdido al amor de su vida. Ellos, que no habían tenido la culpa ni llevaban diez malditos años lamentándose por aquello. Ellos, que se encerraban a llorar en casa todos los aniversarios porque necesitaban aferrarse a su recuerdo. Ellos, que me recriminaban que me había marchado del pueblo para alejarme de todos.

Por supuesto que me había alejado de todos. Del pueblo que nos vio crecer y enamorarnos. Del pueblo que tantos recuerdos me traía y en el que me habría vuelto loca de haberme quedado. Después los años fueron pasando y me convertí en otra persona. Una que apenas dejaba entrar a los demás en su vida y que eligió el sexo sin compromiso como la única opción.

Hasta que llegó Javi para estropearlo todo. Porque eso había hecho: estropear los cimientos de mi vida. Arruinar mi estabilidad. Ilusionarme de nuevo... ¿para qué? No tenía ganas de sufrir de nuevo. No podía arriesgarme.

Ignoré sus mensajes porque no tenía ganas de nada. Lo único que me apetecía hacer esa noche era llorar como una magdalena hasta que no me quedaran lágrimas. Sabía hacerlo cuando nadie me veía.



## Lo apuesto todo

### *Javi*

Estaba harto de que Andrea no respondiera a mis mensajes ni a mis llamadas. Cansado de la incertidumbre y de la ansiedad que aquello me generaba. Mi hermana tenía razón: tenía claros mis sentimientos, ¿por qué no se los confesaba? Y luego, que ella decidiera si quería una relación de verdad conmigo. No esta pantomima que teníamos. No este acuerdo repleto de reglas que habíamos roto. Joder, yo no quería eso. La quería a ella. Sin condiciones.

E iba a decírselo.

Fui a la floristería y luego a su casa. Respiré profundamente antes de llamar al porterillo y pensé muy bien lo que iba a decirle. A la cuarta vez, me puse nervioso y temí que no estuviera allí. La llamé por teléfono tres veces antes de que ella me lo cogiera.

—Javi, no es un buen momento.

—Estoy abajo.

—Lo sé... —en su voz había el rastro de las lágrimas—. Por favor, vete.

—Ábreme —insistí. Había ido hasta allí con una intención muy clara y no iba a darme por vencido—. No me iré hasta que no me escuches.

La escuché sollozar y se me partió el alma.

—¿Tiene que ser ahora?

—Déjame pasar o entro con el primer vecino que abra la puerta... por favor.

Ella suspiró y acto seguido me colgó. Al cabo de unos segundos, la puerta del portal se abrió con un chasquido. Subí las escaleras de dos en dos porque estaba demasiado inquieto para coger el ascensor. Cuando llegué a su planta, me la encontré en pijama y con cara de no haber dormido.

—Andrea... —le dije sorprendido.

—Te he dicho que no es un buen momento, ¿qué quieres? —me preguntó con voz áspera.

Tenía los ojos rojos e hinchados. Había llorado.

—He venido a decirte algo —le dije nervioso.

—Vale, pues ya te he abierto. Dilo.

—No sé cómo decirte esto... —dije, olvidando por completo el discurso que había memorizado—. Me ha costado mucho ponerle nombre a mis sentimientos. Yo... nunca había sentido esto por nadie. Ni siquiera sabía que era capaz de enamorarme de una mujer hasta que te conocí. Has puesto mi mundo del revés y ya no soy capaz de fingir una relación de mentira contigo. Y no puedo porque estoy completamente loco por ti. Te quiero, Andrea.

—¡Teníamos un acuerdo! —me gritó, hecha una furia.

Me quedé tan perplejo que no supe qué decir.

—¡Has roto todas las normas!

—Los dos hemos roto las normas... —le dije en voz baja, y me acerqué a ella—. ¿Qué más da? Te quiero... eso es lo que importa. Y tú me quieres. Podríamos intentarlo. Nos merecemos ser felices.

—Soy muy feliz —dijo con rabia.

—No lo pareces.

—Qué sabrás tú.

—No tengo ni idea. No sé qué te pasó para que seas así, tienes razón. Pero podrías contármelo y yo no te juzgaría. Te querré sin condiciones porque estoy loco por ti.

—Eso ya lo has dicho.

—¿Te molesta? —pregunté perplejo—. ¿Te molesta que te quiera?

—Me molesta que estropees las cosas... estábamos bien así.

—¿Estábamos bien fingiendo ser algo que no somos?

—Fue idea tuya.

—Y me alegro, porque de no haberla propuesto, jamás nos habríamos conocido.

—No siento lo mismo que tú —me soltó sin despeinarse.

Las flores estuvieron a punto de caérseme al suelo a causa de la impresión. Decidí no venirme a bajo y le mantuve la mirada. Ella hizo lo mismo.

—Mientes.

—Javi, vete. Estás haciendo el ridículo. Te has hecho falsas ilusiones. ¡Lárgate! No te quiero.

Me quedé tan hecho polvo que durante unos segundos no pude ni moverme. Ella apartó la mirada y yo busqué señales de que no fuera real. Pero allí estaba la verdad. Me había declarado y ella no sentía lo mismo. Se acabó.

—Te he traído flores... son gladiolos —le dije, y dejé el ramo en el suelo antes de marcharme.

Me había enamorado por primera vez, y acababan de romperme el corazón por primera vez. Aquella sería una lección que no olvidaría nunca.

## ¿Qué he hecho?

### *Andrea*

No podía parar de pensar en él. Lo había echado de mi vida para no sufrir, y ahora resultaba que sufría porque lo echaba de menos. Ironías de la vida. Pero no podía abrirle las puertas de mi vida, ¿o sí?

Qué más da. Después de lo que le había dicho, él jamás volvería a mirarme a la cara. Le había hecho daño a propósito para que se alejara de mí. Y ahora me sentía como una mierda. Era una persona horrible.

Miré las flores y releí su nota.

*He plantado gladiolos en mi jardín porque, sea cual sea tu respuesta, siempre me recordarán a ti. Pero, hasta que florezcan, te regalo este ramo como símbolo de este amor que me ha vuelto loco. Te quiero.*

La leí con una punzada en el corazón. ¿Cómo había sido capaz de gritarle cosas tan terribles? Había pisoteado sus sentimientos como si yo careciera de ellos. Pues claro que lo quería. Sentía lo mismo que él. De hecho, era eso lo que me daba tanto miedo.

¿Merecía la pena alejarme de él en vez de correr el riesgo? Comprendí la respuesta de golpe y me sentí muy idiota. Era la primera vez que pasaba tantos días sin pensar en Raúl. Y era incapaz de pensar en Raúl porque llevaba casi una semana soñando con Javi. Echándolo de menos a todas horas. Porque estaba completamente enamorada de él.

¿Cómo se podía ser tan imbécil?

Me vestí a toda prisa, dispuesta a arreglar aquella situación antes de que fuera demasiado tarde. Conduje hasta su casa y aparqué el coche encima de la acera. Estaba a punto de entrar en el portal cuando me tropecé con Tana.

—Andrea... —dijo sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

Por la forma en la que me miró, comprendí que ya lo sabía todo. Los demás también sabían que ya no estábamos juntos. Hasta Gucci me dedicó una mirada cargada de resentimiento. Me la merecía.

—Estoy buscando a Javi.

—¿Para qué? —preguntó, cortándome el paso.

—Tengo que hablar con él.

—¿No crees que ya le has hecho suficiente daño? —me recriminó enfadada.

—¿Te lo ha contado?

—Él no me ha contado nada porque resulta que está demasiado enamorado para hablar mal de ti. Pero lo conozco lo suficiente para saber que está hecho polvo porque le has roto el corazón. ¿Qué quieres?

—Pedirle perdón —musité cabizbaja.

Ella me observó como si estuviera pensando si debía creerme. Luego resopló y se cruzó de brazos.

—No está. Se ha ido de viaje y nadie sabe cuando volverá —me informó con frialdad, y pasó por mi lado con la intención de dar por concluida la conversación—. Cuando vuelvas puedes romperle otra vez el corazón. Si lo hubiera sabido jamás habría tramado esto...

No entendí lo último que dijo, pero tampoco le hice caso porque la tenía por una excéntrica. Lo que sí hice fue volver al coche y buscar papel y lápiz. Cuando los encontré, le escribí toda la verdad con la esperanza de que fuera suficiente para él.

## La verdad

### *Javi*

Me fui de viaje con la intención de desconectar, pero la realidad fue que aquellas dos semanas de vacaciones no me sirvieron para nada. Echaba de menos a Andrea y me sentía fatal. Triste, solo, sin ganas de nada.

En el fondo, pensaba que me lo tenía merecido por haber usado a las mujeres durante tanto tiempo. Ahora el karma me lo devolvía y tendría que lamer mis heridas en soledad.

*Se te pasará. Volverás a ser el mismo que disfruta del sexo sin compromiso.*

Pero ¿y si no quería volver a ser el mismo? ¿Y si esa vida se me antojaba vacía y patética? Había saboreado la dulzura del amor, ¿cómo iba a olvidarme de lo bien que me sentía al estar con Andrea?

Se me vino el mundo encima al entrar en mi casa. Me traía demasiados recuerdos, por eso me había marchado durante unos días. No era justo que oliera a ella. Hasta mi jardín se me antojaba menos mío por su culpa.

Había plantado unos malditos gladiolos.

*Qué patético soy.*

Para colmo, echaba de menos a la rata. Tana vino a buscarlo un par de días después de que Andrea me rechazara sin contemplaciones. La rata me hacía compañía, pero me negué a quedármelo unos días cuando Tana me vio tan hecho polvo. Sabía que echaba de menos a su dueña y no podía hacerle eso. ¡Hasta me había encariñado con el perro! Ver para creer...

Pisé un trozo de papel y fruncí el ceño. ¿Qué era? Un sobre con mi nombre. Lo abrí con curiosidad y me sentí fatal en cuanto reconocí las palabras de Andrea. Pero, aun así, comencé a leerlo...

Querido Javi,

Sé que estás enfadado conmigo y lo entiendo. Yo en tu lugar estaría furiosa y no querría verte ni en pintura, pero te pido por favor que no tires esta carta hasta que la termines. Me ha costado mucho encontrar las palabras adecuadas, y ni siquiera sabía por dónde empezar. Pero... allá va.

Para que entiendas por qué te aparté de mi vida es necesario que te hable de mi pasado. Un pasado que casi nadie conoce y del que llevo huyendo más de diez años...

Soy de un pueblecito perdido de Huelva donde nos conocemos casi todos. Allí era feliz con mi familia y mis cinco hermanos. Ser la única chica de la familia puede llegar a ser agotador, pero los quiero a todos con locura. Cuando cumplí trece años empecé a salir con Raúl, mi mejor amigo desde la infancia. Raúl y yo éramos lo que se conoce hoy en día como almas gemelas. Me gusta pensar que estábamos hechos el uno para el otro, aunque supongo que la verdad es que nos queríamos muchísimo y éramos muy parecidos.

Lo viví todo con él. El instituto, la pérdida de mi virginidad, las fiestas del pueblo, los primeros viajes fuera de casa, la universidad... Nos queríamos con locura e hicimos muchos planes de futuro. Sacarnos las oposiciones, casarnos, tener hijos...

Estábamos estudiando para las oposiciones cuando le propuse que saliéramos a dar una vuelta porque los dos andábamos muy estresados. No bebí más de dos cervezas, pero él había bebido más y me propuso que condujese yo. Jamás olvidaré ese día. Da igual que todos me dijese que no me culpaba por algo que fue inevitable, porque siempre llegaba a la misma conclusión: ¿qué

habría pasado si no me hubiera bebido esas dos cervezas? Quizá hubiera tenido los suficientes reflejos para esquivar a aquel coche que conducía en sentido contrario...

Raúl murió en el acto y a mí no me pasó nada. Físicamente, estaba perfecta. Por dentro, estaba rota en mil pedazos. Me culpaba por su muerte porque creía que a él no lo había matado un kamikaze, sino yo.

Si no le hubiera propuesto salir esa noche...

Si hubiéramos hecho noche en un hotel...

Si no me hubiera bebido las dos cervezas...

Pasé tantos meses culpabilizándome, sin salir de casa y muerta en vida, que me convertí en otra persona. Mi salvación fue aprobar las oposiciones. Pero no podía quedarme en el pueblo. Todos los planes que había hecho con él estaban allí. Y nuestra familia, nuestros amigos... nuestra vida. Me alejé de todo y me mudé a Cádiz con la intención de apartarme del dolor, pero nunca pude olvidar ese día. Y, si cabía la posibilidad de olvidar a Raúl, me recriminaba a mí misma que le estaba faltando el respeto a su recuerdo.

Sé que él me quiso lo suficiente para desear que yo sea feliz. Pero... me aterra la idea de volver a sufrir. De perder a alguien del que me he enamorado por completo y no ser capaz de recomponerme. Así que creé una vida con unas sencillas reglas: mi casa, llena de recuerdos, es mi santuario. Y el sexo sin compromiso una tabla de salvación.

Hasta que llegaste tú para romper todos mis esquemas. Y, aunque en un principio creí que no eras mi tipo, luego fui descubriendo que teníamos muchas cosas en común. Y me gustaba estar contigo. Y... madre mía... ¡hasta te echaba de menos cuando no estábamos juntos? ¿Qué me pasaba? A estas alturas sé que es amor. Pero me asusté tanto que decidí echarte de mi vida porque creí que así nos ahorra sufrir a los dos. Definitivamente cometí el mayor error del mundo, porque estoy enamorada de ti. Sí, lo sé. Si los dos sentimos lo mismo, ¿para qué estar separados? Supongo que porque me encanta complicar las cosas, no sé.

Te pido perdón por haber pisoteado tus sentimientos como si no valieran nada. No voy a molestarte y te daré tu espacio. Pero... si decides perdonarme, las puertas de mi casa están abiertas para ti. Te doy mi palabra.

Te quiero, Andrea.

## Diciendo adiós al pasado

### *Andrea*

Independientemente de la decisión que tomase Javi, tenía claro que no podía seguir viviendo así. Sabía que Raúl lo entendería porque él siempre quiso que yo fuera feliz. Me dolió en el alma meter sus cosas en una caja, pero me sentí completamente liberada cuando lo hice. Era hora de decir adiós al pasado y comenzar una vida de verdad.

Era hora de decir adiós a mis recuerdos para crear unos nuevos.

Cerré la caja y me sentí orgullosa de mi decisión. De repente me apeteció una cerveza y supe que una vida nueva la empezaban pequeños gestos. Bajé las escaleras con la intención de acercarme al super de la esquina cuando me tropecé con él.

—¡Javi! —dije sorprendida.

Él me miró emocionado y no tuve que preguntarle por qué. Había leído la carta.

—Te he echado de menos... —le dije, caminando hacia él con una mezcla de nerviosismo y ganas—. No necesito que me des una respuesta ahora mismo, pero quiero que sepas que...

No me dejó terminar. Cortó la distancia que nos separaba y me besó con todo el amor que los dos nos merecíamos. Lo abracé y se me saltaron las lágrimas. Éramos perfectos el uno para el otro y no tenía ninguna duda de que saldría bien. Y, de paso, le presentaría a mis padres y a mis hermanos un novio real. Les iba a encantar.

Se separó de mí y frunció el ceño cuando me vio llorar.

—No llores... Wonder Woman.

—Lloro porque soy muy feliz.

—Yo también —dijo, besándome con suavidad—. Vamos a tener que escribir unas nuevas normas. La primera: prometo besarte todos los días de mi vida.

—Esa me gusta —respondí ilusionada—. La segunda: celebraremos las ocasiones especiales con una cerveza.

Me miró orgulloso porque sabía lo que aquello significaba para mí.

—¿Y dónde nos la tomamos?

—En mi casa —lo invité, y él sonrió.

Tiró de mi mano en dirección al portal y me reí porque sabía lo que pretendía. Los dos teníamos ganas de lo mismo.

—Tengo que ir a comprar las cervezas... —tiré de él en dirección contraria.

Me pasó un brazo por los hombros y me besó la mejilla.

—Tercera norma: puedo llamarte Wonder Woman en público.

—¡Ni hablar!

—¿Tomb Raider?

—¡Javi!





## Construyendo nuevos recuerdos...

### **Javi**

Íbamos camino del pueblo de Andrea para asistir a la boda de su hermano. Los últimos días habían sido... increíbles. No solo por la pasión que compartíamos, sino porque nos habíamos dado cuenta de que teníamos muchas más cosas en común que el cine de Tarantino.

Comprendí, entre otras cosas, que la mujer de la que me había enamorado tenía una gran fortaleza. Hablábamos de su pasado con total naturalidad y me emocioné cuando ella me contó que gracias a mí tenía ilusión por el futuro. Un futuro, me guiñó el ojo, en el que ella veía como mínimo un par de niños.

Recibí un mensaje de Tana cuando estábamos llegando a casa de los padres de Andrea. Se me quedó tal cara que ella lo notó.

—¿Malas noticias?

—La mato.

—¿A quién?

—A quien va a ser... —gruñí, y no supe si tenía ganas de matarla o de abrazarla muy fuerte.

***Tana:** Javito de mi corazón, ahora que ha triunfado el amor, espero que me lo agradezcas eternamente. Como suelo decir: mi talento está desaprovechado. No me tengas en cuenta que te mentí un poquito... sobre todo viendo el resultado. Vale, lo confieso. Nadie decía cosas horribles sobre ti —salvo las que ya sabes—, ni ninguno de nuestros amigos hizo una apuesta sobre tu vida. Pablo no invitó a Andrea con ninguna intención oculta. Te lo dije para que cambiaras el chip y te dejaras de tonterías. Supuse que harías una de las tuyas, fíjate si te conozco. Y adiviné que lo vuestro era una farsa en cuanto os vi juntos a los pocos días. Pero ahora sois muy felices y yo lo soy más porque por fin se te ha quitado esa cara de muermo. Gucci te manda saludos. No sé que le diste, pero se ha puesto más gordito. Dale saludos a Andrea, ¡os quiero!*

***Tana:** posdata: he roto con Max. Ya te contaré...*

## Sobre mí

No soy muy amiga de las redes sociales (no tengo Twitter, Instagram, página de fb... en definitiva, ¡qué soy un bicho raro!), pero si te ha gustado este libro o quieres enviarme un mensaje, puedes escribirme al siguiente email: [beccadevereuxautora@gmail.com](mailto:beccadevereuxautora@gmail.com) ¡te responderé lo antes posible! Además, te avisaré de las próximas publicaciones.

Espero que esta historia te haya hecho pasar un rato muy agradable.

¡No olvides dejar tu opinión en Amazon! Gracias por leerme.

Y si te ha gustado este libro...

Tienes en Amazon la historia de Tessa: [Querido plan b](#)

La historia de Nati: [¿por qué no?](#)

Y la historia de la alocada de Tana: [SMS: Soltera Muy Selectiva](#)

¡Qué las disfrutes!

PD: Sí, me la habéis pedido y la tendréis. La historia de Tana tendrá segunda parte y saldrá dentro de muy poquito...